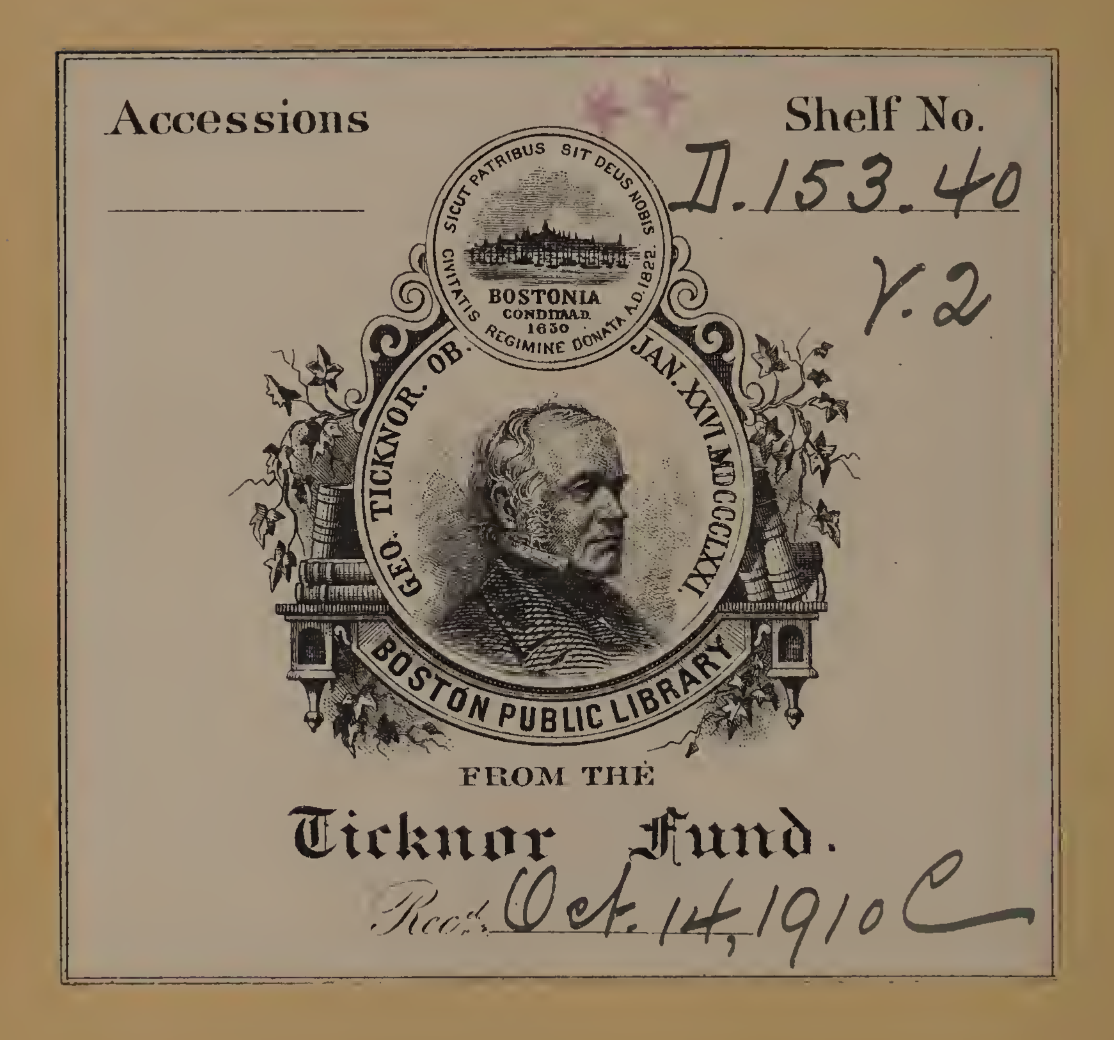


OBRAS

DE

GUTIERRE DE CETINA

OBRAS

DE

GUTIERRE DE CETINA

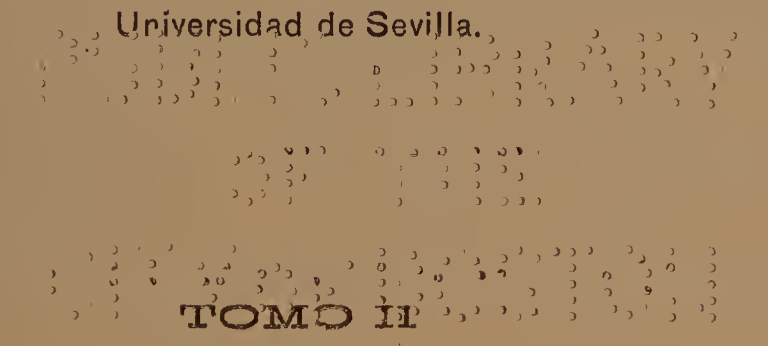
CON

INTRODUCCIÓN Y NOTAS

DEL DOCTOR

D. Joaquín Hazañas y la Rua

de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras
y Profesor auxiliar de la Facultad de Filosofía y Letras en la
Universidad de Sevilla.



TOMO II

SEVILLA

IMP. DE FRANCISCO DE P. DÍAZ, GAVIDIA, 6.

1895

ABREVIATURAS

A . . . . . . Códice de la Biblioteca del Sr. D. José María de Álava, hoy de sus herederos. (Sevilla.)

B. A. de S. Biblioteca Arzobispal de Sevilla. *(Códice 33, 180.)*

B. Camp. . . Biblioteca Campomanes. (Madrid.)

B. C. . . . . Biblioteca Capitular, vulgarmente llamada Colombina. (Sevilla.) *(Códices AA. 141-4* y *AA. 141-5.)*

B. N. . . . . Biblioteca Nacional. (Madrid.) *(Códices M. 86, M. 233, M. 258, M. 268, M. 381, Q. 21* y *V. 366.)*

B. S. R. . . Biblioteca del Sr. D. José Sancho Rayón. (Madrid.)

M. B. . . . . Museo Británico. (Londres.) *(Códice Add., 20790.)*

Obras Poéticas

(Continuación)



EPÍSTOLAS

I.

(B. N.-M. 258, fol. 27 vto.)

Á Alconisa crüel salud envía
El triste Alisio, de quien él la espera;
Que habella de otra parte desconfía.
Yo quisiera hacerte, si pudiera,
Esta mi carta alegre, y no tan triste,
Mas salióme por fuerza verdadera.
En ella se verá que siempre fuiste
Soberbia vencedora de un vencido,
Cuya vida sin causa destruiste.
Y á mí verás tan triste y tan perdido
Cuanto tú mesma desear podrías:
Que no puede ser más encarecido.
Verás aquellos tan sabrosos días
Que, con tu voluntad, gocé de verte

Vueltos en ansias y en congojas mías.
Mas, ¿cómo contaré mi triste suerte,
Si sé que, á cada paso, deste cuento
He de topar mil veces con la muerte?
Y aunque palabra, para sentimiento
De tan crecidos males, no hay ninguna,
Lo que puedo diré de lo que siento.
Si doloroso estilo te importuna,
No me culpes á mí, pues me lo ha dado
El gran poder de Amor y de Fortuna.
El triste són, Señora, lastimado
Que un tiempo tus oídos deleitaba,
En otro muy más triste se ha mudado.
Entonces, que mi vista te gozaba,
Con que tú me miraras, al mirarte,
Toda amorosa queja se templaba.
Y ahora, con el vano imaginarte,
Si quiero sustentar mi triste vida,
¿Qué remedio tendré, qué maña ó arte?
Jamás sentí tal pena, que, medida
Con la gloria de verte, no la viese
Menor mil veces, aunque muy crecida.
Ni tormento sentí que Amor me diese
Que, pensando en el bien de tu presencia,
Aunque fuese mortal, yo lo temiese.
Mas, ¡oh grave, crüel, fiera sentencia
De Amor y de Fortuna, que han querido
Que sufra un alma de su cuerpo ausencia!

¡Cuánto más sano y cuán mejor partido
Me fuera el acabar, que tú lo vieras!
Mas, porque fuera lo mejor, no ha sido.
Entonces, á lo menos, me creyeras,
Y hubieras visto lo que me decías,
Que penaba burlando y no de veras,
Y que eran de obstinado mis porfías,
Y que por mi placer te importunaba
Buscando de enojarte nuevas vías.
Si penaba de veras ó burlaba,
Puédeslo ver en lo que paso ahora;
Y en lo de ahora verás lo que pasaba,
Si lo quieres juzgar como señora.

II.

(A. fol. 40.—B. N.-V. 366, fol. 41 vto.) (1)

Alma del alma mía: ya es llegada
La hora que de mí fué tan temida
Cuanto, absente de tí, será llorada.
Llegada es ya la fin de mi partida:
El cuerpo partirá, pero conviene
Que de llevar el alma se despida.
Pues si el cuerpo en la vida se sostiene
Mirándote, ¿vivir cómo podría

(1) Publicada en Gallardo, tomo 2.º, col. 446.

Sin el alma por quien la vida tiene?
El triste cuerpo sólo se desvía
De tu presencia; no sé con cuál arte
El ánimo, que ya no es cosa mía.
Y si para que viva se reparte,
Tan sola la memoria irá conmigo:
Ved, pues, cuál debo de ir sin esta parte.
No te espante, Señora, lo que digo;
Espantarte debría lo que callo:
Amor lo sabe bien; él es testigo.
De mi mal el mayor mal que en él hallo
Es el no consentirme que me queje:
Que se alivia el dolor con publicallo.
Mas hora que le fuerzan que se aleje,
El espíritu triste es apremiado
Que como por señal ésta te deje.
Bien sé que te dará poco cuidado
Ver en ella mi mal escrito en suma,
Que, en fin, labores són de tu dechado.
La mano del dolor guía la pluma;
Mas el crüel dolor del escarmiento
No sufre que escribir mi mal presuma,
Y al cabo, si no digo lo que siento,
Es porque á mi pasión y á tu grandeza
Sólo pudo igualar mi sufrimiento.
No me quiero quejar de tu crüeza;
Ántes tu pïedad me causa agora
Nuevo mal, nuevo afán, nueva tristeza.

¡Ay, cuánto menos mal fuera, Señora,
Haber siempre á tu causa padecido,
Que llorar hora el bien que el alma llora!
Para no ser agora, el no haber sido
Fuera daño menor, y no supiera
Á qué sabe el dolor del bien perdido.
En mi felicidad, ¿quién me dijera:
«Tiempo vendrá, Vandalio, que querrías
Que Dórida piadosa no naciera?»
Vencieron tu dureza mis porfías
Para más daño mío, pues que veo
Crecer por tal razón las ansias mías.
La cura deste mal, á lo que creo,
Sería (sino que es difícil cosa)
Medir con mi fortuna mi deseo.
Y como aquel que pierde alguna cosa
Que no puede cobrar, me consolase
Perdida la esperanza trabajosa.
Pero si la esperanza me faltase,
¿Qué haría el deseo? ¡Ay, qué locura
Sería de quien tal pensar osase!
Apenas bastará la sepultura
Á despintar la imagen excelente
Que en mi alma imprimió tu hermosura.
Mitigaba el ardor verme presente;
Mirándote, Señora, descansaba;
Pues ¿qué será de mí, siéndote ausente?
No sin grande razón me congojaba

Tal vez que, en tu presencia, suspirando,
Del daño que ahora siento recelaba.
Alguna vez me viste estar llorando,
Cuando con más razón debía alegrarme,
Porque es fuerza temer quien vive amando.
Mil veces te moviste á preguntarme,
«¿Qué has, Vandalio?—«Un sobresalto esquivo
(Respondía) no deja asegurarme.»
Era deste temor ya tan captivo,
Que de verme con él está la muerte
Admirada de mí cómo soy vivo,
Amé por elección y no por suerte;
Y el yugo, que era de antes tan süave,
Hora en rabia crüel se me convierte.
Puso en sola tu vista Amor la llave
De mi remedio, porque en esta absencia
La falta della más mi vida agrave.
No te parezca falta de paciencia
Publicar mi dolor así á la clara:
Que suele enloquecer luenga dolencia.
¡Pluguiera á Dios, Señora, y me faltara
El seso en tal razón, que el desacuerdo
Á no sentir el daño aprovechara!
El mal es que conoces que lo pierdo
Por amarte; y si menos te quisiese,
Juzgaría de mí ser menos cuerdo.
Querría que mi alma te leyese,
Así como los siente, estos renglones,

Por que en la tuya alguno se imprimiese.
Ya solía huir las ocasiones,
Y, por no ser notado de enojoso,
Pintarte menos graves mis pasiones.
Mas hora, de perderte temeroso,
El sentido se esfuerza en el partirme
Mostraste mi dolor fiero, rabioso.
Sobrado atrever es el osar irme;
Pero si vivo en tal término llego,
Mayor s.. .an *(sic)* despedirme.
Si no me despidiere, yo le ruego
Que nuestro amor de tí no se despida;
Y crea de mí que durará este fuego,
Cuanto en tal fuego durará mi vida.

III.

(B. N.-V. 366, fol. 216, y M. 223.)

TRANSLACIÓN DE LA EPÍSTOLA DE DIDO Á ENEAS (1)

Cual suele de Meandro en la ribera
El blanco cisne, ya cercano á muerte,

---

(1) Es la *Heroida* VII, de Ovidio, *Dido. Æneæ*, que comienza:

Sic, ubi fata vocant, udis abjectus in herbis
Ad vada Mæandri concinit albus olor....

Encuéntrase esta traducción como de Cetina en los códices arriba citados, y sin embargo, apenas si presenta algunas leves variantes de la

Alzar la dolorosa voz postrera,
Así te escribo, y no para moverte;
Que ser tú por mis lágrimas movido
Ni el cielo lo concede ni mi suerte.
Mas bien liviana pérdida habrá sido
Perder tales palabras quien su fama,
Que tanto es de estimar, por tí ha perdido.
À Dido dejarás, que tanto te ama;
Las velas y la fe darás al viento,
Siguiendo el crudo hado que te llama.
Del puerto al alto mar saldrás contento

---

que, como de Hernando de Acuña, se lee en la página 55 de la edición de sus poesías, ya citada, impresa en Madrid en 1591. La circunstancia de haber sido recopiladas en Méjico, en 1577, las poesías que forman el primero de aquellos manuscritos, y la de no haberse impreso las de Acuña hasta 1591, después de muerto su autor, por su viuda doña Juana de Zuñiga, nos hacen presumir si esta señora encontraría una copia de la poesía de Cetina entre las de su esposo y la publicaría como de éste, caso no extraño, y más cuando el colector no es el mismo poeta, como bastarían á demostrarlo las muchas poesías ajenas atribuidas á Quevedo en las tres últimas *Musas*.

Apuntada esta idea, sólo como conjetura, ponemos por nota los versos de la impresa á nombre de Acuña, que no se muestran conformes con los códices que atribuyen á Cetina dicha epistola.

Knapp, en su colección de poesías de D. Diego Hurtado de Mendoza *(Libros raros ó curiosos, tomo XI)*, la inserta como de este ingenio.

3 *Soltar* la dolorosa voz postrera....

8 Perder *estas* palabras quien su fama....

9 (Que tanto es de estimar) por tí ha perdido....

11 *Y la* vela y la fe darás al viento....

Y para Italia, por incierta vía,
En efecto pondrás tu crudo intento.
Pero ya que la fe y la pasión mía
No puedan resistir á tu dureza,
Ni mi justa razón á tu porfía,
Mira los edificios y la alteza
De la nueva Cartago, que ofrecida
Te está, si quieres, para tu grandeza.
Huyes de tí la tierra conocida;
Vas á buscar la ajena, que, en buscarla,
Gastar puedes el tiempo y aun la vida:
Mas ya que el cielo te conceda hallarla,
Á gente peregrina y extranjera
Y á señor nuevo, ¿quién querrá entregarla?
Otro amor y otra fe tan verdadera
Ofrecerá de nuevo alguna Dido
Que esperes engañar cual la primera.
Dime ¿do llegarás, de aquí partido,
Que tengas ó edifiques otra alguna
Nueva Cartago, cual ya la has perdido?
Pues mujer que así te ame, la fortuna

---

16 Pero ya que *tu* fe y la pasión mía....

22-24 Huyes *tu propia* tierra conocida;
Vas á buscar la ajena y en *hallarla*,
Gastar *podrás gran tiempo* y aun la vida.

29 *Ofrecerás* de nuevo *á* alguna Dido..

33 Nueva Cartago cual *la habrás* perdido?

No te dará en cuanto tú deseas,
Que Dido es en amarte sola una.

Segunda nunca esperes que la veas,
Porque, como de Elisa, de otra amado
Jamás lo podrá ser el crudo Eneas.

Esto por tí de suerte me es pagado
Que más te culpa y es que injustamente
Te huelgas de te ver de mí apartado.

Pero mi voluntad no lo consiente,
Ni me consiente Amor más que quejarme
De la fe que me diste falsamente.

Á tí, Venus, invoco, que ampararme
De tu hijo debes con piadosa mano,
Que me deja morir sin escucharme.

Deja mover el arco al niño hermano,
Y pierda aquí la sangre su derecho
Contra aquel que es tan crudo é inhumano.

¿Cuándo se ha visto que en humano pecho,
Sino en el crüel tuyo, haya cabido
Quedar de injusta muerte satisfecho?

---

35 No te dará *aunque de cuanto* deseas....

41-42 Que *mereces que más que justamente*....
Holgárase de te ver de mí apartado....

47-48 *Debes del crudo hijo con tu mano*,
Y me dejas morir sin escucharme.

51 *Hiera aquel crüel fiero* inhumano.

53 Sino *solo en el* tuyo haya cabido....

Mas yo, crüel, no dudo que nacido
En las más duras rocas y engendrado
De piedras ó de robles hayas sido,
Ó del mar proceloso y alterado,
Ó de leona ó tigre, en aspereza
Del alto monte Caucaso criado.
Mira, pues, en el mar tan gran braveza
De las soberbias ondas y los vientos,
Do no resistirá tu fortaleza.
El tiempo, la sazón, los movimientos,
Todos han claramente amenazado
Á tus determinados pensamientos.
En el viento, en las ondas he hallado
Razón con que ellas muestran ayudarme,
Y en tí, que la conoces, me ha faltado.
Pues no quiero en tan poco yo estimarme,
Que presumir no pueda que perezcas
Por el cargo que llevas en dejarme.
Mas, dime: ¿podrá ser que me aborrezcas
En tanto extremo, que, por alejarte

---

56 Y en las más duras rocas engendrado....

59 *De tigre ó de leona en la* aspereza

61-63 Mira, pues, en el mar *la* gran braveza
Y á las ávidas ondas con sus vientos,
Do no resistirás con fortaleza.

68 Razón *que entrambos*, muestran ayudarme....

De mí, á las ondas á morir te ofrezcas?
El mar se amansará por contentarte;
El tiempo mudará, pues es mudable.
¡Así pudieses tú también mudarte!
Mas como sabes que es Fortuna instable,
También por experiencia sabes cierto
Que tampoco bonanza no es durable.
Naves se vieron ya salir del puerto,
Con el golfo seguro á la salida,
Y vieron luego el daño descubierto.
Allí se da la pena merecida
Á las que la fe dada no cumplieron:
Allí Venus, tu madre, fué nacida;
Y, si es justa, dará á los que la dieron
En los casos de amor no los cumpliendo,
Igual la pena al mal que merecieron.
De perder lo perdido estoy temiendo;
Pero tu crüeldad puede ofenderte;
Que yo, que la padezco, no te ofendo.
(sic) Que vivas quiero ya, siquier perderte,

---

75 De mi *en* las ondas á morir te ofrezcas?

83-84 *Y en* el golfo seguro á la salida,
Hallaron luego el daño descubierto.

85 En el códice *V. 366*, dice así este verso:

Allí se da la pena más crecida....

89 En *las cosas* de amor no *la* cumpliendo....

94 Que *vivas assi, quiero* perderte....

Antes yo muera y viva permanezca
La cruda causa de mi triste muerte.
  Finge agora que el mar se te embravezca
Con tanta alteración, que ser llegada
La vida al postrer punto te parezca.
  Verás luego ante tí representada
La prometida fe que se debiera
Guardar, y fué por tí tan mal guardada.
  Verás la imagen viva y verdadera
De Dido, tu mujer, cuál la dejaste
Forzada con mil causas á que muera.
  Verás la triste Dido, que engañaste,
Hacer tal sentimiento del engaño
Cual es la causa por que te apartaste.
  Y viendo de tus manos mal tamaño,
Por tí conocerás que bien se emplea,
En quien causa el ajeno, propio daño.
  Á lo menos, no quieras que se vea

95-96 Antes *ido que muerto y* permanezca
La *injusta* causa de mi triste muerte.

108-112 *Cual tú que eres la causa deseaste.*
Y viendo *por tu causa* mal tamaño,
Por tí conocerás *cuán* bien se emplea,
En quien causa el *engaño el* propio daño.
No quieras á lo menos que se vea....

En tí la crüeldad tan presurosa,
Que ya por fuerza tu partida sea.
Sosiega un poco y guarda de tu esposa;
No tengas compasión; tenerla debes
Del niño Ascanio, que es más cara cosa.
Si contra el cielo y contra el mar te mueves
Y en tierra haces lo que aquí hiciste,
¿En qué vas confiado, en qué te atreves?
Ahora no creo cuanto me dijiste:
Ni en tus hombros Anquises fué sacado
Del fuego por do cuentas que saliste.
Cuanto has dicho de Troya has inventado,
Y no he sido yo sola la burlada,
Ni en mí permite haberlo comenzado;
Que en el troyano incendio la cuitada
Madre del niño Julio, quedó muerta.
Del marido crüel desamparada.
Y esto lo sé de tí y es cosa cierta;
Y justo fuera, habiéndotelo oído,
Estar en mi peligro más despierta.
Los hados dan el pago merecido;
Que por tierra, y por viento, y mar tan largo,

---

113 En tí la crueldad tan *rigurosa*....

118 *Y* si contra el cielo contra el mar te atreves...

126 Ni en mí *primeramente has* comenzado....

130 Esto lo sé de tì y es cosa cierta....

134 Que por tierra y *por mar tiempo* tan largo....

En continuos trabajos te han traído.
Hasta que tu llegar triste y amargo,
Con tus naves, al puerto de Cartago,
Me dió de tu fatigas todo el cargo.
Que no esperando verme en lo que hago,
En mi reino te hice acogimiento;
Y ya de lo que hice tengo el pago,
Y aún de esto, triste, yo no me arrepiento,
Si la fama después no divulgara
Otra cosa más grave y que más siento.
Aquella hora crüel me costó cara:
No lo encarezco para que te mueva
Mas ¡antes yo muriera que llegara!
Cuando la voluntad súbita y nueva,
Venida para el mal de que ahora muero,
Fué causa de juntarnos en la cueva,
Tristes voces oí, y era el agüero
Que en si me anunciaba doloroso
La muerte cruel que por tu causa espero,
Desto puedes holgar y haber reposo;

---

136 Hasta que *aquel llegar* triste y amargo....

139 Que no esperando verme en lo que ahora....

141 *Mas ya* de lo que hice tengo el pago....

144 Otra cosa más grave *que ora siento*....

148 Cuando la *tempestad* súbita y nueva....

151-153 Tristes voces *oí allí al* agüero,
Que *en un són* me anunciaba doloroso
La triste muerte que á tu causa espero....

Y si con ella cumples tu deseo,
No vivirás gran tiempo deseoso.

Que siempre, ó las más veces que me veo
En el templo, do tengo venerada
La sacra sepultura de Sicheo,

Con una triste voz y desmayada,
Y en un sonido bajo y voz llorosa,
Me siento de la tumba ser llamada.

Justo es seguir la vía temerosa,
Y muy justo será seguirla presto,
Y agora será justa y provechosa.

No te niego, Sicheo, que manifiesto
Error contra tí no haya cometido;
Mas mi sana intención lo hace honesto.

No sólo el crudo Eneas me ha movido,
Mas Venus diosa, el hijo y el abuelo
Con decrépita edad envejecido.

Tuve por cierto que lo daba el cielo,
De su fortuna viendo la bonanza,

---

155 *Que* si con ella cumples tu deseo....

157 Que siempre las más veces que me veo....

161 En un sonido bajo *temerosa*....

163-167 *Presto te seguiré, y es justa cosa,*
Y si justa será *seguille* presto.
Ahora será justa y provechosa.
Pues no niego, Sicheo, que manifiesto
Error contra tí haya cometido....

173 De su fortuna *en colmo* la bonanza....

Y así pensé acogerlo sin recelo.
Mas claramente veo la mudanza
Del crüel que la hace y no se cura
De faltar á su fe y á mi esperanza.
Tu venida juzgué por gran ventura
Y en ella confié que consistía
El vivir en mi reino ya segura.
Á Hiarbas y á mi hermano, á quien tenía
No pequeño temor, y á cualquier dellos,
Con sola tu presencia lo ponía.
De nuevo agora volveré á temellos,
Y, encerrada en Cartago, contentarme
Con solo defenderme y no ofendellos
Mas al que procurase de acabarme,
Tú se lo cumplirás, sin que él lo pida:
Que bien claro lo muestras en dejarme.
Si los dioses ordenan tu partida,
¡Cuánto mejor á entrambos estuviera
Que hubieran estorbado tu venida!

174-175 Así *pude acogerlos* sin recelo.
Así me aseguré de la mudanza....

180-181 El vivir en mi reino *yo* segura.
Yarbas y mi hermano á quien *temía*....

183-185 Con sola tu presencia *les* ponía.
Ahora de nuevo volveré á temellos,
Y encerrada en Cartago *á* contentarme....

189 Que bien claro lo *cumples con* dejarme.

Que tu trabajo entonces menos fuera,
Y la infelice y miserable Dido,
Que por tí morirá, sin tí viviera.

Y no pienses que es Somois conocido
El que vas á buscar, sino el incierto
Tibre, tan apartado y escondido,

Al cual, primero que hayas descubierto,
La débil senetud podrá ocuparte,
Según se esconde á tu ventura el puerto.

Pues si las armas y el furor de Marte
Te encienden y levantan en tu gloria,
¿Á qué vas á buscar en otra parte?

Que aquí podrá, con inmortal memoria,
De famosas hazañas renovarse
En padre é hijo la troyana historia.

Enemigos tendrá donde mostrarse
Podría siempre tu esfuerzo valeroso;
Haz tú, pues, como pueda señalarse.

Mas tú, crüel troyano, el ser famoso

---

196 No pienses que es *el Symois* conocido.....

198 *Tiber* tan apartado y escondido....

204-205 ¿Á qué vas á *buscallas á* otra parte?
Que aquí *podrán* con inmortal memoria....

208-210 Enemigos *tendrás* donde mostrarse
Pueda siempre tu esfuerzo valeroso,
Y Ascanio, cuando crezca, señalarse.

Sólo lo pones en mi triste suerte,
Y todo tu descanso y tu reposo.
Comienza desde hoy más á conocerte
Y el nombre pïadoso que te llamas
En inhumano y crudo lo convierte.
Pues no fuí yo en el hecho ni en las tramas
Del malvado Sinón, por cuyo engaño
Se abrasó la gran Troya en vivas llamas.
Y la gente que hizo un mal tamaño
Ha sido aquí en mi reino recogida,
Como lo fuiste tú para mi daño.
Ni entre tus enemigos fuí nacida,
Ni me pesó de ver salva tu armada,
Ni me alegré de Troya destruída.
De serte injustamente aficionada,
Desto me culpo, y tú podrás culparme;
Que en lo demás no puedo ser culpada.
Mira que causas con desampararme
Que vida, fama y reino se destruya,

212-214 Solo lo pones en mi triste *muerte*,
Y en ella tu descanso y tu reposo.
Comienza *ya de hoy* más á conocerte....

216 *En nombre de inhumano* lo convierte.

220-221 *Ni* la gente que hizo un mal tamaño
Fué de mí en mi reino recogida....

228 Que en lo demás no *debo* ser culpada.

Y no podrás, ausente, remediarme.
   De tu querer no partirá aunque huya
De mí, y si de mujer no me das nombre,
Tomaré el que me dieres, por ser tuya.
   Pues mira cuanto más que á mortal hombre,
Á hijo de una diosa, no conviene
Dejar de cruda fama tal renombre.
   Ya ves que agora el tiempo se detiene;
Y en breve espacio que hayas esperado,
La bonanza vendrá cual te conviene.
   Debes considerar que aún no han tomado
Los que vinieron en tu compañía
Restauro del trabajo que han pasado.
   Acuérdate tu armada cuál venía,
Que aún nunca ha podido repararse
Con tu cuidado y con la ayuda mía.
   Esto al menos de tí pueda alcanzarse,
Cuando más concéder no me quisieres:
Que aguardes á que el mar quiera amansarse.

232-233 De tu querer *jamás temas* que huya,
Que si de tu mujer no me das nombre...

236-238 *A un* hijo de una diosa, *desconviene*
Cobrar de crüeldad fama y renombre.
Ya ves que el tiempo ahora se detiene....

248-249 Cuando más *concederme* no quisieras:
Que *esperes* á que el mar *muestre* amansarse.

Con este poco término que esperes,
Mucha parte será para esforzarme
Que no muera yo al tiempo que te fueres.
Comenzaré de agora á conturbarme
Al extremo dolor de tu partida:
Quizá podrá la causa aprovecharme.
Si esto no niegas, doy por bien cumplida
Tu cruda voluntad, ingrata y fiera,
Con el fin desastrado de mi vida.
¡Oh, si pudieses ver de la manera
Que te escribo esta carta, tan en vano
Salida de mi alma verdadera!
La pluma tiene mi derecha mano,
Y la siniestra, para el triste oficio,
Tiene la espada del crüel troyano,
Que, en pena del ajeno maleficio,
Hará para cumplir lo que ha propuesto,

250-253 Con este *breve* término que esperes,
Muy gran parte serás para esforzarme
A no morir al tiempo que partieres.
Comenzaré *de hoy más á acostumbrarme....*

255-256 Quizá podrá la *usanza* aprovecharme.
Si esto no niegas, *da* por bien cumplida...

259-261 ¡Oh, si *quisieses* ver de la manera
Con que te escribo carta tan en vano
Cuan salida del alma y verdadera!

266 Hará para cumplir lo que *he* propuesto....

Desta vida inocente sacrificio.
Mis lágrimas la bañan y tras esto
(Pues lo permite así mi desventura),
La bañaré en mi sangre yo muy presto.
Y yo en el mármol de mi sepultura
No seré Elisa de Sicheo nombrada,
Mas habrá solamente esta escritura:
«La causa de esta muerte dió, y la espada,
El crudo capitán de los troyanos.
La triste Dido, de vivir cansada,
Buscó descanso con sus propias manos.»

IV.

(*A. fol. 2.*)

Días ha que, callando, he procurado
Ni escribirte, Señora, ni quejarme,
Y sabe Dios cuán caro me ha costado.
Hasta que ya el dolor por no acabarme,
Viéndome tan estrecho y tan perdido,
Sin armas que pudiese aprovecharme,
Me ha hecho que tomase por partido
Demandarte merced é importunarte,
Como ante el vencedor hace el vencido.

270-271 La bañaré en mi sangre *presto, presto.*
En el gran mármol de mi sepultura....

275 El *crüel* capitán de los troyanos....

Podrías, con razón, maravillarte
De mi osadía, si razón hubiese
Mayor de la que tengo para amarte.
Mandásteme, poco antes que partiese,
Que cuando más la ausencia me apretase
No dijese mi mal ni lo escribiese.
Decías que era mal que se mostrase
Manifiesto mi ardor entre las gentes,
Y que por él tu fama se manchase.
Razones eran estas aparentes,
Si no tuvieras hecha ya experiencia
De mí que sé excusar inconvenientes.
Pero me tiene tal la luenga ausencia,
Que me hace creer que lo mandaste
Para prueba mayor de mi paciencia.
Y cierto, si fué así, que lo acertaste;
Amor lo sabe bien, mas, ¡ay! Señora,
Cuán poco de doblar mi mal ganaste.
Podráslo ver en lo que escribo ahora
Lo que la mísera ánima pasaba,
Si ocuparte querrás en esta hora.
Cuando más mi tormento me apretaba,
Mordiéndome los labios, padecía (1)
Doblado mi dolor mientras callaba.
Alguna vez pensé que merecía,

---

(1) El códice dice:

«Mordiéndome los *rostros* padecía,»

Obedeciendo así lo que mandabas;
Mas, ¡ay, cuán á mi costa obedecía!
Si mi vivir, Señora, deseabas,
Mandándome callar, ¿cómo no vías
Que á la vida los pasos acortabas?
Las malas noches, los pesados días,
Se pudieran pasar, ora escribiendo,
Ora quejando las desdichas mías.
¡Cuánto bien pensarás que voy sintiendo,
Mientras dura escribirte estos renglones,
Con saber que te irás dellos riendo!
Grande alivio sería á las pasiones
Del ánimo poder hombre quejarse
Cuando ofrece el dolor las ocasiones.
Pues ¿qué aventuras tú de publicarse
Por el mundo mi mal, si nadie sabe
Dónde osó el pensamiento levantarse?
Consiente, pues, Señora, que se alabe
De tan alta ocasión mi fantasía;
Que lo demás sólo en el alma cabe.
Consiéntame quejar la pena mía:
De Dórida me quejo; á ella escribo;
Nadie sabe quién es, ni lo sabría.
Dórida, si el dolor rabioso, esquivo,
Que en mis entrañas tu beldad enciende
De ufano me hace ir soberbio, altivo,
¿Por qué no dije yo, pues nadie entiende
Más que Dórida, aquella suma alteza

Tan honrosa, de do mi mal desciende?
Mis males, mis trabajos, mi tristeza.
Lo que á tu causa siento, determino
Callar, porque no digas que es bajeza.
Pero si tanta fe no me hace dino
De amarte, y si de amarte estoy ufano,
No lo juzgues tú sola á desatino.
Si vieses lo que pasa entre la mano
Y el triste corazón, mientras te escribe,
Dirías sin razón que soy liviano.
El triste muere por decir cuál vive,
Y la mano á escribir se va forzando
Cosa que ni te enfade ni te esquive.
Va el triste corazón su mal quejando;
La mano, de temor que de tí tiene,
En sólo tu loor se está ocupando.
Querría el corazón, que le conviene,
Pedirte pïedad de tantos males;
La mano se acobarda y se detiene.
¡Ay, miserias de Amor, fieras, mortales!
¿Por qué no puede, pues, un afligido
Decir que sois, crüeles, desiguales?
Tiéneme el recelar tan desvalido,
Que de nada me valgo ni aprovecho,
Salvo de atormentar más el sentido.
Ni el mal ni el bien me caben en el pecho,
Y están ambos en él tan apretados,
Que lo tienen en lágrimas deshecho.

Júntanse al nuevo mal viejos cuidados;
Va la imaginación buscando cosas
Con que los hace al fin sentir doblados.
Ponénseme delante mil celosas
Sombras, que me amenazan y maltratan;
Mil miedos, mil locuras sospechosas.
Estos, Señora, son los que me matan,
Y cuando con más fuerza me defiendo,
Sólo en acometer me desbaratan.
Mísero yo.... ¡Qué digo! No me entiendo:
Propuse no contarte desventuras,
Y cuando más las huyo, más me enciendo.
Mas ¡qué cierto será destas locuras
Reiros vos, Señora, y desabriros,
Mostrando que os enojan mis tristuras!
Pudiese yo, como querría, serviros,
Ó fuese de tal suerte mi tormento
Que escondiese en el alma sus suspiros.
Mas ¡ay! que el menor mal del mal que siento,
Cuando más encubrillo he presupuesto,
Rompe el más esforzado sufrimiento.
Si vos no confesais la culpa de esto,
Quédese para mí, como la pena;
Que á más tengo por vos el pecho puesto.
Direis que va esta carta toda llena
De contrarios, y yo también lo digo;
Mas aceptad la excusa, pues es buena.
Si de tan bella mano algún castigo

Me ha de venir, vuestramerced lo firme:
Vos sola sed jüez, parte y testigo.
Todo cuanto querrais podeis decirme;
Escribir que estoy loco y desvarío;
Pero no lo hareis, por no escribirme.
Aunque puesto en razón, decid, bien mío,
No confesar que vos me haceis loco,
¿No sería decir que el sol es frío?
Si alguna vez mi mal estuvo en poco,
Es mientra que al dolor gobierna el seso:
¡Ved en qué grado de locura toco!
Quien de vuestra beldad se halla preso,
Ausente como yo, no es cosa nueva
Hacelle arrodillar tan grave peso.
¿Quién sabrá de mi mal, que no se mueva
Á dolor de mi mal, si lo ha probado?
¡Desdichado del triste que lo prueba!
Envuelto con el bien de mi cuidado,
Pasaría mi mal como pudiese,
Si quisiese dejarme el bien pasado.
Si la contemplación no me pusiese
La dulce historia de mi bien delante,
Podría ser que el mal mejor sufriese.
Mas pues del bien y el mal sois tan bastante
Causa, Señora, vos, ¿de qué se queja
Alma que así se precia de constante?
Si está siempre con vos, si no se aleja
De donde vos estais sólo un momento,

¿Por qué de atormentarme no se deja?
   Ella os dará razón de mi tormento:
Recibid vos del alma su descargo,
Pues estorban que diga el mal que siento
Las muchas manos y el camino largo.

V.

(A. fol. 253.—B. N.-V. 366, fol. 143.)

Á DON JERÓNIMO DE URREA. (1)

   El dulce canto de tu lira, Iberio,
No sólo yo con gran razón lo admiro,
Mas las Musas lo tienen por misterio.
   Mientra lo heróico de tus versos miro,
La alteza del estilo así me espanta,
Que de una invidia honesta ardo y suspiro.
   Tienen con humildad dulzura tanta,

(1) Esta epistola es contestación á otra de Urrea, que también se copia en los códices citados, y que dice así:

   Vandalio, á quien virtud siempre acompaña
La lira, y en sus hombros alza á vuelo
Entre los más pastores de tu España
   Tu musa, puesta allá casi en el cielo,
Mientra inmortal te hace entre la gente
Lustrando tus cantares nuestro suelo,
   No sé si escuchas cuán humildemente

Un nuevo proceder, fácil, sabroso,
Que á responder el alma me levanta,
Puesto que el flaco ingenio sospechoso
De no llegar allá donde el deseo
Lo tira, va turbado y temeroso.
Tan llenos de mi mal tus versos veo,
Tan de una calidad los accidentes,
Que casi en tu dolor mi historia leo.
De tanto Amor nos hizo diferentes,
Que tú lloras el bien que ya gozaste;
Yo el mal de que padecen los ausentes.
Pusiste el pensamiento, y acertaste,
En muy alto lugar, pero tan alto
Tomaste el vuelo, al fin, que lo alcanzaste.
Mísero yo, que, de ventura falto,

La mía le suplica la consuele
En un mal que decir no se consiente.
Cuan alto viene el mal, tanto me duele;
Y todo lo recoge el alma mía,
Que como á casa propia venir suele.
Pero suele venir en compañía
De un cierto imaginar, de una esperanza,
Que engaña su visión la fantasía.
Hacen las dos que haga confianza
Del tiempo y su costumbre y mandamiento;
Que suele tras fortuna haber bonanza.
Sostiéneme este solo pensamiento;
Y cuando más crecido el daño veo,
En este solo hago fundamento.
Verdad es una cosa, que el deseo

El triste desear en lugar queda
Do será, á bien librar, mortal el salto.
Propicia se mostró Fortuna y leda
En tus amores, y háte, al fin, dejado
Seguro en lo más alto de su rueda.
¡Mísero yo, que estoy desconfiado,
No sólo de gozar, mas aun diría
Que lo estoy de agradarle mi cuidado!
Victoria hubiste, al fin, de tu porfía,
Y para consolarte en esta ausencia,
La memoria del bien bastar debría.
¡Mísero yo, que, siendo en la presencia
Sin remedio mi mal, pensallo agora
Es otra nueva suerte de dolencia!
Querríate tener conmigo un hora,

Me daña blandamente, y con halago,
Haciéndome creer lo que no creo.
De aquí viene, Vandalio, que me pago
De quedar con la mente loca, insana,
Y harto en sostenerme en esto hago.
Quien se atrevió á mirar á mi Diana,
Sabiendo de Actëon el grave daño,
¿Qué pena no tendrá por muy liviana?
Miréla, y quedé ciego en tal engaño,
Que me huelgo con él y no me basta
Desengañar el propio mal extraño.
Temblando me quedó de fuera el asta;
Dentro del corazón el hierro queda
Y tal, que con la vida el alma gasta.
Y aun pésame en el alma que no pueda

Sólo para probarte que te quejas
Á grande sinrazón de tu pastora.
Así, como yo, dices que te alejas
De tu Dïana y que en extraña tierra
Sientes gran soledad del bien que dejas.
¡Mísero yo, que en la amorosa guerra
No tengo, como tú, fuerza segura
Del triste recelar que el alma aterra!
Tú fundaste tu amor en piedra dura;
Yo en blanda cera, á do fortuna puede
Imprimir facilmente otra figura.
Si amas, de tu fe tal fe procede,
Que las raíces della á sola muerte
Poderlas arrancar se le concede.
¡Mísero yo, que me ha cabido en suerte

Alargalla á mi mal dulce y süave,
Con quien suele vivir contenta y leda.
Bien sé que me dirás en un tan grave
Dolor me sea consuelo la osadía,
La culpa de la cuál mi pena lave.
Yo lo haría así; mas la porfía
Del ansia enamorada no me deja
Lugar para acoger tal compañía.
Deseo saber de tí, cuando una queja
De un dulce imaginar te desvanece,
Si está el alma do suele, ó si se aleja.
Yo creo que se va, como parece,
En aquel desmayar de los sentidos,
Que la contemplación los enternece.
Mientras que están así casi dormidos,

Arar el mar, sembrar en el arena,
Cuyo fruto en llorar se me convierte!
No digo yo que no es mayor la pena
Que del perdido bien da la memoria
Desesperada dél en tierra ajena.
Mas siéntesla templada con la gloria
De la prenda que Amor quiso que fuese
Firme seguridad de su victoria.
Querría obedecerte, si pudiese,
Y de lo que preguntas contestarte,
Si tanta libertad mi mal me diese.
Pero ¿cómo podré, dime, contarte
Lo que siente el sentido embarazado,
Tan rico de dolor, tan pobre de arte?
Mas tú, que alguna vez has ya probado,

Ciertas palabras oyen sonorosas,
Que aun me suenan ahora en los oídos.
Visiones ven los ojos deleitosas,
Angélicas costumbres y primores,
Cuan dulces de mirar, tan peligrosas.
Aprieta en este punto el mal de amores,
Y el alma no sé á donde se derrama,
Dejando sólo el cuerpo en sus sabores.
Hállome así vencido en esta cama,
Ó campo de batalla, y más honrado
Que el más victorïoso y de más fama.
Y con un pensamiento enamorado
Que destruye mil otros pensamientos,
Estó en mi soledad acompañado.
Pues sabes lo que hacen dos momentos,

Aunque corriendo por el paso estrecho
En que yo, sinventura, he tropezado,
Mete la mano en el llagado pecho;
Mira cómo te ha ido en esta feria,
Y quedarás del mío satisfecho.
Tu llanto, de que está tan llena Iberia,
Y el río por tus lágrimas famoso,
Mostrarán en dibujo mi miseria.
¡Qué te puedo decir de aquel rabioso
Fuego que me arde, si diciendo poco,
Dórida me tendrá por sospechoso!
Pues hacerte entender lo que yo toco,
Pintarte con palabras mi tormento,
Sería presunción de más que loco.
¿Qué te puedo decir del mal que siento,

De un sabroso pensar por experiencia,
No te diré yo aquí sus sentimientos.
Si á dicha dieses hora de licencia
Para leer las cosas que aquí digo,
Darás algún alivio á tu dolencia.
A mi Dïana pongo por testigo,
Que mi corazón tiene, cuánto siento
Pensar cómo te tratas de enemigo.
Creo que te dará contentamiento
El haberte traído á la memoria
Lo mesmo que te suele ser tormento.
La beldad de tu ninfa, aquella gloria
Que las béticas ondas han gozado
Cuando cantabas á su són tu historia.
Soltando allí las riendas al cuidado,

Si no basta á entender, por su graveza,
Una parte el más alto entendimiento?
Si es verdad que el quejarse es gran bajeza,
Mira, pues, qué será contarte agora
Tan particularmente mi tristeza.
De los males pasados al de agora
Hay, Iberio, la misma diferencia
Que del que ríe al que su muerte llora.
Yo no me quejo, nó, del mal de ausencia;
Poca seguridad me desbarata;
Ésta me acaba el seso y la paciencia.
Ya no es deseo, nó, quien me maltrata;
Ni mi cuidado es más el que solía,
Un temor es el que me aflige y mata.
No me da pena ya la fantasía

En el silencio de la noche obscura,
La dejarías correr más desmandado.
El dulce imaginar en tu tristura
Era alivio á tu mal, mientra templaba
Con la contemplación tu desventura.
Con esto tu ganado se apartaba,
Y por incultos bosques y asperezas
Perdido sin pastor se desmandaba.
Decías que en tus fuertes estrechezas
Tenías por reparo el pensamiento,
Que de alto miraba tus bajezas.
Pasabas al Autor del firmamento;
Contemplabas las cursos celestiales
Y del tercer planeta el movimiento;
Mirabas los sucesos de tus males,

Con la contemplación; mas un recelo
El dulce imaginar de mí desvía.
No tanto mar, ni tanta tierra y cielo,
Puestos en medio, afligen mi sentido;
Del sospechar me nace el desconsuelo.
La memoria del bien ya poseído
No me duele; mas ¡ay! ¿Quién me asegura
De nuevo poseedor introducido?
De aquí nace ¡oh Pastor! mi desventura:
Temo y no sé de qué, ni por qué tema.
¡Mira hasta dó llega mi locura!
Ha dado ya el sentido en esta tema,
Y entre los males que hora me rodean,
Éste más se señala, éste se extrema.
Cuando unos van, los otros me saltean:

Nacidos en la fuente del recelo,
En tus ojos mostrar graves señales.
Cuando la tierra esconde el negro velo,
Mirabas ya al venir la bella aurora,
Cuya beldad te daba algún consuelo.
En sus cabellos de oro á tu pastora
Pintabas con el alma, y de su cara
Decías que robó sus flores Flora;
Y que en aquellos ojos asentara
Su silla aquel tirano y su artificio,
Y que de allí tu muerte derivara.
Dejando el contemplar, al ejercicio
Pasabas cuando el sol más clara lumbre
Muestra, tornando Clicie al triste oficio.
Los prados visitabas y alta cumbre,

Este sólo está firme y sin mudarse,
Y hace que los demás más graves sean.
Mas quien osó atreverse á desterrarse,
Á su propio querer haciendo fuerza,
¿De quién, sinó de sí, puede quejarse?
¿De qué fiaba yo contra la fuerza
De Amor? ¡Mísero yo! ¿De qué fiaba?
¿En qué mi corazón loco se esfuerza?
Aquellas perlas que el dolor sacaba
De sus ojos ¡ay Dios! en mi partida,
¿Qué mayor bien partiendo procuraba?
¿Cuál victoria más alta y más subida
Fuera, que en el ligarme aquellos brazos,
Sin desear más bien, perder la vida?
Allí muriera yo hecho pedazos

Las selvas, y los bosques y arboledas,
Tu triste suspirar puesto en costumbre.
Las flores que pisó Dórida, ledas
Te parecían estar, y que mirando
Las aguas su beldad, se estaban quedas.
Los rios que entre piedras murmurando
Corrian, te alteraban, de celoso,
Que se quejasen della sospechando.
Si algún arbol más alto y más sombroso
Entre otros vías estar, quedabas luego
De que amase á tu ninfa temeroso.
Arder en encendido y vivo fuego
Te parecían las fuentes claras, puras,
Y que de tu dolor hiciesen juego.
Pareciate escrito en sus honduras:

Cuando pensé partir, pues no bastaron
Á detenerme tales embarazos.
Las lágrimas que allí se derramaron
Me hicieron en parte asegurarme,
Y á Dórida las mías consolaron.
Hasta agora, que, viendo ya faltarme
El manjar de la mísera esperanza,
Me rompen el seguro, por matarme.
Bien sé que desta poca confianza
La ninfa mía se ofende, mas no puede
A tanto aventurar poner templanza.
Alguna vez me esfuerzo y con denuedo
Reprehendo mi propia cobardía;
Mas tengo ya dentro del alma el miedo.
Tal vez quiero engañar mi fantasía;

«Vandalio, la beldad que se bañaba
Aquí, dará aquí fin á tus tristuras».
Tu alma á la visión crédito daba,
Y con hervor de limpia fe salido,
Á los cristales líquidos hablaba:
«Aguas, que tanto bien habeis tenido,
Por cuyo acatamiento yo no os toco,
Decidme: ¿qué sentis, si habeis sentido?
Bien sé que le tendreis á aquel por loco
Que se atreve á cerrar tan gran misterio
En un entendimiento flaco y poco.
¡Oh tú, alma rëal, digna de imperio,
Que en estas claras ondas te espejabas
Y vías todo el bien deste hemisferio!
No puede ser que entonces no alababas

Digo que es gran error pensar tal cosa;
Mas ¡ay! que el no pensar mayor sería.
   Píntola con el alma algo piadosa
De mi dolor, mas el terror cobarde,
Ó me la muestra airada, ó desdeñosa.
   De aquí viene que el grave fuego que arde
Mis entrañas, se aviva y desespera
Del socorro que ya llegará tarde.
   Véola agora blanda, agora fiera;
Siempre me está presente, y no me admiro
Sino que nunca está de una manera.
   De noche la contemplo, el día la miro,
Ora hablo con ella, ora la llamo,
Ora ruego, ora lloro, ora suspiro.
   Muéstrole mi dolor; juro que la amo;

Cuán claro tuve en ti el conocimiento,
Puesto que por lo menos te enojabas.»
   Aquí te desviaba el sentimiento;
Ya fáunos ya los sátiros mirando,
Aliviabas un poco el pensamiento,
   Tu celebrado Betis contemplando,
Reclinado sobre urna muy copiosa
Que de juncos la estaba coronando.
   Por la ribera fértil, verde, umbrosa,
Vías las ninfas dél en mil labores,
Cada cual con la suya andar cuidosa.
   Aquellos altos versos en amores,
Por ti en ardientes fuegos fabricados
Y escritos en cortezas por pastores;
   Y aquellos tus cantares celebrados

Finjo que me responde y que se agrada
Del llanto que á su causa hora derramo.
Ora está alegre, ora se muestra airada,
En mil formas la pinto, y de hora en hora
La veo y torno á ver, si está mudada.
Viene el sueño, tal vez con el aurora;
Póneme en posesión de una riqueza;
Que es poco cuanto el mundo en sí atesora.
Mas no quiere el Amor que en tanta alteza
Dure soñando el bien mi pensamiento;
Mas que despierto torne á su tristeza.
Llega en esto el dañado sentimiento
De la imaginación falsa, burlado,
Y líbrame la paga en el tormento.
¡Ay, pena desigual, mísero estado!

Por Calïope en cítara apolina,
Náyades los cantaban por los prados.
¡Dichoso aquel que á tanto bien destina
El cielo, y más dichoso ha de llamarse
Quien á tan alto vuelo el hado inclina!
Tu amas, y quien ama es de excusarse,
Pues amando en lugar que se merece,
Á lo más imposible ha de obligarse.
Á punto sé que llegas do se ofrece
De nuevo rehacer el sufrimiento,
Porque el mal á la causa se parece.
Asentaste tan hondo el fundamento,
Tan alta fabricaste tu quimera,
Que estoy temblando acá del escarmiento.
Hízote Amor, Vandalio, de una cera

Que todo sería poco, si pudiese
Hacer tregua una vez con mi cuidado.
Ó que si del temor sólo viniese
Como solía venir, y deseando
Sólo el dolor de ausencia me doliese.
¡Mísero yo! ¿Qué digo, qué demando?
Puesto todo su bien en aventura,
¿Cómo no temerá quien vive amando?
La prometida fe no me asegura,
Y sé que es poquedad dudar en esto;
Mas ordénalo así mi desventura.
Enmedio estoy de dos contrarios puesto;
Sé que debo esperar, mas la sospecha
Ya de desesperar ha presupuesto.
Nada de cuanto pienso me aprovecha;

Que imprime en sí la efigie que le place,
Y déjate así estar con la primera.
Efectos son aquellos que en tí hace
Que algunas veces sueles escribirme,
Con que el Amor su fuerza más rehace.
El deseo y temor quieres que afirme,
Que suben remontados muy iguales
Y mueres por les dar un medio firme.
Si pesas la graveza de tus males,
Mide asimismo aquella de tus bienes,
Si en amores se sufren medios tales.
Y así al temor que en esa igualdad tienes
Agravio no harás en reformalle,
Cuando contra el deseo te detienes.
Alabo tu temor sólo en crialle

Que siempre he de quedar más alcanzado
Al rematar la cuenta tan estrecha.
   El bien que, como sueño, es ya pasado,
Si es que alguno me pone el alma en cuenta,
Amor, pues, sabe bien si lo he pagado.
   Las horas del placer me representa
Agora en el pesar, y en el descargo
Con todo mi dolor no se contenta.
   ¿Qué diré, pues, Iberio, en un tan largo
Destierro, en una ausencia tan penosa,
Que al triste padecer no quede en cargo?
   No basta la más alta y dulce prosa
Del más alto pastor, de más estima,
Para escribir mi vida trabajosa.
   Mira cómo podrá tan baja rima
Pobre ingenio contalla á tí, que tocas
Del sacro monte la más alta cima.
   Tristezas grandes y alegrías pocas,

Con el comedimiento su enemigo,
Que hace merecer poder dejalle.
   Y pues te trata Amor tan como amigo,
Siendo de condición tan inhumana,
Haz que quiera hacer treguas conmigo,
Ó muestre su valor con mi Diana.

Esta epístola de Urrea ha sido impresa en Gallardo, tomo 2.º columna 433, notándose algunas variantes con el texto del códice de Álava, que es el que hemos seguido. Al mismo Urrea dedicó Cetina unas estancias y el soneto 141 de esta colección.

Poca seguridad, temor, recelo,
Falsa imaginación, sospechas locas:
Éstas causan, Pastor, mi desconsuelo;
Déstas nace mi mal; de aquí deriva.
Viva infelice, pues permite el cielo
Que tu Vandalio en tal miseria viva.

VI.

(A. fol. 180.)

Á LA PRINCESA DE MOLFETA (1)

El triste prisionero que, inocente
De alguna culpa que le habrán opuesta,
Con gran rigor atormentar se siente,
Viendo que su inocencia no le presta,
Ni vale su verdad á ser creido,
Y que el tormento injusto le molesta,
Tiene por menos mal decir que ha sido
Autor de la maldad que se le opuso,
Que ser de mil tormentos afligido;
Así yo, atormentado y más confuso,
Señora excelentísima, de aquellos
Que no creer verdad tienen por uso,
Viéndome ya traer por los cabellos,

(1) Véase la nota del soneto XXX, tomo I, pág. 32.

Ante vos he pensado confesarme
Y decir cuanto les negara á ellos.
Y, pues, vuestra excelencia quiso darme
Ayer tanto favor, con agradarse
De saber mi pasión para ayudarme,
No haría el deber, si no mostrase
Mi verdad sola á vos, que al mundo niego
La honra que yo gano en publicarse.
En gran ociosidad, en gran sosiego
Mi vida tal cual es pasar solía,
Envuelta en un süave antiguo fuego,
Cuando por ocupar la fantasía
En ejercicio honesto y virtuoso
Y para divertir el alma mía,
Propuse, de atrevido y de curioso,
Un lauro cultivar que había plantado,
Casi á la par crüel cuanto hermoso.
No me forzó el destino, el cielo, el hado:
Antes fué arbitrio libre y voluntario,
Luengamente de mí considerado.
Quise probar así si con un vario
Cuidado, otro del alma aflojaría,
Curando el viejo ardor de su contrario.
Entretanto, la bella planta mía,
Con mi solicitud siempre creciendo,
Las raíces más firmes extendía.
Yo, en tanto, cultivándola y poniendo
El bastón de mi fe do se arrimase,

Me iba dulcemente entreteniendo.
   Y aunque el cuidado nuevo no bastase
Para estirpar del alma otro mal fiero,
Bastó para que dél me descuidase.
   Érame así el trabajo más ligero,
Mientras el tiempo el lauro me ocupaba
Y un olmo que plantado había primero.
   El cual, si no crecía y se alzaba
Más alto, era que el lauro nuevo puesto
El humor de mis ojos le enjugaba.
   ¡Ay, Dios, qué confusión, qué pena desto
Sentía el corazón, casi adivino
Del mal que me debía venir tan presto!
   Víame desviar del buen camino,
Por seguir una senda obscura, estrecha,
Sujeta la razón al desatino;
   Vía ya el alma casi sierva hecha,
Y cultivando un árbol ternezuelo,
Armarse de temor y de sospecha.
   «Mira por donde vas,—decía el recelo:—
No pongas tanto amor en nueva planta,
Pues no sabes, al fin, qué hará el cielo.
   «Mira que tanta fe, mira que tanta
Solicitud harán que se levante
Tan alta como el olmo se levanta.
   «Y aquel nuevo trabajo no te espante;
Espantarte debría la memoria
Que del primero ardor tienes delante.

»¿No miras que es dudosa la victoria,
Habiendo contra tí dos enemigos,
Que cada cual por sí querrá la gloria?
»¿Piénsaste ansí esconder de tus amigos;?
¿Piensas ansí olvidar aquel cuidado
De que has dado en escrito mil testigos?»
Por otra parte, víame prendado
De la beldad del lauro ya crecido,
De la verdura dél mal engañado.
Víame de su sombra recibido,
Llegando á descansar tan blandamente
Cuanto del olmo fué ya recogido.
Víame señalar entre la gente,
Y que los otros árboles mostraban
Envidia de mi bien si me consiente.
Otros agricultores, que criaban
Árboles excelentes, ví jurarme
Que el bien que yo alcanzaba no alcanzaban.
Esto bastó, Señora, á trastornarme,
Y en cultivar la planta mía hermosa
Con todos los sentidos ocuparme;
No para que del olmo la sabrosa
Memoria se olvidase ó se perdiera,
Mas para resfriarme alguna cosa.
Mas ¿quién fuera, Señora, que se viese
En el grado en que yo entonces me vía,
Que lo mismo que hice no hiciese?
Ví el lauro más blando cada día,

Julia lo sabe bien, y prometerme
Por ventura más bien que pretendía.

Porque mientra pensaba entretenerme
Y pasar, mientra ansí lo regalaba,
Las horas que pudiese ocioso verme,

No sólo la guirnalda que esperaba
De sus hojas tejerme prometía,
Mas de premio mayor me aseguraba.

Así me sustentaba; así vivía
De grandes esperanzas, de las cuales
Salieron ciertas más que yo pedía.

Con éstas, los cuidados desiguales
Que del olmo tenía, poco á poco,
En parte, de aflojar daban señales.

Lo que yo siento desto y lo que toco,
Disimular por mi vergüenza quiero;
Que por la pena es cuerdo, al fin, el loco.

Y por tornar donde quedé primero,
Llegó á tanto, Señora, mi locura,
Que puse en condición mi fin postrero.

En este tiempo quiso mi ventura
Que de la bella planta me ausentase,
Dejándola, aunque grande, mal segura.

¿Quién la vió en mi partir, que no pensase
Que era imposible ya ser arrancada,
Ni que el viento jamás la trastornase?

Mas la beldad del lauro y la malvada
Fortuna me hacían, por otra parte,

Recelar que me había de ser robada.
   Sábelo Amor con cuánta astucia y arte
Procuré en el partir aseguralla;
Que la sospecha es propia del que parte.
   Mas si en algún estado no se halla
Firme seguridad, ¿cómo podría,
Siendo planta movible, conservalla?
   Al fin, partí, Señora, y por la vía
Llorando dije veces mil al cielo,
Con ansia que del alma me salía:
   «Señor, si un limpio amor, un puro celo,
Una sincera fe y amor honesto
Valen para impetrar gracia en el suelo,
   »Haz que el lauro, que ya en el alma he puesto
Las raíces, conserve en tal firmeza,
Que no pueda moverse ansí tan presto.»
   Con cuál error lo dije y cuál tristeza.
Amor lo sabe bien, que me escuchaba,
Y reía quizá de mi simpleza.
   El tiempo, que la ausencia me alargaba,
Entre la guerra envuelto y sus furores,
Amor sabe cual fué, cuál lo pasaba.
   Diré bien un error, que en mis errores
Quizá ha sido el mayor que pudo ausencia
Transformar mi cuidado en mal de amores.
   Llegué casi á no ver la diferencia
Entre el olmo y el lauro, estando ausente:
Hasta aquí llegó el mal desta dolencia.

El olmo que mi alma firmemente
Sus raíces tenía mejor echadas,
Sintió la ofensa bien deste accidente.

¡Ay, Dios, qué luengas fueron las jornadas!
Al ir, más que al volver, deste camino,
¡Ay, cuánto eran más luengas y pesadas!

Creció tanto el temor mi desatino,
Que cosa no bastó para alegrarme,
Por ser ya de mi mal hecho adivino.

Llegué, al fin, al lugar donde holgarme
Con la vista del lauro había pensado,
Y del temor pasado asegurarme.

Hallé el jardín do lo dejé plantado,
Solo estéril, sin él, inculto, extraño,
¡Como si allí jamás hubiera estado!

Cual la madre que siente, por engaño, *(sic)*
De los brazos quitar hijo querido,
Queda después que ve claro el engaño,

Tal quedé yo, Señora, y más corrido,
Por lo que ya del olmo sospechaba,
Que por haber el lauro ansí perdido.

No sin grande razón me recelaba
Los días, ¡triste yo! que estaba ausente,
Puesto que su valor me aseguraba.

La pena que del hurto el alma siente
Trajo consigo un bien para alegrarse;
Que es el desdén de aquel que se arrepiente.

Digna era su beldad de cobdiciarse;

Mas ¿quién no sabe que el mudar terreno
Hace el primer valor menoscabarse?

Vaya, pues, del favor hinchado y lleno
Aquel que lo robó, que un viento espero,
Y veráse cual yo del lauro ajeno.

El árbol es en sí fácil, ligero,
Y ansí como en cualquier terreno prende,
No será á trasponerse éste el postrero.

Si el lauro, con decir esto, se ofende,
Excúseme con él vuestra excelencia;
Que el fuego de menor causa se enciende.

No soy tan sin saber, tan sin prudencia,
Que más de lo que he dicho no he callado
Y querido vencer con la paciencia.

Yo volveré, Señora, á mi cuidado
Antiguo, do agradezcan mi tormento,
Y el lauro mudará como ha mudado:
Porque quien hace un yerro hará ciento.

VII.

(B. A. de S. 180-33, fol. 241.—M. B., Add. 20790, núm. 42.)

FILIS Á DEMOFÓN (1)

Filis de Tracia á Demofón de Athena
Desea, riñe, llama y dél se queja,
Por ver si puede así exhalar su pena.
Aquel que así morir sola la deja,
Por premio de haber sido regalado,
En esta casa de la cual se aleja.
El tiempo prometido es ya pasado
En que había de tornar esa importuna
Nave al puerto donde eres deseado.
Antes que los dos cuernos de la luna
La mostrasen redonda ni cerrada,
Prometiste volver, sin falta alguna.
Cuatro veces la he visto ya menguada,
Y cuatro veces llena, y sin tormenta,
Naves de Atena aquí hacer jornada.
Si así contases como esta alma cuenta,
Los días de la ausencia y tu tardanza

---

(1) Es traducción de la *Heroida II* de Ovidio, *Phyllis Demophoonti*, que comienza:

Hospita, Demophoon, tua te Rhodopeia Phyllis
Ultra promissum tempus abesse queror.

No me harían vivir tan descontenta.
Ciega de amor, la mísera esperanza
Fué tardía en creer tales extremos,
Haciendo de tu fe más confianza.
Mas ¡ay! que aquellas cosas que entendemos,
Más tarde, cuando ofende el ser creídas,
Son las que los amantes más creemos.
¡Cuántas mentiras claras conocidas
He dicho yo á mí mesma, procurando
Tus culpas encubrir, de mí sabidas!
Al proceloso Noto iba culpando
Que tus velas forzaba y detenía,
Cuando menos furor iba él mostrando.
Á Teseo mil veces maldecía,
Que del partir licencia no te daba....
¡Mira qué culpa en tu tardar tenía!
Que no füese un día recelaba
La nave entre las ondas espumosa
Mientra en las suyas Hebro te gozaba.
¡Cuantas veces, ay Dios, entre estas cosas
Rogué por tu salud, mientras tú, ingrato,
Sano, doquier que estás hora reposas!
Volviendo sobre mí, dezí algún rato:
«Si está sano, ya viene; y pues, viniendo,
¿Por qué lloro, por qué me aflijo y mato?»
El amor, Demofón, iba fingiendo
Cuantas cosas se oponen juntamente
Á las que se apresuran atendiendo.

Las causas, como amante diligente,
Buscaba, y las excusas de excusarte,
Mientras fuiste en volver tan diligente.
Ni el juramento basta revocarte,
Ni el castigo de Dios nada recelas,
Ni basta tanto amor para ablandarte.
Mas ¡ay! que si te escondes y te celas,
Es porque en el partir, pérfido, diste
Al viento las promesas y las velas.
Y así de entrambos me lamento, y, triste,
Dellas, que te debrían haber traído;
De tu fe, que faltó, pues no veniste.
Ingrato, dime: ¿en qué te he ofendido;
¿Qué culpa cometí, si ya no es culpa
Haberte mucho más que á mí querido?
Pues si tu desamor mi amor inculpa,
Con éste había pensado merecerte,
Dando el mesmo pecado por disculpa.
Una grave maldad encarecerte
Quiero, que hallo en mí, la cual me acusa,
Y es dejarme obligar sin conocerte.
Mas ésta, si es maldad y no la excusa
Amor, tiene apariencia, aunque sea poca,
De virtud que en razón no se rehusa.
¿Qué es de la fe, traidor, que yo, de loca,
Creí? ¿Qué es de la ley, qué es de la mano,
Y el Dios tan puesto en esa falsa boca?
¿Qué es de Himeneo, prometido en vano?

¿Qué es de aquel firme ñudo y sacramento
Que se te hace de romper liviano?
Por el mar me hiciste juramento;
Por tu agüelo Neptuno, el cual allana
Y amansa el mar cuando lo turba el viento.
Y por Venus, si ya no es cosa vana;
Por las saietas fieras de Cupido,
Que no han en mí dejado cosa sana.
Por Juno, que tan grande diosa ha sido,
Y por Ceres, á quien siempre ser suele
El sacrificio místico ofrecido.
Pues si á alguno de tantos dioses duele
La ofensa, ¿qué será de tí, cuitado,
Que aun esto más conviene que recele?
Yo, mísera, tu nave he adereçado;
Yo la rehice, yo para en que fuese
Quien me había de olvidar de mí alejado.
Yo los remos le dí con que huyese
De mí; yo también hice, ¡ay pena cuánta!
Las armas con que á mí sola hiriese.
Tus lágrimas creí... ¿Quién no se espanta?
¿Es posible que lágrimas sean parte
Para disimular con fuerza tanta?
Es cierto que en las lágrimas aparte, *(sic)*
Y que, según del hombre es el intento,
Las esconde y las muestra y las reparte.
Tus palabras creí, tu juramento
Creí, porque además de haber jurado,

El que ama cree y no teme el movimiento.
No me duelo de haberte así aceptado
En mi puerto, en mi casa, aunque pudiera
Este mérito ser mejor pagado.
Mi dolor es ¡ay, Dios! que no debiera,
Ya que te dí posada, darte el lecho
Conyugal, ni al creer ser tan ligera.
No debiera llegar el simple pecho
Al tuyo lleno, de maldad compuesta,
En simular amor tan diestro hecho.
Pluguiera á Dios... Más, ¡ay! que poco presta.
Viera la noche de antes yo mi muerte;
Muriera Filis y muriera honesta.
¡Mísera, que esperaba merecerte!
Mi esperanza venida de marido
Era justa, pues justo era el quererte.
¿Qué gloria, Demofón, piensas que ha sido
Burlar una doncella que creía
Ser verdad todo cuanto habías fingido?
Tanta simplicidad no merecía
Castigo, mas favor; yo, moza amante,
Dejéme persuadir; que no debía.
Si esta teneis por gloria, en este instante
Suplico á Dios la suma de tu gloria
Sea esta y la que más adelante. *(sic)*
De tu padre y hermanos sé la historia
De sus famosos hechos divulgada,
Y de tí quedó sólo esta memoria.

El caso de Scirón, y la nombrada
Muerte del crüel Sini, y la del hombre
Ó fiera que del toro fué engendrada.
La victoria de Teba el mundo asombre
Y los muertos centauros, los caídos
Palacios de aquel dios de escuro nombre.
Y tras de tantos títulos sabidos,
En tu imagen, que entre ellos sea metida,
Se muestren estos versos esculpidos.
«El crüel Demofón que á la vencida
Filis engañó, al cual había entregado,
Con su reino, su honor, su alma y vida.»
Entre tantas hazañas que han pasado
Por tu padre, la burla sola creo
De Ariadne en tu mente haya quedado
Y que sólo en un caso sólo feo
Le has querido imitar, porque parece
Que excusa su maldad la que en tí veo.
Ariadne está bien y no carece,
Como yo, de marido, y los atados
Tigres la alzan en alto cual merece.
Mas los Traces, de mi ya despreciados,
Me desprecian ahora por habellos,
Por amar un extraño, desechados.
Váyase ahora Atenas, dice entre ellos
Alguno; no vengamos á la prueba
Que la armígera Tracia rijan ellos.
El fin del hecho es el que el hecho aprueba;

No tengan fin los hechos del que ordena
Á los hechos poner esta ley nueva.
Si te viesen venir, tal me condena
De mala provisión, por mi desgracia,
Que dirán que ha sido honesta y buena.
Pero ni tú vendrás, ni tanta gracia
Los dioses me darán, que vea en mis días
Ese cuerpo lavar agua de Tracia.
La sombra del temor que te partías,
Antes que te partieras por matarme,
Se junta agora á las miserias mías.
¿Cómo osaste, crüel, pues, abrazarme
Y á mi cuello tener gran tiempo atadas
Tus manos, y con tanto amor besarme?
Que fuesen con mis lágrimas mezcladas
Tus lágrimas, rogando á Dios que fuera
En guía y en favor de tus jornadas.
Osásteme decir, ¡ay! quien muriera
Entonces, cuando ya te despediste,
Philis tu Demophón que parte espera.
Que espere á tí, crüel, que te partiste
Para jamás volver la vela ingrata
Que, negado mi puerto, al viento diste.
Y lo que más me aflige y me maltrata
Es pensar que vendrás solo faltando;
Del tiempo el tiempo es solo el que me mata.
¡Ay, sinventura yo! ¿qué estó esperando?
Tienes ya otra mujer y si no es esto

Nuevo amor de tu amor está gozando.
¿Es cierto, Demofón, que así tan presto
Has olvidado á Filis, y que vea
Filis su nombre ya en olvido puesto?
Si procuras saber Filis quién sea,
Sábete, Demofón, que aquélla es cierto
Que amándote te llama y te desea.
Aquella que te dió posada y puerto
En Tracia, cuando aquí fuiste traído,
Del mar tan maltratado y tan desierto.
Aquella por quien fuiste socorrido
En tu necesidad; la que, de grado,
Cuanto se puede dar te ha concedido.
La que á tí sometió su honra y estado:
El reino de Licurgo, el cual no puede
Por seso de mujer ser gobernado.
El reino que al helado Hemo concede
Al rodope llegar alto y sombroso
Donde Hebro sagrado al mar procede.
Y, lo que es de sentir más doloroso:
Ésta es la que te dió su flor más pura,
Dada con triste agüero y trabajoso.
Aquella á quien ligó casta cintura
Tu mano burladora, á quien ninguno
Pareció merecer tan gran ventura.
Tesifone en lugar vino de Juno
Al lecho, y nocturna ave hizo el canto,
Con enojoso són triste, importuno.

Alecto, con llorar digno de espanto
De pequeñuelas sierpes, fué presente
Al acto para mí lloroso tanto.
La lumbre, á lo demás correspondiente,
Fué encendida de hachas funerales,
Para que en todo hubiese inconveniente.
En tanto, ¡oh Demofón! con tantos males
Voy pisando estas rocas espantosas,
Mirando mil agüeros y señales.
Yo miro si la tierra, entre otras cosas,
Se seca, y si en la noche fría, helada,
Las estrellas están claras y hermosas.
Qué viento mueve el mar miro cuitada;
Si vela veo, pienso que tú eres,
Y corro á la marina apresurada.
Viendo que no eres tú, ni venir quieres,
Me hace el corazón, ya de sí ajeno,
En los brazos caer de mis mujeres.
Á guisa de arco hace el mar un seno
Aquí, y al cabo dél se muestra en alto
De precipicios y de muerte lleno.
De allí he querido ya hacer un salto
En las ondas inquietas de contino,
Y, cuando á saltar voy, de valor falto,
Pero yo lo haré, yo lo adivino,
Con esperanza de ir en tu ribera;
Que á un muerto el mar le enseñará el camino.
Insepultada así de esta manera,

Te me pienso poner crüel delante,
Por ver si mover puedo esa alma fiera.
Esa alma, más dura que el diamante,
Más dura que tí mesmo, y afligido,
por ventura dirá á la triste amante:
«¡Oh Filis! no debiera ser seguido
Desta manera yo.» Yo, muerta y fría,
De allí iré al paso del eterno olvido,
El alma, que partir de mí porfía,
Ora el veneno escoge, ora la espada,
Ora la vía del mar, òra otra vía;
Ora pienso anudar mortal lazada
Al cuello, y dar así la recompiensa
À mi honor, con mi muerte apresurada.
La muerte anda escogiendo el modo y piensa
Hacer presto elección; que es infinito
El dolor que me causa estar suspensa.
Tu nombre, como tú, duro, infinito,
Perpétuo quedará en mi sepultura,
En la cual se verá también escrito:
«À Filis Demofón la muerte obscura
Dió en premio del amor más limpio y sano.
Olvido, ingratitud y suerte dura
La hicieron buscar muerte temprano.»

VIII.

(B. A. de S., 33-180, fol. 220.—M. B., Add. 20790, núm. 42.)

EN ALABANZA DE LA COLA Ó RABO (1)

Pues en el golfo grande de la cola,
Hermosísima Inés. quereis que meta
Mi pluma, vos sereis mi musa sola.
La gente popular, de mal discreta,
Dirá que es cosa baja ésta que alabo,
Y vos, que la más alta y más perfeta.
Á vos digo, Señora. ¿Estais al cabo?
No entendais por la cola algún engrudo:
Cola digo, la cola, y désta el rabo.
Por Dios, de puro miedo helado sudo,
Pensando que el furor á ello me lleva,
Siendo de ingenio torpe, extraño y rudo.
No sé por qué quisistes hacer prueba,

---

(1) Impresa en Gallardo, tomo 2.º, col. 440.

Parece ser que en algunos códices, que no he podido examinar, por ignorar cuáles sean y en dónde paran, se atribuye esta epístola á don Diego Hurtado de Mendoza. A sostener esta opinión se inclina mi docto maestro el Sr. Menéndez y Pelayo, en su libro *Horacio en España*, tomo I, pag. 11. Á Mendoza se han atribuido multitud de obras que no le pertenecen, y así, por ejemplo, en el ms. de la Biblioteca Nacional, M. 223, se incluye la famosa carta de los *Catarriberas*, de Eugenio de Salazar, entre las obras del docto D. Diego.

Señora, de un tan flaco entendimiento,
En materia tan alta, honda y nueva.
Si el lugar de la cola os da contento,
Si tanto deseais verla alabada
Y que tanto loor no lleve el viento,
Otra pluma mejor y más limada
Debríais buscar: no la pequeña
Mía, en bajo sujeto acostumbrada.
Mas si la habilidad vuestra le enseña
Algún primor, si dentro en sí la tira,
Deshacer su poder su fé os empeña.
Venus, que por la cola arde y suspira,
Supla, pues, de la pluma ahora la falta,
Que por vos á exaltar la cosa aspira.
La materia es en sí difícil y alta;
Tal, que pensando en ella, ansí escribiendo,
Se me extiende y altera y sobresalta.
Pero, porque venir al caso entiendo,
La cola digo que es cosa preciosa,
Como con argumentos lo defiendo.
La cola es al mirar baja y hermosa,
Pompa del que la trae y ornamento,
Y juntamente honrada y provechosa.
Tiene la cola un apacible asiento,
Jurisdicción por sí tan elevada,
Que es parte de mayor contentamiento.
Es la cola una cosa tan preciada,
Que no es tan sólo propia de animales,

Mas de los dioses ya también fué usada.
   Ved los signos celestes ó señales
Escorpión, Capricornio, Tauro, Leo,
Aries, Piscis, y aun otros principales.
   De los doce, los más con cola veo;
Y aun pienso que la Virgo la tuviera,
Si Jove concediera su deseo.
   Ved, Señora, también cuál pareciera
Aquel Cauda-Draconio espantoso,
Si derribada como mula fuera.
   Ved á Júpiter, viejo y lujurioso,
En mil diversas bestias transformarse
Por parecer con cola más hermoso.
   Las cometas que suelen señalarse
Pronosticando cosa ántes que sea,
Con cola las vereis siempre mostrarse.
   Las cabrillas, con cola, y Amaltea,
Y el cornudo cabrón debajo tiene
Cola, porque sin ella es cosa fea.
   Los caballos del Sol ved si conviene
Que la tengan, al menos, el verano,
Cuando el tábano fiero á morder viene.
   Cola tenía la vaca que el villano
Pastor guardaba á Juno, que robada
Le fué después y suspirada en vano.
   Y de la penitencia que fué dada
Á Argos, vemos agora su figura
En una cola de pavón mudada.

La águila que robó la hermosura
Que Jove quiso hacer cosa divina,
Con cola se nos muestra en su pintura.
Pues en el carro allá de Proserpina,
Colas tienen las sierpes que la tiran,
Cola el celeste rayo que camina;
Las palomas de Venus, si las miran,
Colas tienen, y colas los pavones
De Juno, que á mayor beldad aspiran.
Allá en los caduceos, los dracones
Que en él están revueltos, colas tienen,
Mercurio sabe bien por qué razones.
La mayor Ursa y la menor nos vienen
Con las colas alzadas, desmostrando
Que son más frías harto que convienen.
Si el cielo quereis ver, considerando,
Hallareis, si se da fe á los poetas,
Que tiene allí la cola el mayor bando.
Mas bajemos del cielo á las secretas
Moradas del infierno, y hallaremos
Con colas sus pinturas más perfetas.
Si algún demonio dibujar queremos,
La cola y cuernos son ciertas señales;
Ni sin cola dïablo alguno vemos.
La culebra, que fué de nuestros males
Principal ocasión, cola tenía;
Cola tienen las Furias infernales.
Cola tiene Cervero, y no hay harpía

Que no tenga su cola aguda y luenga;
Mas sin cola un demonio, ¿qué sería?
No quiero que el infierno me detenga;
Mas pues dél y del cielo hemos hablado,
Bien es que á la región del aire venga.
Ningún ave vereis, si habeis notado,
Que no tenga su cola, ni sin ella
Natura las hubiera al mundo dado.
Pues bajad á la mar; vereis en ella
Tantas diversidades de pescados
Mostrar su cola cada cual más bella.
Los chicos y los grandes extremados
Todos con cola son, la cual los hace
Más sueltos, más ligeros, más osados.
Y aun del pece, el que dél se satisface,
Dice la cola ser más sana y buena
Que lo demás, y al gusto más aplace.
Ved agora la tierra, y verla heis llena
De animales con cola, que sería
Quererlos escribir perder la vena.
Mirad los turcos, y hallareis hoy día
Que usan traer la cola de un caballo
Por ornamento y grande gallardía.
Voy buscando si acaso animal hallo
Sin cola, y hallo, al fin, sólo la mona,
Que de risa no puedo ahora contallo.
Dice un doctor que, por ganar corona
De sabio, Satanás la mona hizo,

Pensando que formaba una persona.
Mas viéndola salir tan mal hechizo,
Arrepentido quiso dehacella,
De que la mona mal se satisfizo.
Y viendo que el demonio iba á asir de ella,
Por pegalle una cola, entendió luego
Que, por bestia ser, él lo ha de ser ella.
Por lo cual fué corriendo y en el fuego
Puso entrambas las nalgas, y asentada
En las brasas se estuvo con sosiego.
Viendo el demonio, al fin, que en carne asada
No podía pegar, la cola arroja,
Sacudiendo á la mona una puñada
De las que sabe dar cuando se enoja,
Tal que perdió la habla, y de tal suerte,
Que nunca más habló, ni se le antoja.
Llega la mona al punto de la muerte,
Y allí quedó arrugada y amarilla
Y el cuero de las nalgas duro y fuerte.
Divulgóse después la maravilla,
Y puesto que la mona no lo cuenta,
En el vientre nos muestra hoy la mancilla.
Tornemos á la cola. Ved qué afrenta:
Con ella nace el escorpión mordiendo;
Después, la de la sierpe, si es sangrienta.
Mirad la lagartija que, en muriendo,
La cola que le fué cortada, dura
Dos horas revolviéndose y bullendo.

La mayor obra fué que hizo Natura;
Y en la cola que dió á los animales
Mostró su providencia y su cordura.
Á los hombres, por ser más principales,
Se la puso delante, y puso en ella
Más fuerza de virtudes naturales.
Á la mujer, tan delicada y bella,
No quiso poner cola; mas que fuese
Su ansia principal la guarda de ella.
Por esta causa quiso que tuviese,
Según dicen algunos, un secreto
Lugar do la guardase y escondiese.
De aquí nació el amor, porque, en efeto,
Amor no es otra cosa que un deseo
De dalle á nuestras colas un receto;
Puesto que dice un libro en que ahora leo,
Que en las guerras civiles que pasaron
Ántes que hubiese mundo, había ya reo.
Así unos de los otros se apartaron,
Que jamás en la paz después pudieron
Juntarse cada par, ni se juntaron.
En esta fiera guerra se partieron;
Que si la hembra y el varón agora
Son dos, entonces uno solo fueron.
Pegados dicen que nacían, Señora;
Y por aquel lugar mesmo pegados
Que andándose á buscar se pegan hora.
Eran, como perdices, pareados;

Macho y hembra, una cosa; y cada uno
Era mitad de otro separados.
Pasado de la guerra el importuno
Furor, cada mitad vuela y procura
Su mitad, que hallar puede ninguno.
El un medio quedó, por aventura,
Con la cola pegada al apatrarse,
Y el otro con la funda horrenda, obscura.
Y así, á una mujer vereis juntarse
Con un hombre hoy y otro mañana, *(sic)*
Y es que desea con su mitad toparse.
No os digan que es lujuria, ni que es gana
De no sé qué: que sólo anda buscando
La cola por tener su funda vana.
Por lo cual, mientras anda así buscando
Su mitad cada cual, para proveerse
De su cola y no andalla mendicando,
Quisieron por señal casi ponerse
De la demanda en que andan peregrinas,
Las colas que en las suyas pueden verse.
En las guerras terrestres y marinas
Dicen que iba la cola al enemigo,
Cuando van las escuadras muy vecinas.
Ved, pues, en un caballo aquel castigo
Que en la cola le hacen si babea,
Y diréis que es mejor que lo que digo.
Si un caballo sin cola es cosa fea,
Decidlo vos, y sea rocín de caza

Ó algún otro animal, cualquier que sea.
¿No habeis visto, Señora, la picaza
Con la cola cubrirse y defenderse
Del mejor gavilán de mejor raza?
Mas ¿qué digo? ¿No veis también coserse
Ó enjerille la cola á los halcones,
Que sin ella no saben qué hacerse?
Y, porque viene ansí sobre razones,
Una mujer sé yo que viendo un día
Enjerillas á dos esmerejones,
Dijo: «Diga, Señor, ¿no me sabría
Enjerir una á mí, que me durase
Cuanto podrá durar la vida mía?»
Yo le dije que sí, si se obligase,
Mientras se la pegaba, á estarse queda,
Que no se revolviese ó menease.
¿Qué cosa se verá jamás que pueda,
Igualarse á un pavón enamorado,
Cuando la bella cola pone en rueda?
¿No habeis visto algún hombre confiado
De su cola, en mostrándola á una moza,
Tener el pleito ya por acabado?
No es la cola animal de toda broza;
Antes cosa gentil, regocijada,
Que juega, que se mueve y alboroza.
Ved, pues, del avestruz si es estimada
La cola, y si hay bravo que quisiese
Andar sin ella más que sin espada.

¿Qué sería del gallo si estuviese
Sin cola? ¿Quién mató faisán alguno,
Que en el sombrero no se la pusiese?
Si no temiese seros importuno,
Milagros de la cola os contaría,
De que está el inorante vulgo ayuno.
El doctor Villalobos dijo un día
Al conde que murió de Benavente,
Viendo que estaba malo y no comía,
Trayéndole una trucha allí al presente:
«Comed la cola de ésta, que es muy sana;
Digo, la cola es buena solamente.»
El Conde comenzó á reir de gana,
Del hacer diferencia de la cola
Al cuerpo, cosa al parecer liviana.
Disputóse la causa, y sustentóla
Contra el Conde el doctor, como letrado,
Y con una razón le venció sola.
Dijo que todo miembro ejercitado
Era sabroso más, menos dañoso,
Y tanto sano más cuan más usado.
Oyólo acaso un paje malicioso,
Y atravesóle un triunfo de trasmano,
Con que quedó el doctor ménos donoso,
Dijo: «Señor doctor, en el verano
Una cola de un asno ejercitada
En amoscar, ¿será bocado sano?
De la extraña pregunta y avisada

Quedó el señor doctor harto corrido
Y su opinión por fuerza condenada.
Mil veces creo, Señora, habreis oído:
«Subió sobre la cola el jerifalte
Súbito que la garza en alto vido.»
Quiere decir que aunque más vuele y salte,
No puede algún halcón subir derecho
Cuando de su valor la cola falte.
Mirad un cazador un turco hecho,
Si con la cola al viento un lance hace,
Porque va con zozobra y con despecho.
Si el amor ó el temor á un can aplace
Mostrar, y si su gozo mostrar quiere,
Con la cola lo muestra y satisface.
No está airado el león mientras no hiere
Su cuerpo con la cola; pero cuando
La mueva, huya dél el que lo viere.
Mil cosas, mientras una estoy pensando,
Se ofrecen que decir, y en el decillas
Unas á otras vanse embarazando.
Mas ¿quién sabrá decir las maravillas
De la cola, que vos, cuya memoria
Hoy hace dar risadas y cosquillas?
Vos, que de tantas colas tanta gloria
Supistes alcanzar, á vos, Señora,
Toca darle la palma y la victoria.
De cómo se defiende la traidora
Raposa con la cola entre los canes

Pensé yo decir más que digo agora.
Si no basta, decid á mil galanes
Que teneis, cuya cola os regocija,
Que empleen en loalla sus afanes.
Bien sé que es mala noche y parir hija
Todo lo que he alabado, pretendiendo
Hacer que con el nombre se corrija
El que vos entendeis como yo entiendo.

IX.

(A. fol. 235)

Á LA PRINCESA DE MOLFETA (1)

Señora excelentísima, *proficiat*
La hija, que aunque sé que llego tarde,
Pienso que no seré mal recibido.
Acá nos ha cabido á todos parte
Deste contentamiento, y á mí solo
Sin duda mucho más que á todos juntos,
Porque amo y debo más solo que todos.
El príncipe está bueno, y tan contento,
Que, de sentirlo dello, estamos todos. *(sic)*

(1) Véanse los sonetos 30 y 34 y la espístola 6.

Dicen que se irá presto; Dios lo haga
Como yo lo deseo, y si hay alguna
Allá que con un *ámen* no me ayude,
Possio vederla dil su amor ausente;
De hombre que con servir tiene gran cuénta
Yo no quiero perder las ocasiones.
Podría ser llegar allá de noche,
Cansados, muy lodosos y hambrientos,
Y sé que hallaremos puesta en orden
La cena, y que será vuestra excelencia
La que lo tendrá todo proveido.
Pero porque de acá van mil golosos,
Y la razón también que lo requiere,
Será bueno hallar olla podrida,
Porque, según filósofos de estómago,
Es la cena mejor hora de invierno.
Vuestra excelencia mande hacer una,
Que tenga tantas cosas diferentes
Cuantas aquí serán puestas en lista.
Búsquese lo primero tan gran olla,
Que quepa en ella todo, quede espacio,
Para poderla menear, que baste;
Y si tal no se halla, allá en palacio
De don Jorge harán una excelente,
Salvo si no querrán del Coradino
Hacer una que baste á diez conventos.
Meterán, lo primero, toda entera,
Pues cada parte es buena, y toda junta,

La señora Lucía, y con aviso (1)
Que miren que la olla no se pegue
A ella, puesto que es muy despegada.
Ésta será señora de la olla,
Principal fundamento y mejor parte.
Pero porque ha de ser olla podrida,
Que ha de tener mil géneros de cosas,
De buenas y mejores y notables,
De cosas delicadas y groseras,
Testuces, manos, pies, orejas, lenguas,
Tasajos, y tocino, y carne seca,
Repartiráse así desta manera:
Un tasajo echarán de Juan del Río,
Y no dos, porque es carne de tinelo;
Ni aun creo que tendrá para uno sólo.
Pondráse más de la condesa Laura (2)
Los ojos, de que tiene el sol invidia,
Y unas sofrenadillas con que suele
Darse cuando saluda á media carta.
Pondrán de la señora doña Elena
La hermosa presencia, que no basta
Con aquel andar grave de su hermana;
El testuzo del músico que tañe
En la cámara, pongan con antojos,

(1) Véase el soneto 214 *A un lacayo muerto debajo del carro en que iba Lucía Harriela.*

(2) Véase el soneto 121.

Que serán menester para comelle.
De la señora Bárbara Visconte
Pondrán cierto guiñar, ciertos meneos,
Y aun de la mitad destos hagan salsa,
Que bastará hacer comer los muertos,
Y guárdese la suya á sant Bernardo.
También pueden poner della la lengua,
Que es singular bocado, y si no agrada
Dénmelo toda á mí, que yo lo acepto.
Y del príncipe de Áscoli se ponga (1)
La blanca lagartija de la gorra,
Sin el mote que á torno la rodea.
También quiero, Señora, qué se pongan
Un pecho de Vitella genovesa
(Vuestra excelencia ha visto si es hermoso),
Y la mitad de la condesa Livia,
Pues no dará mal gusto á nuestra olla.
¡Cuerpo de mí, que ya se me olvidaba
Lo mejor de la olla y más sabroso!
De la duquesa moza un dico atia *(sic)*
Ponga, que vale más que algunas piensan.
De la señora Claudia todo es bueno,
Pero baste poner sola la boca,
De la hermosa presidente el cuello,
Y de la Laura de Limé las manos.
Los melindres pondrán y damerías

---

(1) Véase la nota del soneto 17.

De una señora moza toledana;
Y, si no caben todas, una parte
De la más bella Hipólita se ponga:
La bellísima boca solamente,
Y cómala su padre, pues no hay otro
Que merezca manjar tan delicado.
Y si querrán poner lengua salada,
Tan salada que nadie se la coma,
La señora Violante dé la suya,
Que envuelta con sus manos será buena.
Mas, porque serán muchos los de mesa,
Pónganse de otras damas otras partes,
Que tienen singulares y hermosas.
De carne salvajina es bien que pongan
En nuestra olla podrida alguna parte,
Como, será decir, ambas las piernas
De Camila Balarza, que las pinto
Con la imaginación, que serán tales.
Tres ó cuatro doncellas de Violante,
Una de la señora presidente,
Tres de vuestra excelencia, con la enana,
Querría que pusiesen en la olla,
Por que tengan de todo y para todos.
Y porque, al fin, tal viene que tal quiere,
Es bien que pongan mil diversidades
De cosas mil; diversas sabandijas.
Mas ¿dónde me dejaba el más sabroso
Bocado? Medio baile de la antorcha,

Bailado entre don Jorge y la Vitella.
Por nabos, ajos, berzas y cebollas,
Pongan de Vigolín mil desatinos,
Que es cosa que en la olla se requiere.
Y si quieren poner cosa de puerco,
Del capitán Martín medio tocino
Podrán poner y un poco de ternilla.
Pero de su mujer quiero que pongan
Dos ó tres villanescas, y los ojos
Del ciego que cantar suele en tenores.
La sal de toda nuestra olla podrida,
El sabor más perfecto y más sabroso,
Será vuestra excelencia solamente,
Y la que dé la gracia y el buen gusto.
Lo demás que en la olla paresciere
Que se debe poner, va remitido
Sólo á su voluntad, con que las puestas
No falten de ponerse; que nosotros
No faltaremos de ir, bien deseosos
De comer tan hermosa olla podrida.

En Vigeve, 24 de Abril 1545 años. (1)

(1) Creemos que debe ser la población italiana de Vigevano, donde en Marzo del siguiente año murió el Marqués del Vasto, hecho que referimos, en la nota de la página 20 del tomo I, como ocurrido en Milán, donde fué sepultado aquel prócer.

X.

(A. fol. 116.)

Señora, ya el dolor no me consiente,
Ni la razón que tiene de quejarse
El alma, que no diga lo que siente.
Confusa entre el temor de aventurarse,
Y en la ansia de contarte su tomento,
Ha estado sin saber determinarse,
Hasta agora que el triste sufrimiento,
Vencido del dolor, ante tí viene,
Temblando del doler del escarmiento.
No sé cuál de los dos más me conviene:
Ó callar lo que siento, ó descubrillo.
¡Triste del que en tal duda se detiene!
La vergüenza que siento hora en decillo,
Amor sabe cuál es; mas ¡ay! que es suerte,
Cuanto es mayor la pena, descubrillo.
No sé cómo conviene ó cómo acierte
Á decirte mi mal, que, en comenzando,
No guste el trago triste de la muerte.
Ya tú, Señora, vas adivinando,
No lo que digo, nó, mas lo que quiero
Decirte, en verme andar titubeando.
Fuerza ha sido de Amor, tirano fiero;
Contra él no basta ley, fe, ni firmeza
De amante, ni lealtad de caballero.

Villanía no fué, no fué flaqueza
Mudar de voluntad, mas fué el mudarme
Pasar de un alto grado á más alteza.
¿Quieres, pues, Amaríllida, culparme?
¿Sientes tú lo que Dórida debría
Sentir, por ella nó, mas por matarme?
Verdad es que mudé la fantasía;
El objeto mudé, mas no la pena:
Hora muero por tí; por ella ardía.
Rompió el Amor, Señora, la cadena
Que ató mi libertad nueve ó diez años;
Á morir en la tuya me condena.
¡Cuán segura estarás que no hay engaño
En palabras tan claras, pues confieso
La culpa de mis males tan extraños!
Tú sabes, Amaríllida, el proceso
De mi pasado ardor; que sólo en esto
Y en amarte no tuve el hado avieso.
Si fué limpio mi ardor, si ha sido honesto,
Si secreto guardé, si firme ha sido,
Júzgalo tú, que está en tus manos puesto.
Si á Dórida, Señora, yo he servido,
Si la adoraba este alma que te adora,
Tú lo sabes, que sólo lo has sabido.
Podríasme decir aquí, Señora:
« . . . . (1)

(1) Falta este verso en el ms. de Álava.

Si no amabas, tampoco amas agora.
»Y no quiero creer que no la amases,
Ni que, si fueran falsos tus amores,
Diez años de dolor disimulases.
»Pero quiero creer que sois traidores
Los hombres y que tú, por excusarme,
Das hora á tu traición esos colores.»
Si á Dórida he yo amado, ¿á qué ocuparme
En tornallo á decir? Si eran ficciones,
Tú has dicho lo que basta á disculparme.
No pueden, nó, olvidarse las pasiones
En el alma arraigadas, facilmente;
Mas puédenlas templar las ocasiones.
Dórida está en mi alma así presente
Como estuvo jamás, mas de tal arte,
Á nuevo poseedor cede y consiente.
No está olvidada, nó, salvo, que en parte,
Viéndote en su lugar tirana hecha,
Parece que se enoja y que se parte.
Vive en mi alma Dórida en sospecha
Que, al fin, ha de quedar sola contigo,
Porque para las dos es casa estrecha.
Y en las verdades que sin premio digo
Puedes ver, Amaríllida, que tanto
Temo tu saña más que mi castigo.
Queda que agora satisfaga á cuanto
Puedes de mí dudar ó recelarte,
Si el amarte hora yo te causa espanto.

Si alguna vez te has puesto á contemplarte,
Véte cual yo te ví, cual yo te veo:
Verás que causa tuve para amarte.
De aquí nació el amor, dél el deseo,
Del deseo el cuidado, y dél la pena;
De la pena el tormento en que me veo. *(sic)*
Tu beldad, de que va pomposa y llena
De gloria nuestra edad, tuvo la culpa,
Y es la beldad tu parte menos buena.
Pues si tu hermosura me disculpa,
Si está tan manifiesto mi descargo,
Quién me debe absolver, ¿por qué me culpa?
Demás de tu beldad, campo tan largo
Para hartar de dulces pensamientos
Mi alma, otras mil cosas te dan cargo.
Los regalos, los buenos tratamientos,
Tu dulce conversar, y tus blanduras,
Han sido la ocasión de mis tormentos.
Tus burlas y tus juegos, tus dulzuras,
Los favores con arte descuidados,
Han sido la ocasión de mis locuras.
Los dulces tratos entre nos pasados,
Por tu parte en descuido, han de la mía
Sido sola ocasión de mis cuidados.
Júrote con verdad (y no debría
Decirla, pero ya mi desatiento
Ni te puede mentir ni acertaría)
Que si el primer ardor me da tormento,

Si del todo no está de mí olvidado,
Ha sido un no sé qué que de tí siento,
Que me hace vivir desconfiado.

XI.

(B. A. de S., 33-180, fol. 215.—B. N.-Q. 21, fol. 725 y M. 223.—M. B., Add. 20790, núm. 42.)

LA PULGA (1)

Señor compadre, el vulgo, de invidioso,
Dice que Ovidio escribe una elegía
De la Pulga, animal tan enojoso.
Y mienten, que no fué ni es sino mía;
Notada de invención, mas traducida
De cierta veneciana fantasía,

(1) Impresa en Gallardo, tomo 2.º, col. 437.

El códice de Sevilla y el de Londres atribuyen esta epístola á Cetina; los de la Biblioteca Nacional á D. Diego Hurtado de Mendoza. El doctor William I. Knapp, la insertó como de este último en el tomo XI de la *Colección de libros españoles, raros ó curiosos*, Madrid, 1877, afirmando en una nota que es imitación del *Capitolo del Pulice*, de Ludovico Dolce, célebre poeta veneciano.

D. Juan Luis Estelrich, doctísimo colector de la *Antología de poetas líricos italianos, traducidos en verso castellano*, Palma de Mallorca, 1889, la copia también como de Mendoza.

Nótanse algunas pequeñas variantes entre los textos de Gallardo y Knapp. Seguimos en esta impresión el primero de aquéllos, que se ajusta al códice sevillano.

Y, *mutatis mutandis*, añadida;
Porque la traducción muy limitada
Suele ser enfadosa y desabrida.
¡Oh Pulga esquiva, fiera y porfiada,
Enemiga de damas delicadas,
Tú que puedes saltar cuando te agrada!
¡Quién tuviese palabras tan limadas
Bastantes á decir de tus maldades
Fierezas memorables señaladas!
Tú haces pruebas grandes y crueldades,
Y aun creo que tú sola entre animales
Sabes más que la mona de ruindades.
Haces atrevimientos, ¡y qué tales!
Dejas amancillada una persona,
Que parecen de lepra las señales.
Por tí el más cuerdo, en fin, se desentona;
Vives de humana sangre, y siempre quieres
Comer, á misa, á vísperas y á nona.
Entre nosotros vas, y eres quien eres,
Siempre á nuestro pesar, y no hay ninguno
Que se pueda guardar cuando le hieres.
No sabemos de tí lugar alguno;
Ni eres fraile, ni abad, ni monacillo,
Ni hembra, ni varón, ni apenas uno.
Eres una nonada, eres coquillo,
Eres un punto negro, y haces cosas
Que no osáran hacer en Peralvillo.
Das tenazadas ásperas, rabiosas,

Al rey como al pastor, al pobre, al rico,
Y al príncipe mayor enojar osas.
 Picas, no sé con qué, que todo es chico:
¡Dejárasnos, al menos, en picando,
Como deja el abeja el cabo y pico!
 Esté el hombre durmiendo, esté velando,
Tú sin temor y sin vergüenza alguna
Lo estás con tus picadas molestando.
 El simplecillo niño está en la cuna,
La delicada monja allá en el coro,
Y á todos tratas sin piedad alguna.
 No tienes reino, cetro ni tesoro;
Mas hártaste de sangre de cristianos,
Que no lo hace un perro, un turco, un moro.
 Ni se ríen de tí los cortesanos,
Mostrando el pecho abierto entre las damas,
Los hígados ardiendo y los livianos:
 Pues tú, malvada, enmedio de sus llamas,
Los haces renegar y retorcerse,
Pudiéndolos tomar allá en sus camas.
 ¿Hay hazaña mayor que pueda verse
Que el ver al más galán, si tú le cargas,
Perdiendo gravedad, descomponerse?
 Traidora, si te agradan faldas largas,
¿Por qué dejas los frailes religiosos?
¿Por qué no los molestas y te alargas?
 Que sus bocados son los más sabrosos:
Allí me las den todas; tus denuedos

Allí pueden hacer tiros dañosos.
Si por tomarte van los hombres quedos
Cuando piensan que estás dentro en la mano,
Con un salto te vas de entre los dedos.
El que piensa engañarte es muy liviano;
Porque vuelas sin alas, más ligera
Que pensamiento de algún hombre vano.
Una razón, una palabra entera
Sueles interrumpir, mientra, durmiendo,
Te muestras insolente, airada y fiera.
¡Ay, pulga! á los alanos te encomiendo;
Y áun esto que decir de tí me resta,
Á bocados me vas interrumpiendo.
Pues no os he dicho nada de la fiesta
Que pasa, si se os entra en una oreja!
Allí es el renegar; mas poco presta.
Allí va susurrando como abeja,
Méteos en el celebro una tormenta,
Cual debeis ya saber, que es cosa vieja.
Mas entremos ¡oh pulga! en otra cuenta,
Y no te maravilles si me ensaño;
Que no es mucho que el hombre se resienta.
Dime, falsa, crüel, llena de engaño,
¿Cómo osas tú llegar á aquel hermoso
Cuerpo de mi Señora á hacer daño?
Mientra el sueño le da dulce reposo,
Presuntüosa tú le estás mordiendo,
Ó vas por do pensallo apenas oso.

¡Qué libremente estás gozando y viendo
Aquellos bellos miembros delicados,
Y por do nadie fué vas discurriendo!
La cuitada se tuerce á tus bocados;
Mas tú, que vas sin calzas y sin bragas,
Entras do no entrarán los más osados.
No puede haber maldad que tú no hagas;
Pero eres pulga, y sea lo que fuese,
¡De cuál envidia el corazón me llagas!
Parezca mal á aquel que pareciese,
Yo quisiera ser pulga, y que con esto
Me tornase á mi sér cuando quisiese.
Porque en aquella forma no era honesto,
Ni pudiera agradar á mi Señora,
Ni á mí, y me quedara hecho un cesto.
Lo que fuera de mí contemplo agora,
Y siento de dulzura deshacerme
Y aun tal parte hay en mí que se mejora.
Lo primero sería luego asconderme
Debajo de sus ropas, y en tal parte,
Que me sintiese y no pudiese verme.
Allí me estaría quedo, y, con gran arte,
Miraría aquel cuerpo delicado
Que de rosas y nieve se reparte.
¡Qué tal estaría yo, disimulado,
Gozando agora el cuello, agora el pecho,
Andando sin temor por lo vedado!
Un sátiro, un priapo estoy ya hecho,

Pensando en aquel bien que gozaría
Viendo que ya dormida se iba al lecho.
¡Cuán libremente, qué á placer vería
Todas aquellas partes, que, pensando,
Me enderezan allá la fantasía!
Pero quien tanto bien fuese mirando,
¿Cómo podría estar secreto y quedo,
Que aun agora, sin serlo, estoy saltando?
Mas pusiérame seso, al fin, el miedo,
Y hasta que saliesen las criadas,
Que aun esperar, pensándolo, no puedo.
En sintiendo las puertas bien cerradas,
Dejando aquella forma odiosa y fiera,
Siguiera del amor otras pisadas.
Tornárame luego hombre, y no cualquiera,
Mas un mozo hermoso y bien dispuesto,
Robusto dentro, muy galán de fuera.
Llegara muy humilde ante ella puesto,
La boca seca, la color perdida,
Ojos llorosos, alterado el gesto.
Dijérale: «¡Mi alma, entrañas, vida!
Yo me muero por vos más há de cuanto;
No dejemos pasar esta venida.»
Pero, por no causar algún espanto,
Antes que la hablara alguna cosa,
Escupiera ó tosiera allí entretanto.
Ella, más atrevida y maliciosa
Que mula de alquiler, entendería

Por las señas, y el texto por la glosa.
   Allí era el desparlar la parlería,
Y el afirmar con treinta juramentos
Que era todo verdad cuanto diría.
   Pintárala mayores mis tormentos
Que la torre que el asno de Nembrote
Comenzó con tan vanos fundamentos.
   No la hablara con furor y al trote,
Antes grave, piadoso y afligido,
Porque no me tuviera por virote.
   Dijérale: «Señora, yo he venido
Aquí; solos estamos, sin que alguno
Lo vea, ni jamás será sabido.
   «Yo soy mozo y vos moza. No hay ninguno
Que nos pueda estorbar que nos holguemos;
El tiempo y el lugar es oportuno.»
   Mostrara gran pasión; hiciera extremos,
Suspiros, pasmos, lágrimas, cosillas
Con que suelen vencerse, como vemos.
   Si la viera sufrir tales cosquillas
Y callando mostrar que lo otorgaba,
Allí fuera el hacer las maravillas.
   Mas si airada la viera y que gritaba,
Tornándome á ser pulga en un momento,
Del peligro mayor me aseguraba.
   Allí fuera, ver su desatiento,
Cuando llegara gente á socorrella,
Quedarse amortecida y sin aliento.

Mas siendo, como es, tan sabia ella,
Antes quiero creer que tan segura
Ocasión no quisiera así perdella.
Que no es honestidad, sino locura,
No gozar hembra el bien que está en la mano,
Sin poner vida y honra en aventura.
Pero yo os voto á Dios, compadre hermano,
Que si la mi señora no callara,
Que no fuera el dar voces lo más sano.
Porque ya podeis ver si recelara
Tornándome á hacer pulga, y si pudiera
Asentalle diez higas en la cara.
Siendo pulga, debajo me metiera
De las ropas, y como un bravo y fiero
León, toda á bocados la comiera.
Entrárale en la oreja lo primero;
Hiciérala rabiar, y por nonada
Entrara en parte.... Ya en pensarlo muero.
Tuviérala despierta y desvelada;
Y apenas hay en ella alguna cosa,
Donde no le asentara una picada,
Y ella, que es tan soberbia y enojosa,
Mal sufrida, colérica, impaciente,
Fuera harto de verla así rabiosa,
Viendo que tuvo la ocasión presente,
No habiendo de dormir, para holgarse,
Y que así la perdió súbitamente.
¡Qué hiciera de torcerse y de quejarse!

¿Pues quizá dejaría de picalla?
Ni por verla llorar ni lamentarse.
¿Hallarme por el rastro, ni esperalla
Si viniera á tomarme? Era excusado:
Yo sé bien cómo había de molestalla.
Mas, compadre, ¿no veis dó me ha llevado
El cuento de la pulga, y lo que ofrece
Un pensamiento á un triste enamorado?
Esta contemplación, que así parece
Cual tesoro que el duende á veces muestra,
Ó riqueza que en sueños aparece.
No penseis, pues, Señor, por vida vuestra,
Que estoy fuera de mí ni desvarío,
Porque será opinión algo siniestra.
Pasóme la corriente, y como el río
Sigo tras el correr que así me fuerza,
Como quiere el perverso hado mío.... (1)

---

(1) Así termina esta epístola en Gallardo. En otros códices se añade este verso:

Haciendo que á una parte y á otra tuerza.

En el códice de la Nacional, Q. 21, concluye así:

Entretanto, esta pulga anda y se esfuerza
Picándome y está ¡el diablo! puesta
Allí do la Belona há mayor fuerza;
¡Ved cuánto es atrevida y deshonesta!

XII.

(*A. fol. 78.*)

AL PRÍNCIPE DE ÁSCOLI (1)

Señor, más de cien veces he tomado
La pluma y el papel para escribiros,
Y tantas no sé cómo lo he dejado.
Y no os maravilleis, porque son tiros

(1) Publicado por D. Adolfo de Castro en el tomo XXXII de la Biblioteca Rivadeneyra.

En la nota del soneto XVII, tomo I, pág. 22, hablamos de la amistad de Cetina con el Príncipe, también poeta y llamado *Lavinio* en el lenguaje arcádico de aquella época.

Hernando de Acuña dedicó á este mismo personaje un soneto, impreso entre sus poesías, y que copiamos:

DAMÓN

Lavinio, al comenzar de mi cuidado
Vi que á mi perdición iba derecho;
Pero juzgué tal daño por provecho,
Y así lo hubieras tú también juzgado:
Por do el amonestarme es excusado,
Que, aunque me pone ausencia en gran estrecho,
Lo que piensas que sufro á mi despecho,
Contento lo padezco y de mi grado:
Que si Amor deste mal quiere que muera,
No me podrá quitar que éste no sea
Remedio de mis males, y el más sano;
Porque tras haber visto á Galatea,
¿Qué bien podrá igualarse al que perdiera
En no padecer muerte de su mano?

Que del pasado mal de los amores
Quedaron en lugar de los suspiros.
Ya no canto, Señor, por los temores
Que solía cantar; ya mudo verso;
Ya se pasó el furor de los furores.
Un modo de escribir nuevo y diverso
Me hallé, poco há, para holgarme,
Y por huir del otro tan perverso,
Solía cantar de amor y desvelarme,
Andar fantasticando mil dulzuras,
Que paraban después en degollarme.
Yo no escribo, Señor, delicaduras;
Escríbalas quien es más delicado;
Yo soy loco y me agrado de locuras.
Ya no pretendo más ser laureado;
Antes por solo el nombre tomaría
De andarme sin bonete y trasquilado.
Pasais, Señor, por la desgracia mía,
Como vino entre burlas á mudarse
El nombre de que tanto yo huía.
Vaya fuera Satán; no ha de tratarse
Cosa sin lauro aquí, como taberna;
Que en todo ha de meterse y demostrarse.
Tornando, pues, Señor, á la moderna
Manera de vivir, digo que estamos
Como le place á aquel que nos gobierna.
Paz y salud hay más que deseamos,
Mil cosas que comprar, pocos dineros,

Aunque tantos, que basta que vivamos.
Las damas, al amor, los caballeros,
Andan hechos tasajos; yo me río,
Que si yo no lo soy, son majaderos.
Anda, Señor, tan flaco Juan de Río,
Que es una compasión, porque su dama
Ha apostado con él cuál es más frío.
No viene á la ciudad, y desta trama
Temo no ha de quedar al tristecillo
Más de la sola voz con que le llama.
Baste del galán flaco y amarillo
Lo dicho; de otro gordo y rubicundo
Diré, que os holgareis vos más de oillo.
Don Manuel va sin luto y tan jocundo,
Que solo es el galán de los galanes.
¿Quereis que diga más? Que triunfa el mundo.
El premio no sé yo de sus afanes
Cuál es mas; sé os decir que muestra el juego
Por ganado en las muestras y ademanes.
Direis que yo no veo y que estoy ciego;
Que no puedo dar fe; mas yo me atengo
A que no sale luz donde no hay fuego.
Don Jorge, harto más ancho que luengo,
Espera con deseo la camarada;
Yo con las esperanzas lo entretengo.
Va el cuitado á palacio, y no se agrada
De cosa que en él vea, ausente aquella
Luz que ni se la da ni le da nada.

Ella está en su lugar, y está con ella
La bella camarada, por mostrarse
Entre tanta beldad tanto más bella.
Don Antonio ha dejado de quejarse;
Después que os fuísteis vos no pierde punto,
Si la dama no viene á importunarse.
Gonzalo Girón va medio difunto;
Que su dama no sale ni se muestra,
Y no por culpa dél según barrunto.
Está el triste de cosa tan siniestra
Harto más corcobado que solía;
Fortuna lo enderece, que es maestra.
Aquel embajador que no se vía,
Salió ayer á volar con pluma nueva,
Y la que lo peló sigue su vía.
Ludovica se ha puesto en hacer prueba
Si se puede afeitar más que su ama,
Y no hay de quien tal yerro la remueva.
Suspira por el príncipe y lo llama;
Dice que era su bien, y yo lo creo;
Mas no caerá, de amor, doliente en cama.
Olvidado me había un gran torneo
Que una noche hicimos en palacio,
Por cumplir de una dama un mal deseo.
Fué muy pobre de galas y muy lacio;
Armados mucho bien, muy mal vestidos;
Combatióse muy bien, aunque despacio.
Todos nuestros amigos conoscidos

Torneamos, y veinte italianos,
Que fueron de nosotros escogidos.
Ándanse aparejando entre las manos
Estas Carnestolendas grandes fiestas.
¡Ved qué alivio de pobres cortesanos!
Espérannos, Señor, las mesas puestas,
Como suelen decir, por que en llegando
Tomeis de ellas el gasto á vuestras cuestas,
Entretanto que yo vó adivinando
Que estais en esa tierra ya de asiento,
Y que la nuestra acá vais olvidando.
Y es harto indicio desto, á lo que siento,
No escribir ni acordaros, á lo menos,
De hacer con alguno un cumplimiento.
Todos vuestros caballos están buenos;
Vuestras bestias de casa se pasean,
Sin vos, por estas calles, como ajenos.
Algunas damas sé yo que os desean,
Bien que por varios casos todavía;
Venid, si no por ver, para que os vean.
El dibujo que aquél darme debía
Del moderno castillo de Plasencia
Para enviar á vuestra señoría,
No me ha dado: mas jura en su conciencia
Que el principio está hecho y no acabado,
Por habello estorbado la excelencia.
No os quejareis, Señor, que no os he dado
Particular aviso de mil cosas,

Y en estilo más fácil que el pasado.
  Vuestras armas están lo más hermosas
Que se pueden pintar, y yo no quiero
Pintaros con palabras enfadosas
Lo que sabeis de mí, del día primero.

XIII.

(A. fol. 248)

Á PABORDRE GUALBES

  Señor pabordre, si el haber un año
Que no nos vemos causa en vos olvido,
Con razón puedo yo llamarme á engaño.
  Aquel mismo hora soy que siempre he sido,
Tan vuestro servidor, que tengo miedo
De haber á cuyo soy casi ofendido.
  Pero, aunque fuese ansí, contento quedo
De haber la servitud ansí empleado;
Que dolerme de mí, ni sé, ni puedo.
  Es tal vuestro valor, que siempre he estado
Tan doliente de vos, tan siervo vuestro,
Cuanto de quien sabeis enamorado.
  Aquel fiero, crüel ídolo nuestro
Sabe bien si es ansí como lo digo:
Si os amo harto más de lo que muestro.

Mas, ¿quién no os amará? ¿Quién no es amigo
De un abad liberal y virtuoso.
De costumbres de abades enemigo?
Si no temiese que os será enojoso
Narrar vuestra virtud, en breve suma,
De sólo os alabar sería curioso.
Pero porque papel no se consuma
En cosa que os enfade, he presupuesto
Á nuevo norte enderezar la pluma.
Tratar debo de aquel divino gesto
Que ayer ví estar con vos á una ventana;
De aquel mirar cortés, süave, honesto.
Si en bosque ó prado donde el agua mana
Os viera ansí á los dos, cierto pensara
Ver á Febo en coloquio con Diana.
Aquella sí es beldad única y rara;
No estotras matizadas, donde el arte
La cautela mostrar suele muy clara.
Si Venus alcanzó sola una parte
De mil que puedan verse en tal señora,
No es mucho si ligar se dejó Marte.
En vella aparecer, la bella Aurora
Ante el carro del sol ví mostrar cuanto
Esparcen por abril Favonio y Flora.
Ví aquellos ojos que el celeste manto
Podrían adornar; vide aquel riso,
Para alguna ocasión de un luengo llanto;
Ví aquellas perlas; ví un rubí diviso

En dos hermosos labios; ví una boca...
Antes no sino abierto un paraíso;
En la serena frente ví cuán poca
Cabida en el hermoso y casto pecho
Pretender puede una esperanza loca;
Un cuello ví de helada nieve hecho
Con tanta proporción, que contemplallo
Me tiene casi en lágrimas deshecho.
De los cabellos, de las manos callo,
Porque tengo temor no los ofenda
La poca suficiencia que en mí hallo.
Amor á la pasión suelta la rienda,
Y cuanto la razón más piensa en ellos,
Menos parte hay en mí que se defienda.
Descuidado miraba los cabellos,
Cuando los ojos, con los ojos vuelto,
Ligar mi libertad vide con ellos.
Ansí me hallo ya, Señor, envuelto
En una confusión de lazos tales,
Que de los nuevos no querría ser suelto,
Ni soltarme querrán los viejos males.

XIV.

(A. fol. 106)

Á DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA (1)

Si aquella servitud, señor don Diego,
Que con vos tuve, agora no tuviese,
Sería de saber muy falto y ciego.
Aquel amor que sólo de interese
Nace fué por divina providencia
Ordenado que á tiempo pereciese;
Mas el de la virtud, el de la ciencia,
No puede perecer, porque es tesoro
Que muestra siempre en sí más excelencia.
Yo observo en el amaros el decoro,
Y como enamorado, os amo tanto,
Que casi como á un ídolo os adoro.
Anegada en el mar de un luengo llanto
Ha estado hasta aquí la musa mía,
Sin poder acordar la lira al canto.
El cielo de mi dulce fantasía
Ví todo revolver y escurecerse
Cuando pensé que comenzaba el día.
Y el sentido, que apena condolerse

(1) Impresa por don Adolfo de Castro, en el tomo XXXII de la Biblioteca Rivadeneyra.

Podía de su mal, siendo infinito,
No pudo en otra cosa entremeterse.
Esto causó, Señor, que no os he escrito,
Como os prometí, cuando de Trento
Partísteis tan mohino y tan aflito,
Hasta agora, que el puro descontento
Puso al furor las armas en la mano,
No al poético, nó, mas al tormento.
Y aunque parezca especie de liviano
Lo que Febo hallar dificultoso
Suele, la indignación ha hecho llano.
En una confusión estoy dudoso,
Que no sé qué os escriba que os agrade,
Que pueda al gusto vuestro ser sabroso.
Desta guerra he temor que os desagrade;
Del suceso de corte no hay qué escriba;
De amor, ¿qué diré yo que no os enfade?
La imagen de Boscán, que casi viva
Debeis tener, hará en vuestra memoria
La mas hermosa parecer esquiva,
Y el Laso de la Vega, cuya historia
Sabeis, de pïedad y envidia llena,
Digo, de invidïosos de su gloria.
Yo, que á volar he comenzado apena,
Apenas oso alzarme tanto á vuelo,
Que no lleve los pies por el arena.
Vos, remontado allá casi en el cielo,
Paciendo el alma del manjar divino,

¿Quién sabe si querreis mirar al suelo?

Mas antes que volverme del camino,
Acuerdo de decir alguna cosa
En estilo grosero ó peregrino.

Será el sujeto, pues, aquella honrosa
Empresa que en este año ha César hecho,
Tanto cuanto difícil, gloriosa.

Ver un tirano en dos horas deshecho,
Tan fuerte y atrevido, que hacía
Á los mayores que él tremer el pecho.

No vencido de amor ni cortesía,
Ni Fortuna en vencerle tuvo parte,
Mas de solo valor y gallardía.

Allí era de notar el nuevo Marte,
Fernando, capitán de aquesta guerra,
El ánimo, el valor, ingenio y arte;

Allí se vió en el sitio de una tierra,
Dura de nombre, asaz *dura* y extraña,
Si en ánimo español virtud se encierra.

Con razón memorar puedes, ¡oh España!
Entre las otras tantas memorables,
Ésta, que no será menor hazaña.

Profundos fosos, muros impugnables,
Hierro, lanzas, saetas, piedras, fuego,
Ánimos de leones indomables,

En un asalto, sin tomar sosiego,
El cual duró cuatro horas, poco menos,
Fueron domados, á la fin, del fuego:

Allí de cuerpos muertos se vían llenos
Los fosos; palpitando las heridas;
Lastimero espectáculo á los buenos;
Allí perdieron las honradas vidas
Doscientos alemanes caballeros,
De quien los nuestros fueron homicidas;
Sin otros païsanos y extranjeros,
Al número de mil, á quien la suerte
Tocó á pasar por tan extraños fueros.
El incendio crüel, la fiera muerte,
El robo, el mal que en Dura hacer vieron,
Junto con expugnar plaza tan fuerte,
Hizo que los demás merced pidieron,
Y con su Duque malaconsejado
En las manos de César se pusieron.
Ellos absueltos, él fué perdonado;
Y el ejército nuestro victorioso,
De Güeldres en Henao presto pasado,
Do en llegando, llegó tempestuoso
Juntamente el invierno, y tan esquivo,
Que hizo el campear dificultoso.
Así fué fuerza de mudar motivo
Y contentarnos con menor ganancia,
Dejando el pensamiento más altivo.
Opuso, Señor, cerco el rey de Francia,
Por si podía socorrer la villa,
Que á él era de honor y de importancia.
Y porque publicaba á maravilla

Deseo de hacer jornada cierta,
Nuestro César no quiso diferilla;
   Antes se puso en la campaña abierta,
Y á tiro de cañón se le presenta,
Mostrándole, si quiere entrar, la puerta;
   Mas él, que verse en semejante afrenta
No quiso, ni tentar más su ventura,
Con socorrer su villa se contenta.
   Carlos Quinto lo llama y lo importuna,
Y ofrece la batalla, de que había
El francés poca gana ó nó ninguna.
   Y bien nos lo mostró el tercero día,
Que nuestro campo cerca de él pusimos,
Cuál era su intención y á qué venía;
   Fuésenos una noche, y no le vimos
Apenas ir, y al fin de la jornada,
Él veló bien, nosotros nos dormimos.
   César dejó después holgar la espada,
Que en las francesas armas fiera mella
Ha hecho, sin quedar escarmentada.
   Y si bien de la fin de esta querella
Cada cual á su gusto ordena y trata,
Y sobre la verdad la pasión sella,
   Yo querría decir, pues no me mata
Nadie, que hizo el Rey la bella empresa.
Mala rima mi forza á dir cacata.
   Por abreviar: tenía César presa
Fortuna por el pelo, y háselc ido;

Piadosamente pienso que le pesa.
   El Rey se fué; digo, que se ha huído,
Sin daño y con vergüenza, y ha quedado
Quien lo dejó huir muy más corrido.
   La culpa cúya fué no he procurado
Ni procuro saber, mas cierto veo
Á Cesar en tal caso disculpado.
   Ya me parece que tendreis deseo
De saber los que más se señalaron
Y quién llevó la gloria y el torneo.
   Algunos caballeros se hallaron
En las escaramuzas, que de España
La fama gloriosa conservaron.
   Los demás y aun los más, en una extraña
Escuadra ó escuadrón contino puestos,
No pudieron de sí mostrar hazaña.
   De la disposición y de los gestos,
Cómo las armas les estaban, callo,
Pues ya todos á nos son manifiestos.
   Lo bueno yo no sé sino alaballo;
Si algo hubo de mal, que nunca falta,
Á la presencia pienso reservallo.
   Más quisiera decir, sino que salta
El furor, por seguir otra materia,
Si no más agradable, al fin, más alta
   Pensé deciros del novel de Feria
Cómo con su valor ha desterrado
Desta corte los vicios y miseria,

Y cómo en cuatro pasos ha alcanzado
Los que primero dél corrieron tanto,
Y algunos, ó los más, atrás dejado.
Pero, tornando al comenzado canto,
El humo y vanidad de aquesta corte
Me tiene puesto en confusión y espanto.
No pienso decir más sin pasaporte;
De la corte murmuro y della digo,
Mas de ninguno nada que le importe.
Yo pienso que es á Dios y á sí enemigo
Quien niega la verdad, y por favores,
Por amor ni temor de algún castigo.
¿Qué os parece, Señor, destos señores?
De su ambición y envidia, ¿qué os parece?
¿Qué de la multitud de servidores?
¿Qué decís de la pena que padece
Un grande, si otro le ha pasado en nada,
Y cómo la igualdad mal compadece?
¿Qué decís del tener mesa parada
Todas horas á todos, do hay algunos
Que desean probar con él su espada?
¿Qué decís del sufrir mil importunos?
¿Qué de la adulación que ansí los ciega,
Sin que de ella escapar puedan ningunos?
Del cortesano triste que se allega
Á demandar al Rey alguna cosa,
¿Cuál queda, me decid, si se la niega?
Y el otro que ni duerme ni reposa,

Por llegar á aquel grado que desea,
¡Qué vida tan estrecha y trabajosa!
El otro con envidia urde y rodea
Cómo podrá sacar de su privanza
Á tal que en hacer toda la emplea.
¿Qué os parece, Señor, de la esperanza
Que grande se le muestra en perspectiva?
¡Cuán poco fruto, al fin, della se alcanza!
¡Qué extraña presunción vana y altiva
Se halla en corte de un privado injusto,
Y qué conversación, seca y esquiva!
¡Cómo toma otro ser, muda otro gusto,
El que, siendo ayer pobre, hoy se ve rico!
Tirano es hoy aquel que era ayer justo.
¿Qué os parece cuál es tratado el chico
Del grande hecho á fuerza de fortuna,
Del poderoso el triste pobrecico?
¿Qué juzgais de la turba que importuna
Á quien hacelle bien tan poco cuesta,
Sin poder dél haber merced ninguna?
Del ansia por salir en una fiesta
Más galán que no el otro y más costoso,
Tanto gasto y trabajo, ¿qué le presta?
El otro va trotando presuroso
Á acompañar al Duque, si cabalga,
Como si sin él fuera peligroso.
Aquél está esperando que el Rey salga
En sala por hacer antes presencia;

Si esta no es ignorancia, que no valga.
¿Qué decís del que teme haber sentencia
En contra, el sobornar de su letrado,
Cual del uno y del otro la conciencia?
El cortesano cuerdo y avisado
Que no quiere nadar con la corriente
Del vulgo, me decid: ¿cómo es tratado?
Dicen que es importuno el diligente;
Mentir y trampear es beneficio,
El cauteloso dicen que es prudente.
Han convertido el juego en ejercicio
Común; juegan los grandes, los plebeos;
Armas y letras van ya en precipicio.
Ya cesaron las justas y torneos;
La crápula y lascivia en lugar déstos
Entraron, con mil otros actos feos.
¡Cuántos vereis en alto asiento puestos,
Soberbios, insolentes, desleales,
Hipócritas, viciosos, deshonestos!
¿Por qué hizo Fortuna desiguales
Sus leyes? ¿Por qué es rico un avariento?
¿Por qué mendigan tanto liberales?
¿Por qué no viviría yo contento,
Y el que mejor que yo vivir podría
En casa y del paterno nutrimiento?
¿Para qué es ocupar la fantasía
En desear mandar, y en grandes cargos
Andar embebecidos noche y día?

Los años de los ricos, ¿són mas largos,
Por aventura, ó viven mas quïetos,
Ó muertos no han de dar de sí descargos?
¿No són, como los pobres, tan sujetos
Los ricos á mil casos desastrados,
Si bien no corresponden los efetos?
¿Cuál rico hay que no tenga mil cuidados
Más que yo, que el temor de caso adverso
No interrumpe mis sueños reposados?
¡Oh, cuánto es su vivir del mío diverso!
¡Cuánto es la mía más alegre vida!
¡En qué piélago está ciego y submerso!
Yo, que, por experiencia, conocida
Tengo la corte ya, vóime riendo
De quien sigue tras cosa tan perdida.
Y digo que es la corte, si la entiendo,
Una cierta ilusión, una apariencia
Que se va poco á poco deshaciendo.
De la corte no hago diferencia
Al espejo, que muestra algunas cosas
Graves, que nada son en existencia.
Ciertas bromas inútiles, costosas,
Ansioso desear, vivir inquieto,
Esperanzas inciertas, trabajosas,
Un nunca responder con el efeto
El pensamiento, que contino hace
Mil torres en el aire, de indiscreto.
Pero, porque he temor que no os aplace

Tan luenga historia, aquí haremos punto,
Pues que tampoco á mí me satisface.
Y de todas las cosas que pregunto,
Con el primero me enviad respuesta
Cual la deseo yo, cual la barrunto;
Que, pues mi servitud está tan presta
Á vuestra voluntad para serviros,
Cualquier demanda se me debe honesta.
Olvidado me había de pediros
Una cosa que mucho he codiciado,
Y he pensado mil veces escribiros.
Y es que de ver gran tiempo he deseado
Del famoso Ticiano una pintura,
Á quien yo he sido siempre aficionado.
Entre flores y rosas y verdura,
Deseo ver pintada primavera
Con cuanto de beldad le dió Natura.
Mucho pido, Señor; mas no debiera
Pedir menos á quien fuera muy poco,
Si cuanto puede dar Fortuna os diera.
En este punto que postrero toco
De pediros, vereis que soy poeta,
Si no lo habíades visto en que soy loco.
Llegado ha ya mi canto á aquella meta
Do pienso poner fin á mi camino.
Si, como temo, á vos no fuese aceta,
Haced de ella un presente al Aretino.

XV.

(B. A. de S., 33-180, fol. 236.—M. B., Add. 20790, núm. 42.)

PENÉLOPE Á ULISES (1)

Ulises, tu Penélope te escribe
Ésta, que tu tardanza larga acusa
Ocasión que en mortal congoja vive.
Ya no me escribas más cosa confusa;
Tu presencia será respuesta cierta;
No quiero ver más carta, ni otra excusa.
Ya la enemiga Troya está desierta;
Aquella por quien siempre han padecido
Las griegas soledad y vida incierta.
Al mal de tanto mal, mal merecido,
Ni Príamo, ni Troya es recompensa,
Ni puede apenas ser encarecido.
Pluguiera á Dios, por su bondad inmensa,
Que en el mar lacedémon se hundiera
Paris, y no hiciera á Elena ofensa.
Que si esto fuera así, jamás me viera
En el viudo lecho, sola y fría,
Ni de tí cual me duelo me doliera.

(1) Es traducción de la *Heroida I* de Ovidio, *Penelope Ulixi*, que comienza:

Hanc tua Penelope lento tibi mittit, Ulixe:
Nil mihi rescribas, attamen ipse veni.

No me enojara ahora el nuevo día,
Ni con la tela y las viudas manos
Las noches engañar procuraría.
Cuando me ví sin tí, con mil livianos
Temores (porque Amor, que el seso agrava,
Es todo lleno de recelos vanos),
¡Cuántas veces, ay Dios, imaginaba
Que contra tí el furor troyano fuese
Y, de sólo el pensar, muerta quedaba!
Sólo el nombre de Héctor que sintiese
Nombrar me desmayaba, y más. si oía
Que Antíloco feroz vencido fuese.
De tí, en hablar de Antíloco temía,
Y de aquel Menecida el triste engaño,
Que con aquellas armas hizo un día.
Lloraba, recelando de tu daño,
Temiendo que á tu astucia señalada
No siguiese á la fin suceso extraño.
Ya la lanza de Aquiles, matizada
Con la sangre del mozo Tlepolemo,
Mi tristeza hacía sentir doblada.
Llegaba el recelar tan al extremo.
Que, en oyendo la muerte de algún griego,
Me helaba del temor que ahora temo.
Mas Dios al casto amor dió más sosiego;
Que siendo sano y salvo mi marido,
Troya es ya destruída á sangre y fuego.
Los capitanes griegos han venido;

El humo se ve ya de los altares
Do la bárbara presa han ofrecido,
Mil víctimas alegres, con cantares,
Van por ellos las ninfas ofreciendo,
Desterrando los llantos y pesares.
Ellos le van contando y repitiendo
De los troyanos la llorosa historia,
Que en gran admiración las va poniendo.
Á los viejos admira esta victoria;
Á las tiernas doncellas y casadas,
Si la trae el marido á la memoria.
Algunos las batallas señaladas
Con el dedo y con un poco de vino
En la mesa mostrar quieren pintadas.
«Por aquí,—dice aquél—iba el camino
Del río Simois; Troya aquí estaba,
Y el palacio de Príamo divino.
»El pabellón de Aquile aquí se alzaba,
Y de Ulises aquí los desmandados
Caballos Héctor por aquí espantaba.»
Por el viejo Nestor fueron contados
Á tu hijo estos hechos, que había ido
Á buscarte, y los otros señalados.
Éste me refirió cómo habían sido
Muertos Reso y Dolón: uno, durmiendo;
El otro, por engaño al fin traído.
Y lo que siento más, que combatiendo
Á los de Tracia, vas la noche escura,

Penélope en olvido así poniendo;
Que á mil diste á sentir la muerte dura
Con Dïomedes sólo en compañía;
¡Mira en qué punto estuvo mi ventura!
Mientra en Ítaca estaba, no solía
Ser Ulises incauto en olvidarse,
Ni estar sin verme ó sin hablarme un día.
Temblaba el corazón en acordarse
Que andaba en las batallas discurriendo
El tuyo, sin temor por señalarse.
En caballos de Tracia ibas corriendo,
Mientras yo en casa queda, y con sospecha,
Te andaba con el alma allá siguiendo.
Mas ¡ay, mísera yo! ¿Qué me aprovecha
Que Troya sea abrasada y destruída,
Si, cual antes, estoy viuda hecha?
Para las otras fué Troya abatida;
Para mí, ¡sinventura! en pie ha quedado,
Pues sin marido estoy, sin bien, sin vida.
Sobre los rotos muros descuidado,
Ahora el vencedor griego, seguro,
La tierra rompe con el corvo arado.
Ahora campos son donde era el muro
De Troya: todo está de trigo lleno,
Y la hoz entra en él ya seco y duro.
De la troyana sangre está el terreno
Fértil y de los mediosepultados
Cuerpos está el lugar graso y ameno.

Con el arado son despedazados;
La yerba inculta ya cela y esconde
Los edificios tanto celebrados.
Y el vencedor Ulises no responde
Á mi voz, ni aun saber puedo siquiera
Qué estorbo le detiene, cómo ó dónde.
No llega alguna nave á la ribera
Nuestra, ni se verá que della parta,
Que por saber de tí nuevas no inquiera.
Ninguno va de aquí sin llevar carta
Escrita destos dedos y notada
De esta alma de deseo y temor harta.
Á Pilón envié, hice embajada
Á tierra de Nestor, y nueva incierta
De tierra de Pilón me fué enviada.
En Esparta envié y tampoco acierta,
Ni saben la verdad dónde te hallas,
Ni con mi desear nueva concierta.
¡Cuánto fuera mejor que las murallas
Estuvieran de Troya en pie y enteras
Para mí, que no ha sido el derriballas!
Supiera al menos ya donde estuvieras;
Mi mal fuera conforme á los pasados;
Temiera del peligro en que te vieras.
Mas ¡ay! que temo y no quieren los hados
Que sepa de qué temo. La fortuna
Ha dado ancho lugar á mis cuidados.
No hay peligro en el mar ni en tierra alguna

Que no pienso que causa tu tardanza,
Tan larga para mí, tan importuna.
Saltéame también desconfianza
Mientras pienso estas cosas, y ya vengo
Á pensar otras en que no hay templanza.
Temo que del tardar prolijo y luengo
Sea causa nuevo amor, que te detiene,
Y en ésta más que en todas me detengo.
De la poca firmeza vuestra viene
Este miedo mortal; ella lo hace,
Puesto que á tu virtud mal se conviene;
Que así yo digo: ¡Triste! si le place
Otra más que Penélope, á quien cuenta
Cuán poco su mujer le satisface;
Que soy grosera, que no tengo cuenta,
Ni se más que hilar y tejer lana....
¡Plega á Dios que me engañe yo y que mienta!
Esta sospecha lleve el viento vana,
Y Ulises á la mísera que atiende
Halle para volver vía más llana.
Mi padre Icaro riñe y reprehende
Mis esperanzas y que sola quede
En el viudo lecho me defiende:
Mas reprehéndame él si sabe ó puede;
Penélope es de Ulises y serálo
Mientra vida á este cuerpo se concede.
Icaro es padre al fin, y aquel regalo
Con que él me quiere más que yo á él amo,

Hace que á su querer ponga intervalo.
Mas estos mozos de Dulichio y Samo
Y de Zazinto me aman y desean:
De temor déstos te deseo y llamo.
Éstos, como en la suya, se pasean
Por tu casa y de estar sola contino
Viene que tu hacienda ellos posean.
¿Quién piensas que es Pisandro y quién Antino,
Quién el cruel Eurímaco insolente,
Cuál Polibo y Medonte, aquel malino?
Estos y los demás, viendote absente,
Lo que tú con tu sangre has hecho nuestro
Consumen y devoran torpemente.
En tu daño y vergüenza está ya diestro
Iro, pobre con El Melantio fuerte,
De comer bestias el primer maestro.
¿Qué hará, pues, sin tí el viejo Laerte,
Tu padre, tu mujer, tu hijo amado,
Que ni pueden valerse ni valerte?
Telémaco me fué casi robado,
Queriendo ir á Pilón, por ver si pueda
Saber del padre caro y deseado.
Plega á Dios que á Telemaco conceda
Que cierre nuestros ojos juntamente,
De los hados siguiendo el curso y rueda.
Con gran cuidado vive el diligente
Guardïán de los bueyes y la humana
Nutrice, y Cumeo tan prudente.

Mas ya Laerte, por su edad anciana,
No puede gobernar el reino caro,
Entre gente enemiga y tan liviana.
Telémaco es pequeño para amparo
Del reino, y no es razón tal peso dalle,
Mientra niega la edad el ser más claro.
Pues menos puedo yo sola amparalle,
Ni lanzar de tu estado á los extraños,
Que andan contra tu honor por usurpalle.
Vén, pues, y excusarás tan graves daños;
Tú que eres nuestro puerto y nuestra guía,
Duélete de tu hijo y de sus años.
Mira que en esta edad tierna debría
Ser de tí amaestrado á obedecerte,
Para que salga tal cual yo querría.
Vén á cerrar los ojos á Laerte,
Tu padre, ya en la fin de su jornada,
Que antes de su morir muere por verte,
Y á mí, que, tierna moza y delicada,
Dejaste en el partir de mi presencia,
Verás, si tardas más, vieja tornada,
Que también este mal causa tu ausencia.

XVI.

(B. N.-V. 366, fol. 222)

Á BALTASAR DE LEÓN (1)

Vuestra carta, Señor, he recibido,
Y con ella tan gran contentamiento,
Que casi el viejo mal puse en olvido.
El gusto principal que della siento
Es ver que, entre dulzuras y primores,
Me habeis adivinado el pensamiento.
Yo aquel dulce cantar de los amores
Vuestros había leído; deseaba
De tal ingenio ver otras labores,
Y salióme mejor que lo pensaba;
Porque me habeis pintado aquí el aldea

(1) Esta epístola es respuesta á otra de Baltasar de León, poeta desconocido, que, á juzgar por sus versos, residía en una aldea del reino de Sevilla. Tal vez sea el mismo á quien nombra Juan de Castellanos en sus *Elegías de Varones ilustres de Indias*, elegía VI, canto II, cuando escribe:

Y un hombre de Alanís, natural mío,
Del fuerte Boriquen pesada peste,
Dicho Joan *de León*, con cuyo brío
Aquí cobró valor cristiana hueste,
Trájonos á las Indias un navío,
Á mí y á *Baltasar*, un hijo deste.

Tan natural cual yo la imaginaba;
Mas (de muy avisado), aunque ella es fea,
Viene tan bien compuesta y aliñada,
Que matará de amor á quien la vea.
De que tengo por cosa averiguada
Que es mayor ó menor la hermosura,
Según va bien ó mal aderezada.
Con todo, me movió vuestra pintura
Á probar á pintar estos borrones:
¡Ved hasta dónde llega mi locura!
No le busqueis *pulidas* perfecciones,
Ni sombras, ni *luz clara. que*, en efeto,
Es un simple *conjunto* de carbones.
Bien que entre lo grosero y lo perfeto

Que hizo cosas dignas de memoria,
Que el buen Oviedo pone por historia.

Tanto en la epístola de Cetina como en la de León, contenidas ambas en el ms. de la Nacional, V. 366, se notan lagunas, causadas por la acción del tiempo, que ha destruído el códice en algunas partes; la mayoría de las palabras que faltan no han podido suplirse y se indican con puntos suspensivos; las suplidas merced á la bondad de mi buen amigo el excelente poeta D. Francisco Rodríguez Marín, van subrayadas, así como las terminaciones de algunos versos que no ha sido posible reconstruir.

Dice así la epístola de Baltasar de León:

Á CETINA.

Si daros cuanto puedo, siendo el daros
El trabajo y vigilias de mi pluma
Con pura voluntad de contentaros,

Espero que *hallareis* alguna cosa
Que os muestre *de mi parte* un buen conceto.
   La vida del aldea es *enfadosa*.
Según nos la *pintais de* desabrida,
Y por mil*es de estilos trabajosa*.....
   Ya que la pluma vuestra me convida
Á que de la ciudad la vida os cuente
(Si se puede llamar con razón vida),
   Iré, en suma, tocando solamente
Lo general que en público se muestra,
Pues lo demás decir no se consiente.
   Aquí, Señor, el ciego al que ve adiestra;
Mandan los que aún no son para mandados,
Todo por ceguedad, por culpa nuestra.

   Saldase los defectos deſta suma
Segura á vos iría, sin que de menos
Valor que de un perfecto sér presuma.
   Porque ya que sus actos son ajenos
De aquella perfección, señor Cetina,
De que los vuestros se descubren llenos,
   Llevaran por lo menos por muy dina
Excusa este deseo de serviros,
Que es el que las esfuerza y determina.
   Mil veces he pensado en escribiros,
Y tantas lo he dejado, de dudoso,
Sin saber qué tratar ni qué deciros.
   Vivo tan descuidado, de cuidoso,
Que tengo ya por tierra muy ajena
La que fué en algún tiempo mi reposo.
   Ya no hay seguir las musas ni la vena
Quel juïcio descubre en su porfía,

Los que gobiernan son los gobernados,
Y, si no de soborno, de interese,
De amigos, de parientes, de privados.
Si, como en Roma, áquí lícito fuese
Pasquín, tal vive mal, que viviría
Mejor cuando su historia en plaza viese.
Aquí la emulación, la tiranía,
La envidia y la pasión hace y deshace
Cuanto ordena la falsa hipocresía.
Aquí el público bien se satisface
Sólo con platicar y proponerse;
Mas el particular es el que aplace,
Aquí la adulación suele *meterse*
En el *Sancta Sanctorum y la* triste

Ni el sabroso penar que Amor ordena.
No aquella soledad que ser solía
Gran ocasión de gusto al pensamiento.
Ni aquel velar la noche como el día;
No aquel buscar *con loco atrevimiento*.
Ni aquel contento *que á los cielos osa*,
Sin parar hasta el alto *firmamento*;
Ni la viva esperanza, *poderosa*
Á levantar un corazón *tan alto*,
Que todo cuanto *veis, con él no es cosa*.
Todo va ya *en tristeza y sobresalto*;
Todo del ser tomado de una vida
Que tras de bien al mal ha hecho falto.
Tanto, que es la reliquia merecida
Que en el alma quedó del bien pasado
Una amarga memoria entristecida.
Y así, porque el ingenio ha comenzado

Verdad menospreciarse y *esconderse.*
Aquí no calza nadie como viste:
No conforman los dichos con los hechos;
La disimulación es la que asiste.
¿Qué diré, pues, Señor, de los cohechos,
Los robos y maldades de escribanos,
Sus hurtos, *sus diabólicos provechos?*
Como del cuerpo *nacen los* gusanos
Que el mismo cuerpo *triste van comiendo*,
Se comen á Sevilla sevillanos.
Aquí se gana crédito mintiendo;
Gánase la amistad lisonjeando
Y viénese á perder, verdad diciendo,
Aquí se hacen ricos trampeando

Á quereros mostrar de sus sudores
El poco premio que virtud le ha dado,
No cantaré, Señor, blandos amores,
Que enternecen el alma y el sentido;
No afectos delicados ni primores.
No el amargo proceso del de Abido,
Arrojado del agua en la ribera,
Ni de Adonis el caso dolorido;
No materia ninguna que requiera
Gracia, estilo, ornamento nunca visto,
Como aquel que de vos el mundo espera;
No finezas, que nunca las aquisto,
Por más que el alma afana y las desea,
Sino conforme la librea que visto.
Aldeana, Señor, es mi librea,
Y así, os he de contar *muy* francamente
La vida miserable del aldea.

De un cambio en otro cambio y, sin dinero,
Grandes riquezas van acumulando.
Andan, Señor, aquí los extranjeros
Hechos de nuestra sangre sanguijuelas,
Mudando, en cambio, el nombre de logreros.
Aquí (digo verdad, no son novelas)
Vereis por caballeros confirmados
Hombres que vimos ser mozos de espuelas.
Aquí los ricos son los estimados;
Los nobles los que son más poderosos;
Los pobres, los pecheros, maltratados.
Sabios llámanse aquí los cautelosos;
La fraude se bautiza por prudencia;
Los que traidores son llaman mañosos.

Todo el tiempo que della estuve ausente
Y la esperé..............................*(able)*
Como la..*(ente.)*
Imaginaba..................................*(able)*
La verde y.......................................*(ado)*
De.......................flores variable.
Ser agudas........................olvidado
....*(ano)*
Para pintar el bien que allá he dejado.
Mas agora conozco que tan vano
Fué entonces deseallo cuanto agora
Es insufrible el mal que dello gano.
La vida que aquí paso es de hora en hora
Ir visitando el silo y el molino;
Mirar si acude bien, ó si mejora,
Saliendo las más veces tan mohino
De ver el poco fruto, que á ser vengo

Aquí un letrado hace sin licencia
Diez interpretaciones diferentes
De una sola *lección: ¡ved qué* conciencia!
Aquí la behetría *ni á* parientes
Ni á consanguinidad ni á deudo mira;
Venus todos los llena indiferentes.
Ya siento que me vó encendiendo en ira;
Mejor será callar, puesto que el caso
Á escribir más satírico me tira.
Á fe que yo......................*(aso)*
De qué cosa e...........................*(era)*
Y los vicios de Baco..,,.......*(aso.)*
Mas porque ya del mundo es ley que muera
Quien dijese verdad, mudemos plática,

Contra el que sirve bien mal adivino.
De alli saliendo voy do sé que tengo
De hallar las que andan remeciendo
Y con ellas un rato me entretengo,
Donde mientra los ojos están viendo
El presente ejercicio, anda el seso,
Á donde vos estais, yendo y viniendo.
De allí me vó otro rato, con el peso
De la ballesta al hombro, procurando
Por que quede el zorzal herido ó preso.
Al fin, sin hacer nada, voy pisando
El enojoso surco del arado,
Que es causa de ir un hombre tropezando,
Y llego, ya después de muy cansado,
Do cogen las serranas la *aceituna*
Que el verde olivo *añoso* ha tributado.
Alli extiendo mi............................*(una,)*

Pasando así por todo á la ligera.
Que el aldea es grosera y que es selvática
Decís, mas no, Señor, que es importuna
Como nuestra ciudad, loca y liunática.
Los cuidados que allá causa Fortuna
Son (como decís vos) mirar el silo,
Si acude bien ó mal el aceituna.
En la ciudad es ya común estilo
El acudirnos mal y mal contino,
Á cada cual según lleva su hilo.
Vos os entreteneis con el molino;
Díceos alguna pulla el molinero,
Con que os hace reir, si estais mohino.
Acá no veis moler; mas un grosero

Pero de suerte que.......... ....
Viene á ser..............................(una.)
Pero yo que de................. ....
Tiene por...(eña)
Tantas faltas................................ ......
La saya trae tan corta y tan pequeña,
Que descubre el botín de tantos años,
Y aun mucho más (si más quereis) enseña,
Lleno el gesto de tizne y mil araños.
Pues si quereis llegar un poco adentro,
Tendreis por muy livianos estos daños.
Dáros ha en las narices un encuentro
El olor de humo ó del villano ajo,
Que el hierro de la lanza os llegue al centro.
¿No os parece, Señor, que es gran trabajo
Tratar con una gente como aquésta
Y el trato haber tomádolo á destajo?

Os muele con su trato y no hay remedio
De poder excusar tal desafuero.
Allá, si os enfadais, tomais por medio
Saliros á mirar remecedores
Que un aceituno ó dos toman enmedio.
Acá podeis *bien* ver cien mil traidores
Que os remecen la honra, y poco presta
Vivir un hombre bien de sus sudores.
Salís allá á tirar con la ballesta;
Acá os tiran y enclavan mil viciosos
Que están contra virtud la mira puesta.
Y si allá por los surcos escabrosos
Caeis, acá hallais bestias cargadas.
Estrechas calles, *suelos cenagosos*.

Decildes un donaire y, en respuesta,
Os dirán una pulla más delgada
Que un amolado dardo sobre apuesta.
Vuelvo, pues, á mi intento. La jornada
Acabada del gran señor de Delo,
Sobre nuestro horizonte acostumbrada,
Cubriéndonos la noche con su velo,
Nos tornamos, cantando *aquesta gente*
Cantos bajados del supremo cielo.
Cantos que *hacer* pudieran facilmente
Del infierno *salir* la bella esposa
Que mordida *murió* del fiero diente. (1)
Hame caído..................................*(osa)*
Velles decir..................................(*ana*)
Que ronca.......................................(*osa*).

---

(1) Se refiere á la leyenda de Orfeo y Euridice.

Allá, si el pensamiento ....*(adas)*,
Sigue donde yo estoy; acá me hace
Mil torres en el aire mal fundadas.
Allá mirais, mientra el mirar os place,
Coger vuestra aceituna á las serranas,
Cuyo trato tan poco os satisface.
Acá, Señor, vereis las sevillanas
Vuestros días coger, menos corteses,
Más fieras, más crueles, más villanas.
Esas muestran tiznados los arneses;
Éstas, tan cicalados, tan compuestos,
Como máscaras finas modeneses.
Esas ni en las cabezas, ni en los gestos,
Ni en los vestidos, usan artificio:

Y es de..*(ana)*
Tiene la .... malvada
Que el .... mañana.
Llega..*(ada,)*
Aparejan la cena, encienden fuego,
Mientra yo doy la vuelta á mi posada.
Véislas aqui, en cenando, todas luego
Con su estopa en las ruecas y hilando,
Que áun cenar no me dejan con sosiego.
Vereis la cuadrillera entrar guiando
Y la chusma tras ella, que la sigue,
Como locas sin són todas bailando.
El mayor mal que en esto me persigue
Es no tener á quien volver mis ojos,
Sin que á reir su frialdad me oblige.
Donde quiera que miro hallo abrojos,
Porque del tronco déstas salen ramos

Menos bellos serán; mas más honestos.
   Éstas hacen martirio y sacrificio
De sí, si no lo son, por ser más bellas,
Cosa que de su honor da mal indicio.
   Esas, si necias son, andais entre ellas
Seguro que no os juzguen y seguro
Que si vos no os venceis, no os venzan ellas.
   Éstas más sabias son, mas yo procuro
Siempre menos saber y más llaneza:
Tanto el trato es mejor cuanto es más puro.
   Esas tratan verdad con su torpeza,
Y el no saber decir una malicia
Es paga de ignorar una vileza.
   Si désas el amor no es de cudicia,

Que os dejarán molido sus antojos.
   Pero dejemos éstas y volvamos
Á tratar destas otras naturales,
Que son las más gallardas que hallamos,
   Y veréislas en todo tan iguales,
Que si difieren, es en el conceto
Que tenemos de no ser ....(*ales.*)
   Que todo lo demás, *juro* y prometo
(De traje, discreción y hermosura)
Que fundadas están sobre un sujeto.
   Decilde, por mi vida, una blandura
Á la más avisada *que hallares;*
Luego os ha de *pagar con grande usura:*
   Daros ha un par de coces *tan mulares*,
Que os deje, *de maltrecho y dolorido*,
Que vuestro seso *en vano lo buscares.*
   Mirad, pues, á qué *extremos me ha traído*

Déstas es de hüir, que es peligroso,
Lleno de falsedad y de avaricia.
  Si désas el olor *es enfadoso*,
Estotras sulen *dar la tufarada*
De vino ó de otro olor más ponzoñoso.
  Una dama sé yó, harto avisada,
Que dice que el olor de un buen tomillo
Vale más que de algalia muy preciada.
  Désas, el canto al són del caramillo
Ó pandero, dejais cuando os enoja;
Déstas á viva fuerza habeis de oillo.
  Esas os van á ver, si se os antoja;
Estas vais á buscar, mas á ventura
De que se os deje ver, ó no os acoja.

Este fiero *destino, que me tiene*
Sujeto á las mudanzas que he sufrido.
  ¿Cuál alma hay tan paciente, que no pene
Con tan grandes bajezas, vanidades,
Y que pasar gustándolas conviene?
  Ignorancias, malicias, necedades,
Simplezas, pesadumbres, villanías,
Molestias, groserías, torpedades.
  ¿Quereis saber, Señor, las demasías
De su poco saber? Yo os determino
Contar lo que pasó los otros días.
  De una cuestión que sobre un caso avino,
Salió descalabrado aquí un serrano,
Tan mal, que el ser dichoso le convino.
  Fué nuestra cuadrillera el cirujano
Que lo curó, ensalmando la herida
De suerte que á diez días quedó sano.

Si no saben gustar de una dulzura
Ésas, éstas acá tampoco gustan,
Si no son desvergüenzas y locura.
Si las simplezas désas os disgustan,
¡Cuánto más debe déstas disgustaros
La liviandad con que su vida ajustan!
El cuento que contais quise pagaros
Con otro, que si dése habéis reído,
Hiciera, y con razón, maravillaros.
Sino que este temor de ser tenido
Ó por de mala lengua, ó malicioso,
Me hace estar callado y encogido.
El caso del ensalmo es bien donoso;
Mas la fe de la simple cuadrillera

Túvose este concierto en la comida:
Que porque el zagalejo no pudiera
Sustentar una dieta tan cumplida,
Que guardase....................*(era)*
La boca que................................ lo curaba
Bastaba, aunque la llaga mayor fuera.
Y así, el herido mozo se hartaba
De puerco y de sardinas, confiado
En quien por la salud suya ayudaba.
Ved si con esto...............................*(ado)*
El ser de aquí...................quien trato
Y la vida...*(ado.)*
Salir.................................. un rato
Gustareis .... sustanciales
Harto bien.............................*(ato.)*
Contaros han los hechos principales
De aquel Conde que, en esta algarabía,

Suple el discurso bajo y defectoso.
Estotras nos ensalman de manera,
Que se comen la vida y la hacienda
Y no dejan comer, aunque hombre quiera.
Ya que déstas alguna se defienda,
No faltan otras mil................*(eros,)*
De que es ser más........................*(enda.)*
Allá *abundan* villanos muy groseros;
Acá *sobran* mercantes codiciosos.
Amigos de encontrón, viles logreros.
Allá, si simples son, son muy graciosos;
Acá nacen sin gusto y desgraciados,
De puro majaderos, maliciosos.
Los entretenimientos más usados

Llaman ellos el Conde Herrangonzález.
Deciros han que aquella valentía
Era gracia de Dios, cuando en la guerra
Los vahos de san Lázaro sentía.
Vereis otro deciros que se encierra
Con un solo deseo, que es hallarse
Donde se junta el cielo con la tierra.
Bien pudiera mi pluma aquí alargarse,
Según esta materia puede darme
Lugar para poder de ella tratarse.
Mas la causa será de refrenarme
Juzgaros tan cansado de escuchalla
Cuanto yo de sufrilla y de quejarme.
Yo, Señor, os confieso que pasalla
Un rato es gusto, mientra el hombre ensilla
Otro rato el rocín para dejalla.
Entonces la simpleza es gusto oilla,

Déstos, armas no son, letras ni amores;
Mas el juego, las cartas y los dados.
  Si no saben allá entender primores,
No os hacen vacilar sin fundamento,
Como hacen acá mil mofadores.
  Es la murmuración quinto elemento
En Sevilla, y sin ella un sevillano
No vive, ó vive triste y descontento.
  No presuma el más cuerdo cortesano
Saber lo que no sabe el de Sevilla;
Que le tendrá por simple ó por villano.
  Aquí el que no pasó de Villalbilla
Tiene una necedad fiera, terrible,
Que aun agora me enoja el referilla.
  Averiguado cree que es imposible
Que alguno vió jamás lo que él ha visto;
Que todo lo demás le es increible.

Porque aquí la escuchais, y dando vuelta,
Con quien gustare más podeis reilla,
  Pero mi libertad no está tan suelta
Que pueda hacer esto ....
Poder sufrir tan mísera *revuelta.*
  No soy tan melancólico, que ....
Molestia para mí.....................vena;
Puede la soledad andar.................
  Así, que imaginad lo que *me apena*
En esta triste aldea *pasar la vida*,
Y, (sobre todo,) *consolad la pena*
De quien presente *os tiene y no os olvida.*

Por estar *siempre en paz, callo y resisto,*
Y quedo alguna vez tan enojado,
Que de tratar con ellos me desisto.
Ya temo que querais estar cansado
De leer las simplezas que os escribo,
En estilo tan pobre y tan pesado.
Hagamos punto aquí, *ya que* si vivo,
Ó si afloja el Amor siquiera un día
Un dolor que me aprieta, extraño, esquivo,
Espero levantar la musa mía
Y escribir tanto bueno del aldea
Cuanto de la ciudad males podría.
En tanto, esto que escribo sólo vea
Vuesamerced, Señor, sin que otro haga
Juicio desta carta, y, tal cual sea,
Bástame á mí que á vos os satisfaga.

XVII.

(A. fol. 260)

Ya, Señora, se van, como los días,
Las semanas y meses, esperando
Que os muevan á piedad las ansias mías.
Pásolos como puedo, así esforzando
La vida en la virtud de una mudanza,
Con que á mi propio mal voy engañando.

Dice á veces el miedo á la esperanza:
«Ausente de su bien ¿de qué confía
Quien presente vivió sin confianza?»
Pero la viva fe teme y porfía,
Y, apesar del temor, dice que espere,
Que en el perseverar sólo se fía.
El alma, que salir de duda quiere,
Como aquella que entiende el mal que siento,
Siendo inmortal, porque no muero muere.
Sale luego á engañarme un pensamiento,
Y hállome tan bien con el engaño,
Que se aprovecha dél el sentimiento.
Muéstrame la verdad mi desengaño,
Y porque me parece que os apoca,
En algo quiero más mi propio daño.
Viéneme alguna vez casi á la boca,
Envuelta en mi dolor, la culpa vuestra,
Y tórnola á esconder por lo que toca.
No sólo mi dolor, mas aun la muestra,
Trabajo por cubrir: ¡ved cuál me tiene
El Ciego que por vos mi vida adiestra!
Y puesto que á mi mal tanto conviene
Quejarme, es tanto el miedo de enojaros,
Que acobarda la lengua y la detiene.
Vuestros efectos muestran ya bien claros
Los pasos por donde iba mi recelo,
Y encúbromelos yo, por no agraviaros.
Saltéame tal vez rabioso celo

Y defiéndome dél con persuadirme
Que me quisistes bien: ¡ved qué consuelo!
No sé por qué dejais, pues, de escribirme,
Sino es porque quereis que piense cosas
De que quiera y no pueda arrepentirme.
Si os fueron mis palabras enojosas,
Al fin fueron palabras, y no han sido
Obras, como las vuestras, sospechosas.
Bastara recelarme de un olvido,
Dolor universal de los ausentes;
Mas ¡ay! que otro temor me trae perdido.
Fuerza de mil rabiosos accidentes
Me hace desmandar tal, que no puedo
Ni esconderlos de vos ni de las gentes.
Mas aunque del dolor venga el denuedo,
Lengua, no presumais tan de esforzada,
Pues es más natural de amor el miedo.
Si el alma de su mal tanto se agrada,
Del miserable cuerpo, ¿á qué se queja,
Que pueda ya decir que valga nada?
El que parte, Señora, el que se aleja
Es la causa del mal que se le ofrece,
Si prenda no llevó tal que él la deja.
No tiene tanto mal cuanto merece
Quien de todo su bien osa apartarse,
Ni con la culpa igual pena padece.
La vida y honra suele aventurarse;
Que sólo un apetito á tal contento

Vida y honra debiera atrás quedarse.
¡Ay, sinventura yo! que agora siento
Mi mal, cuando me aparto del remedio;
Cuando no me aprovecha, me arrepiento.
Entre mil desventuras puesto enmedio,
De mil inconvenientes rodeado,
Me hallo, y el menor no tiene medio;
Mas ¿cuál medio será que á mi cuidado
Aproveche, acordándome que vivo,
Porque mi bien *dejé*, dél desterrado?
Sólo este tiempo breve en que os escribo
Es cuanto alivio siento en esta absencia:
¡Ved cuál debe de ser mi mal esquivo!
Cuando esperaba oir vuestra sentencia
En mi favor, decís ¡Quién tal pensara!
Que os acaban mis cosas la paciencia.
Si os la acaban, Séñora, está muy clara
La causa que la acaba, porque, amando
Poco, poca ocasión os la acabara.
La mía, mientras más la vais probando,
Mientra me apartan más vuestros enojos,
Va de mi fe mayor fuerza mostrando.
¿Qué dije yo jamás, luz de mis ojos,
De que tengais razón de desabriros?
Siempre me han de ser ley vuestros antojos.
Sabe Amor si querría más escribiros
Las veces que os escribo alguna cosa,
Cosa de que pudiérades reíros.

Mas la alma enamorada y sospechosa
Teme naturalmente, y, si os escribe,
Trata de lo que está más recelosa.
No os canse, pues, Señora, ni os esquive
Que os diga lo que siente á causa vuestra
Quien tan lejos de vos tal vida vive.
Así perpétua sea la amistad nuestra,
Como hay en la verdad con que os he amado
Más limpieza en las obras que en la muestra.
Mas ya, de temeroso y maltratado,
Tenéisme tan sujeto y tan vencido,
Que os demando perdón de lo pasado,
Siendo vos ofensor y yo ofendido.





ELEGÍA

(A. fol. 119.—B. N.-V. 366, fol. 169 vto. y M. 223.)

Si aquel dolor que da á sentir la muerte (1)
Es cual el mío, ¡ay Dios, cuánto más vale,
Cuánto el no haber nacido es mejor suerte!
Mas no pienso que cuando el alma sale
Del cuerpo, y corta el hilo de la vida,
Cause dolor que á mi dolor iguale.
En la muerte del cuerpo no hay partida;

(1) Seguimos el texto del códice de Álava, que es igual al del V. 366 de la Nacional. En el M. 223 de la misma Biblioteca se encuentra esta elegía dos veces, con el título de *Epístola á una partida* y atribuída una vez á D. Diego Hurtado de Mendoza y otra á Cetina. Knapp la incluyó entre las obras del primero, en el tomo XI de la *Colección de libros españoles raros ó curiosos.* También se encuentra como de don Hernando de Acuña entre las poesías de este ingenio, impresas en Madrid en 1591, pero tanto ésta como la publicada por Knapp ofrecen tan notables diferencias con la que insertamos en el texto, que nos decidi-

Mas cuando de la amada el que ama parte,
Es fuerza que su misma alma divida.
La más sensible y la más blanda parte
Es aquella que en otro poder deja,
Como place al amor que la reparte.
¡Cuál irá, pues, el que de vos se aleja,
Oh del ánima mía parte más cara!

---

mos á copiarlas ambas por nota, sospechando que todas ellas sean traducción de alguna poesía italiana.

La publicada por Knapp dice así:

EPÍSTOLA Á UNA PARTIDA

Si el dolor del morir es tan crecido
Que iguale al que me da pensar no verte,
Cualquier hombre se duela en ser nacido.
Mas no creo que el dolor que da la muerte,
Ni cuando ya el dolor la ve presente,
Iguala á mi dolor terrible y fuerte.
La muerte mata el cuerpo solamente;
Mas cuando el amador de su bien parte,
Partes se hace el alma juntamente.
La más perfecta della y mejor parte
Queda puesta en los ojos de lo amado,
Que de su mano Amor la corta y parte.
Conviene, al fin, de vos verme apartado,
¡Oh parte de mi alma la más cara!
Para ofrecer la vida al mar airado.
¡Oh día que en mi daño Febo aclara!
¿Qué tal será, llegando la partida,
Si esperándola sólo me es tan cara?
Dame, muerte, favor; de tí sea oída
Mi voz, y si el partir ha de ser cierto,
Antes que parta el pie parta la vida.
Aquí es mejor dejar el cuerpo muerto,

¡Ved cuánto es más el mal que no es la queja!
¡Ay, que ya, por mi mal, mi mal se aclara!
¿Qué costará adelante esta partida,
Pues antes del partir cuesta tan cara?
Hora pudieras ser la bien venida
Muerte, que es al partir la hora precisa
Antes que parta el pie, parte la vida.

Y que quede con vos el alma entera,
Y no en partes, yo lejos deste puerto.
¡Oh fortuna mudable y muy ligera!
Apenas el sol ví, ya sin él quedo;
Llegó la tarde y aun de día no era.
Lejos de vos si lejos vivir puedo,
Lágrimas, confianza y pensamiento
Me manterná entre esperanza y miedo,
Y si del largo llanto algún momento
Quedase al sueño en cuanto el bien se ofrece,
Mi luz en sí me haga acogimiento.
Mas ¡ay! que este esperar vano parece,
Porque el sueño, amador de sombras frías,
No traerá cosa que arde y resplandece.
No hay pintar con humanas fantasías
De suerte vuestra luz, que sea bastante
Á quitar de dolor las nieblas mias;
Ni el sol cuando más claro y más pujante,
Aunque vaya do nace, dará lumbre
Que me quite las nieblas de delante.
Otra Aurora, otro Oriente que me alumbre
He menester, porque ha sin vos quedado
Sin luz la celestial y eterna cumbre.
Triste yo, que pensando ahora mi estado
Y cual será más cerca la jornada,
Me ofende casi el ser de vos mirado.
Pues un tiempo creí que á mí llegada

Menos mal es partir en cualquier guisa,
Quedándose con vos el alma entera,
Que tan lejos de vos vivir divisa.
¡Ay, fortuna crüel, vana y ligera!
¿Por qué permite el hado avaro, esquivo,
En invierno volver mi primavera?
Lejos de vos, de cuya vista vivo,

Y presente la luz de vuestros ojos,
No me ofendiera cielo y tierra en nada,
Y agora es quien me acusa más enojos,
Habiéndome subido antes al cielo,
Y quien me da los males á manojos.
Mirando aquesa luz en mi consuelo,
De allá dentro una voz suena en mi oído:
«De aquesta luz te vas que alumbra el suelo.»
Ojos de mi deseo y de amor nido:
Una merced os pido, si me fuere,
Antes que deste puesto sea partido.
Mas vuestra crüeldad que creer no quiere
El fuego que en tan poco tanto crece,
No me da confianza que le espere.
Una, pues, pediré que os la merece
Mi fé, y es de enemigos concedida
Si esta ocasión el tiempo les ofrece.
Ojos, si yo muriere y fuese oída
De vos mi muerte, en mi ceniza os ruego
Sea por vos una lágrima vertida
Que á vos dará loor y á mí sosiego.

La de Hernando de Acuña, folio 55 de sus poesías, es la siguiente

ELEGÍA Á UNA PARTIDA

Si el dolor de la muerte es tan crecido
Que pueda compararse al que yo siento,
Duélase el que nació de ser nacido,

La memoria del bien que ser solía
Fuera manjar del corazón captivo.
  Mas ¡ay! que ya la desventura mía
Me tiene de temor tal, que no siente
Bien que baste alegrar mi fantasía.
  ¿Qué luz pueden ya ver cual sol de Oriente
Mis ojos, si, sin vos, me ha parecido

  Mas nunca pudo muerte al más contento
Parecerle jamás tan cruda y fiera,
Que iguale á mi dolor su sentimiento.
  Muerte puede hacer que el cuerpo muera;
Mas cuando el amador de su bien parte,
El alma se divide que era entera.
  Antes la más perfeta y mejor parte
Es la que en el poder ajeno queda,
Que con su propia mano Amor la parte.
  Pues ved cómo de vos partirme pueda,
Que sois parte mayor del alma mía,
Sin que el dolor al del morir preceda.
  Ya se me representa el triste día
Tan lleno de tiniebla, horror y espanto,
Cuan ajeno de luz y de alegria.
  Y pues de agora se comienza el llanto,
¡Ved qué será de efeto la partida,
Si sólo el esperalla duele tanto!
  Será gran bien en pena tan crecida,
Que (pues partiendo, de mi bien me alejo)
Antes que parta el pie parta la vida.
  Mas el injusto amor (de quien me quejo)
Permite para daño más notable,
Que deje (sin morir) el bien que dejo.
  ¡Oh fortuna envidiosa y varïable,
Que apenas ví mi bien, ya desparece!
¡Tanto te precias de tu sér mudable!

El cielo obscuridad, siéndoos absente?
¡Mísero! que pensando en lo que he sido
Y en lo que habré de ser, en tal camino
Casi me ofende el bien que he poseído.
Pensaba un tiempo ya tener benino
El cielo y todo el bien que hay en la tierra,
En virtud de un mirar dulce y divino.

Aún bien no amaneció cuando anochece;
Que en el bien que he tenido, ser primero
Su fin que su principio me parece.
Mas mi sustentamiento verdadero,
Partiéndome de vos (por quien vivía),
Es la esperanza de volver do espero.
Ni aunque me vaya donde nace el día
Tendrá el sol rayo tan resplandeciente,
Que alumbre en su tiniebla al alma mía.
Otra Alba han menester, otro Oriente
Mis ojos, que sin vos hallan escuro
Del cielo el resplandor más excelente.
Y el bien que más deseo, y más procuro,
Casi me ofendo; que es dejarme veros,
Visto á lo que partiendo me aventuro.
Y amenázame Amor con el perderos,
Aunque mi corazón no lo consiente;
Que desto se asegura con quereros.
Pero, Señora, quien os ve presente,
¿Qué corazón tendrá para acordarse
Que de esos ojos se ha de ver ausente,
Y para ver la triste hora llegarse
En que los míos hayan de partirse
Del bien de que no saben apartarse?
Si la pasión que desto ha de sentirse
Es cierto que ha de ser conforme al daño,
Harto se manifiesta sin decirse.

Agora el bien y el mal me hacen guerra,
Y aquella misma luz de do mis quejas
Se causaron, mirándola me atierra.
Alma, ¿es posible, pues, que así te alejas?
¿Es posible que piensas apartarte
De ver los bellos ojos que atrás dejas?
¿Es posible que parta el que se aparte
De donde, á fuerza, ha de ir tan mal partido,
Que ha llevar de sí la menor parte?
Sólo me quedará sano el sentido,
Y no para que sienta alguna cosa
Más que el fiero temor de vuestro olvido.
Pues con vida tan triste y trabajosa,
¡Ved cómo vivirá quien se acordare

No digo la que siento en el engaño
De ser mi voluntad desconocida,
Que éste es otro dolor nuevo y extraño.
Ved qué cosa de vos ya tan sabida,
No querais por su nombre confesalla,
Por no la agradecer siendo creída.
Que aunque jamás yo supe declaralla,
Sé que de vos por un igual se entiende,
Esto que digo, y lo que el alma calla.
Mas lo que en mi partida ella pretende,
Y en pago de su fe por ella os pido,
Si el pedillo, Señora, no os ofende,
Es sólo que á un querer tan conocido
Le deis su nombre, y que no sea pagado
El jamás olvidaros con olvido,
Ni con ese descuido mi cuidado.

De la que tuvo ya, leda y sabrosa!
  Pero mientra el vivir se dilatare,
¿Es posible que viva en esta absencia?
Vuesamerced dará, si se acordare,
De mí, mayor esfuerzo á mi presencia.





CAPÍTULOS

I.

(A. fol. 133)

Diga quien diga y quien alaba alabe; (1)
Tenga por vida alegre y descansada
La de aquel que del mal de amor no sabe;
Que para mí ni alabo, ni me agrada,
Ni llamo vida aquella que no viene
Del agrodulce del amor mezclada.
Duela al que duele aquel dolor que tiene
Parte en un amoroso pensamiento
Que enciende el corazón y lo entretiene;
Que para mí no busco otro contento,
Ni quiero otro manjar para que harte
El gusto del vencido entendimiento.

(1) Publicado en Gallardo, tomo 2.º, col. 428.

Pese á quien pesa, y quien se aparta aparte
De amar: diga que es malo, y que reprueba
Que tan tarde el amor sus dones parte;
Que digo para mí que es mayor prueba
Y que es mayor el bien cuando por vía
Larga y dificultosa Amor lo lleva.
Crea el que cree, porfíe el que porfía
Que es poco galardón de un mal tamaño
El que Amor puede dar en solo un día;
Que yo para mí tengo que el engaño
De cualquiera favor deja pagado
Un perfecto amador del mayor daño.
Parezca á quien paresce mal gastado
En amores el tiempo y que Fortuna
Lo hubiera en otras cosas prosperado;
Que para mí no pienso que hay ninguna
Honra ó gloria mayor, ni igual riqueza,
En cuanto está debajo de la luna.
Huya quien huye enojos y tristeza;
Pinte falso el amor y sospechoso,
Y diga que sufrille es gran bajeza;
Que para mí no hay mal tan trabajoso
En el amor, que no lo recompensa
Solamente un mirar blando, sabroso.
Trate el que trata y piense el que lo piensa
Que el amor tiene fueros desiguales;
Diga que á ciegos su favor dispensa;
Que para mí no son tantos sus males

Cuantos pueden pintarse y padecerse,
Que puedan con su bien llamarse iguales.
  Ande el que anda y huya el que hacerse
Quiere libre de amor; haga la prueba;
No quiera por amar aborrecerse;
  Que para mí no habrá pena tan nueva,
Tan rabioso dolor, tan sin medida,
Que de amor para siempre me remueva.
  Procure el que procura alegre vida;
Quiera el que quiere andar suelto y exento
Y con su voluntad los pasos mida;
  Que para mí más quiero un pensamiento,
Un dulce imaginar de un bien pasado,
Que del mundo el mayor contentamiento.
  Tenga el que tiene puesto su cuidado
En adquirir y en conservar hacienda;
Busque el que busca verse en grave estado;
  Que yo ni lo procuro, ni se entienda
Tal bajeza de mí; antes el cielo
Con mano airada á su placer me ofenda.
  Tema el que teme tanto aquel recelo
Que trae consigo Amor y sus temores,
Sus miedos, su llorar, su desconsuelo;
  Que para mí no hay mal en los amores
En que no halle un verdadero amante
Mil gustos, mil dulzuras y sabores.
  Mude el que muda objeto, y de inconstante
Se precie el que se precia y tiene en poco

Querer y no querer en un instante;
Que yo lo tengo para mí por loco,
Por hombre de poca arte al que lo hace
(Hablando con perdón, si alguno toco).
Ame el que ama, y plega al que le place
Querer hoy aquí bien y allí mañana,
Si de su poca fe se satisface;
Que para mí yo entiendo que es liviana
En esto su opinión, y que, al fin, pierde
El honor más que dél á veces gana.
Llore quien llora y quien se acuerda acuerde
Las injurias de amor, iras y enojos,
Y tenga dellos la memoria verde;
Que para mí una vuelta de mis ojos,
Un sabroso mirar, hace que crea
Que el mayor mal pasado ha sido antojos.
Ruegue el que ruega á Dios que no se vea
En los lazos de amor preso y captivo;
Desee libertad quien la desea;
Que yo ruego al amor, si el mal esquivo
Ha de faltar en mí que agora siento,
Antes me falte el bien por el cual vivo.
¡Ved cuán ufano estoy con mi tormento!

II.

(A. fol. 114.)

Si cosa he dicho yo que á vos ofenda
Ni la pensó jamás mi fantasía,
Ira del cielo sobre mí descienda.
Mas si no dije tal, Señora mía,
Si no pensé jamás sino en serviros,
¿Por qué no me hablais como solía?
Si lo dije, mi llanto y mis suspiros
No puedan empecer vuestra dureza,
Ni jamás me hableis sin desabriros.
Mas si no dije tal, tanta crüeza,
¿De qué sirve, Señora? pues se entiende
Que donde hay hermosura no hay fiereza.
Si tal dije, aquel fuego que se enciende
En mis entrañas arda de tal suerte,
Que iguale á la ocasión de do deciende.
Mas si no dije tal, ¿por qué tan fuerte,
Por qué tan brava os me mostrais, Señora?
¿Á quién vida dareis, si á mí dais muerte?
Si dije tal, esta alma que os adora
Eternamente pene en el tormento
Que le da vuestra saña cada hora.
Mas si no dije tal, el sufrimiento
Que contra mí sin culpa habeis mostrado

Volved, Señora, ya en algún contento.
Si lo dije, yo viva desamado
Y no pueda morir por mayor pena,
Ni en vos quepa dolor de mi cuidado.
Mas si no dije tal, si es tan ajena
De mi beldad la culpa, ¿Por qué muero?
¿Por qué tan fiera muerte se me ordena?
Si lo dije, yo ruego á Dios que el fiero
Ceño que contra mí mostrais tamaño,
Mis tristes días traiga al fin postrero.
Mas si no dije tal, si el desengaño
Podeis ver, si quereis, tan manifiesto,
¿Por qué no os duele ya mi mal extraño?
Si tal dije, el mirar dulce y honesto
De que yo sustentaba ya mi vida,
Vea para mi mal en otro puesto.
Mas si no dije tal, si es tan sabida
La fuerza de mi fe, tan sin cautela,
¿Por qué os quereis mostrar tan desabrida?
Si tal dije, el amor que el pecho os yela
Os arda el corazón de un nuevo amante,
Y sea del que más el mío recela.
Mas si no dije tal, si tan bastante
Prueba de mí teneis, que os amo tanto,
¿Por qué os endureceis como diamante?
Si lo dije, yo ruego á Dios que el llanto
Que agora me consume y me deshace
Me haga al mundo ser visión de espanto.

Mas si no dije tal, si el amor hace
Fe de mi lëaltad, de mi secreto,
¿Por qué de atormentar mi alma os place?
Si tal dije, Señora, el mal conceto,
Que ya teneis de mí, á las gentes haga
Con mi muerte mostrar más claro efeto.
Mas sino dije tal, no os satisfaga
Tanto el verme morir desta manera:
¡No deis á tanto amor tan mala paga,
Pues tarde hallareis quien tanto os quiera!



Obras en prosa

Diálogo entre la cabeza y la gorra (1)

G.—¿Adónde me llevas, cabeza? Maldita sea mi mala suerte y la injusta fortuna que sobre tí me puso.

C.—¿Qué has? ¿De qué te quejas, que de pocos días acá no se oyó de tí otra cosa que llantos, quejas y lamentaciones? ¿Qué te falta?

G.—¿Cómo qué me falta? Antes me quejo de lo que me sobra.

C.—Pues ¿qué quieres?

G.—Quisiera yo que aquella oveja que me produjo hubiera sido comida de lobos, ó, á lo menos, que la lana que fué hilada hubiera sido quemada entre los dedos de aquella vejezuela malvada que me hiló.

---

(1) Conserva el antiguo manuscrito que nos ha servido de original el diligentísimo bibliófilo D. José Sancho Rayón.

C.—¿Por qué? ¿Qué te he hecho yo?

G.—Mas que no me has hecho, ¿de quién procede toda mi desventura sino tratándome como me tratas?

C.—No sé por qué dices eso, ni tienes razón de quejarte de mal tratamiento. Yo te compré, como sabes, por más precio del que justamente valías; que cuandò la noche me voy á dormir, te dejo, por tomar un sombrero; bien sabes si un paje tiene cuidado, de ordinario, de quitarte el polvo sacudiéndote y limpiándote con una escobilla; sabes que te ponen á reposar la noche sobre una mesa y sobre los otros vestidos míos, cubierta sobre una tohalla muy limpia, ó metida entre un papel muy blanco; sabes que, á la mañana, antes que te ponga en mi cabeza, te toman y te limpian, te sahuman y te rocían con muy buenos olores; tráigote, demás de esto, acuestas sobre mí, siendo la parte principal en el hombre.

G.—Pluguiera á los dioses que me hubieras puesto en el más bajo lugar, y no sobre tí, como dices; hiciérasme escarpines, zapatos, ó siquiera paño de... culo dijera; que de cualquiera suerte déstas fuera yo más contenta y tuviera más reposo, sin que por tu causa y por tu culpa fuese, como soy, tenida por mala; y esos tus regalos y delicaduras guárdalos para otra que se inclinase á semejantes blanduras.

C.—Por Dios, que creo que has perdido el seso. ¿Es posible que te pese de que te haya sido dada por asiento la silla del entendimiento, en el lugar más preeminen-

te, más visto de todos, y que quisieras ser más alguna de las cosas bajas que has dicho?

G.—Cuando en el asiento que dices hubiera lo que debía haber, ni me pesaría ni me quejaría; pero cuando considero que no solamente no hay en tí ni entendimiento, ni juicio, ni razón, mas eres tan vacía y llena de viento, y cuando pienso en la vida que paso y en el desasosiego que traigo, andando ahora de una manera, ó de otra, ahora baja, ahora alta, ó ahora á un lado, ahora á otro, poniéndome y quitándome á cada hora y á cada paso, ¿qué puedo hacer, que no me queje, que no llore y que no llame bienaventurada la lana de las cabras, el cáñamo y el esparto, que con tanto menos trabajo pasan su vida, la una hecha mantas de caballos y los otros en velas ó cuerdas de naves? Fuera yo compuesta de alguno de éstos, y no de la lana que soy, aunque fuera del vellocino que ganó Jasón.

C.—No te entiendo. Ó tú estás desesperada ó frenética.

G.—Antes tú eres la frenética, pues estás, como dices poco hay, llena de materias, dispuesta para ello y, cierto, á mí se me daría poco que freneticases, cuando no fuese en mi perjuicio.

C.—No sé qué diga; que me haces creer que soy otra de la que soy y que no me entiendo á mí misma; y ansí yo no te puedo entender. Habla más claro y de otra manera.

G.—Menos me entenderás cuanto más claro habla-

se, porque si te quiero hablar claro, será menester decirte verdad; y tú, que ni estás usada á oirla ni la quieres oir, enojarte, has conmigo y, cuando no me piense, echarásme con la ira que sueles en el suelo, ó arrojarme has en el lodo.

C.—Yo te prometo de no enojarme. Dí lo que quisieres.

G.—¿Que tendrás paciencia, habiendo en tí tanta liviandad, que tres días siquiera no me dejaras andar á mi modo, sino mudándome el nombre y el talle en más formas que se muda el viento? Cuándo sòy redonda; cuándo prolongada; cuándo triangular; cuándo honda; cuándo baja; ahora alta; ahora piramidal; ahora como pastel; ahora soy gorr a; ahora bonete; cuándo caperuza; cuándo montera; cuán do chapeo; cuándo sombrero; ahora grande; ahora chica; ahora suelta; ahora atada; ahora libre; ahora con fiador; y, lo que peor es, encadenándome como á loca, llena toda de botoncillos, puntas, medallas, plumas, velos, cintas, flores, empresas y otras mil liviandades, hecha siempre caja de mercero. ¿Quién podría, pues, sufrir tantas y tantas diversas mudanzas y maneras?

C.—En verdad, que pensé, cuando tan apasionadamente te quejabas, que fuese con algún fundamento; mas quiero convencerte con sola esta razón. Ó te parece que estoy obligada á hacer todo lo que puedo por ser extremada y por alcanzar reputación entre los hombres.

G.—Sí, por cierto; pero ¿á qué propósito? ¿Qué quieres decir?

C.—Quiero decir que el hombre se ha de trabajar por parecer hermoso, lo uno por agradar á los amigos; y lo otro, por poner temor á los enemigos. Estas vanidades de que te quejas y estos modos diversos en que te traigo hacen ambos efectos.

G.—Respóndeme á esto: la diversidad de maneras en que me usas, ¿puede hacer que un feo parezca hermoso y que un cobarde parezca animoso?

C.—Pienso yo que sí, porque cuando te ponen en alguna cabeza que haya ejercitádose en las letras, pones sobre tí aquella insignia que el tal grado acostumbra; luego, aquel tal sobre quien eres puesta es juzgado por docto, y, por el consiguiente, puede ser juzgado uno por valiente, animoso, ó hermoso, según la forma y el lugar en que te trae.

G.—Antes que pasemos más adelante, por que no nos erremos en los términos, díme que cosa es hermosura.

C.—¡Oh! ¡oh! eso yo te lo diré en dos palabras: hermosura en un hombre es una barba bien puesta, un andar grave, un mirar piadoso, un traer una calza tirada, un zapato justo, una gorra á un lado, baja, ó sobre las cejas.

G.—No nos concertaremos: ya comienzas á dar señal de tu vanidad. Desde que nací no he oido más loca difinición.

C.—Á mí así me parece, y sé decirte que los que andan como yo te digo son tenidos por hermosos; pero si tú lo entiendes de otra manera, dí lo que quieras.

G.—No querría perder tanto tiempo contigo en palabras. Todavía yo te haré difinición buena y cierta de la hermosura. Hermosura es una justa y conforme proporción de todos los miembros juntos, con graciosa representación.

C.—¡Oh! ¡oh! es como quería decir yo, sino que no acerté.

G.—Bien está. Dime más adelante qué cosa es valentía.

C.—Veslo aquí: valentía es andar armado, la voz gruesa y espantosa, la gorra sobre los ojos, el mirar bravo y de través, la espada caída á un lado, y andar siempre sobre el aviso, apercebido.

G.—¡Ha, ha, ha! Hasme hecho reir lo que no pensaba. ¡Oh dioses! si yo había de andar sobre una bestia, ¿por qué no me hicistes nacer albarda, que no gorra de hombre?

C.—¿Por qué?.... ¿No es ansí como yo digo? Ya ves que todos estos soldados y hombres bravos que el mundo tiene por valientes, que andan como yo digo. Pero veamos cómo describes tú la valentía.

G.—Quiero decírtelo, puesto que aprovechará poco. Sábete que valentía ó terribilidad, que casi es todo uno, es una cierta opinión concebida en la memoria de los hombres de la verdadera gallardía, ánimo, severidad.

fuerza y esfuerzo de aquel que es tenido por valiente.

C.—Bien está, puesto que sea así como dices. ¿Qué quieres decir por esto?

G.—Quiero decir que eres loca si piensas que yo puedo en ninguna manera hacer parecer hermoso á aquel que no tiene aquella proporción justa de miembros, ni agradable aspecto que antes dije; ni valiente aquel que ni por animoso ni por esforzado es cognocido, y aún es más suprema locura la tuya, creer que pueda yo hacer teólogo ó jurisconsulto á uno que no haya estado en el estudio, por ponerme sobre su cabeza con las insignias de doctor; y si supieses cuánta ignorancia cubro algunas veces debajo de aquel bonete y de aquella borla de seda, dirás, como yo, que sería menos mal ser mantilla de servicial que gorra. No es el haber andado muchos años en el estudio lo que hace doctor, y sabios los hombres, sino el haber estudiado mucho y bien; y por esto, así como no puedo hacer docto al ignorante, tampoco puedo hacer hermoso al feo ni valiente al pusilánime.

C.—Bien me parece esa razón; pero no puedes negarme que, según el hombre adorna su cabeza, así es estimado; como lo vemos en la pintura, que el diadema da testimonio de santidad; la tiara, del pontificado; la corona, del reino, y así de lo demás.

G.—¿No te digo yo que estás vacía? ¿Cuántas sombras de hombres vemos pintadas con la diadema y celebrados por santos en la tierra, que, según santo Tomás,

sus ánimas son atormentadas en el infierno? Y ¿cuántos hay que traen corona de reyes en la cabeza que no debían tener corona ni cabeza? Y ¿cuántos traen hoy la mitra que los señala por perlados, que, si bien fuesen pesados y remunerados sus méritos, la merecerían de papel pintada y no de joyas llenas de perlas? ¿Piensas, por ventura, que puedo yo encubrir las faltas y las manchas del ánimo como cubro la calva ó la tiña?

C.—Tanto me podrías decir en esta parte, que me llamase vencida; mas es cierto que yo hago en esto lo que los demás y vóime acomodando al uso; y, como dicen: al hilo de la gente me ando.

G.—Ahora me vas confirmando más en mi opinión, que ni tienes seso ni razón alguna. ¿Al hilo de la gente te vas? ¿Por el vulgo te riges? ¿No sabes que ninguna cosa hay más lejos de la verdad que la vulgar opinión? Pero no tratemos desto, que sería nunca acabar. No es ésta la mayor de mis qnejas: otras injurias me haces mayores y de más fundamento.

C.—Demasiado me parece que has dicho; díme en qué te ofendo yo.

G.—¿No te parece ofensa la que denantes decías? ¿Traerme, como me traes, hecha tablilla de platero, prado de flores, nido de pájaros y tienda de sedero, cargada de joyuelas y niñerías, como fajuela de niño; llena de flores, como mayo; cubierta de plumas, como almete de justa; adornado de cintillas, velos y cordoncillos, que parezco á veces capa de gascón pobre remen-

dada de colores, con las cuales cosas, demás de las injurias que me haces, das malísimo indicio de tí?

C.—¡Oh! ¡oh! ¡oh! Todo eso hago yo por una manera, que no está mal á los hombres de mi calidad ;antes las tales cosas dan testimonio que el que las trae tiene juicio y es hombre de arte regocijado y amoroso, que es cosa rara.

G.—Por cierto que es cosa de grande importancia.

C.—No sé si sabría ahora decirte la propia difinición de la gala, por no haberla jamás leído; mas para mí, creo yo que gala sea ún traje ó un hábito de alguna cosa ó en alguna manera nuevo ó raro, que hacen al hombre ser mirado de los otros y parecer mejor que los otros.

G.—Cuanto más hablas, más descubres tu ignorancia. ¿Es posible que haciendo tú tan particular profesión de galas, no sepas qué cosa sea gala? Y es el donaire que, así como no sabe lo que dice, así no sabe tampoco lo que hace; y no se puede decir cosa peor de un hombre irracional, que decir que no sabe lo que hace, que es como decirle que vive temerariamente y acaso; pero yo te la quiero difinir. Gala es una ocupación de cuerpo y de ánimo en cosas superfluas y de ningún momento, causada de vanidad demente y de ligereza de seso.

C.—Podría ser que así fuese; pero, á mi parecer, tal difinición de gala sería en gran perjuicio de los galanes; y no probándola tú más auténticamente que por tu propia opinión, facilmente la podrían tomar por injuria.

G.—Probártela he de mil maneras; y entre las otras.

la primera, por la etimología ó desinación del vocablo; por la autoridad de los proverbios antiguos, que son, como sabes, reglas de filosofía; y este nombre gala es deducido de *galla* latino y de *galla* castellano, que es una cierta superfluidad que nace en las encinas ó carrascas, inútil, liviana y sin simiente, y redonda que apenas puede afirmar en ningún lugar. De aquí ha nacido el proverbio *fulano es más liviano que una gala ó agalla.*

Y bien sabes tú que no sólo los hombres cuerdos y raros, mas aun la misma multitud del vulgo, con quien alegabas poco há, suele llamar liviandades y agallas las cosas que hacen de mí y las que me hacen traer.

Sábete demás de esto que de *galla* se compone un verbo que se llama *gallare*, que no es otra cosa que enloquecer; pues estas plumas de avestruz, de garza, de grulla y de otras aves, que me haces traer de mil maneras, ¿qué otra cosa significan sino liviandad de quien las trae? De donde también se dice en proverbio: *fulano es más ligero que una pluma.*

C.—Jamás había oído otra difinición de la gala y he holgado de haber entendido ésta; mas, puesto que te concediese ésta que semejantes galas, plumas y cosas con alguna razón aparente se podrían reprobar como cosas de ningún valor y en todo contrarias á la gravedad del hombre, no quiero en ninguna manera consentir que te quejes de estos cabos de oro ni de estas cadenillas tan delicadas que te hago traer, y cierto no tienes razón si dices mal de ellos.

¿Quieres que te diga la verdad en pocas palabras? Sabe que aquellas ideas ó figuras que el hombre tiene ó concibe en el entendimiento, aquellas mismas muestra en sus obras exteriores, por fuerza. Así como el pintor ó el escultor, que hacen las estátuas ó las imágenes semejantes á aquello que primero concibieron en la mente, el hombre sabio hace sus obras semejantes á los sabios conceptos que primero fabricaron en el entendimiento; y, por el consiguiente, creo que ese poco seso que tienes, si alguno tienes, es divisado y variado conforme á las divisas y variedades que impones cada día; bien sabes que por el fruto se conocen los árboles, por la marcha las balas, y por la señal los animales.

C.—En ninguna manera quiero concederte esto, porque bien sabes que los hombres militares traen en las banderas y sobre las cabezas sus penachos, y sus empresas en los ejércitos, sin que por eso sean de ninguno reprehendidos ni tenidos en menos.

G.—Antes son dignos de loor; y cuando así no hiciesen en alguna manera, merecían reprehensión por ello. Mas ¿qué tiene que hacer lo uno con lo otro? que estos que dices son movidos con razón justa y con ocasión honrada y han introducido un uso de que hacen ya hábito particular, y nada de esto no te mueve á tí, ni lo puedes alegar en tu favor.

C.—¿Cuál razón ó cuál ocasión tienen, más de la gala que he dicho?

G.—Aún tornas á la gala: cada hora te hallo más

vacía y defecto natural es de los locos creer de los otros lo mismo que sienten de sí, midiendo con su locura las obras de los otros, porque creen que todos los otros son como ellos.

El fundamento de las divisas ó empresas de los soldados en la guerra, puestas en los almetes, en las banderas y en las armas, de una de cuatro ocasiones, ó de todas cuatro, tuvo principio.

Ó se traen por distinguir la nación ó la compañía militar, por ensalzar nuestra santa fe católica, ó tener la milicia mejor disciplinada, recognociendo cada uno los suyos, como lo hacen hoy los ingleses, y como entre los alemanes se solía usar, trayendo los unos cabezas de osos, otros de javalíes, otros de lobos, los cuales habían ganado ó tomado gloriosamente. Estos tales se llaman despojos, como traía Manilio romano el que quitó por fuerza al enemigo francés los despojos. Y otros las traen por señal de alguna hermosa ó famosa hazaña, como Licima los cuernos del toro. Otros las ponen sobre los almetes para señalarse en las afrentas y para que en la confusión y mezcla de las batallas puedan ser cognocidos y mirados, como Pirro traía los cuernos del cabrón, Pompeyo el Magno el león con la espada en las uñas, Julio César el águila negra. Mas tú, que, sin ocasión, sin razón y sin fundamento alguno, me traes enramada cada día de locuras nuevas ¿y no quieres que me queje de tu liviandad y de mi mala suerte? Con todo esto, quiero darte un consejo bueno.

C.—Di lo que quisieres; que ya te prometí, en el principio, de no enojarme de cosa que dijeres; pero mira como hablas, no te oiga alguno de estos caballeros mozos que profesan la gala en esta ciudad, que no tendrán tanta paciencia como yo.

G.—¡Oh! ¡oh! ¡oh! Pues de esa manera, tenme secreto; que no quiero que lo sepan otros, puesto que, por otra parte, paréceme á mí que, si á ellos es lícito, ó si piensan que lo es usar tanta vanidad, ¿por qué no será lícito á mí decir la verdad? Más, pues que ansí es, haz cuenta que no lo he dicho y digamos de otras injurias intolerables que cada hora me haces, por las cuales tuviera yo por harto mejor partido servir de barrendero en algún horno y pasar la vida con menos trabajo, digo, enojo y molestia de la que paso las veces que te enojas conmigo.

C.—Agora sí que se conoce que hablas con pasión. No quiero negar que algunas veces con ira no te haya tratado mal; mas fuera desto, ¿de qué te puedes quejar de mí? porque, como ya he dicho, yo te traigo encima en la parte más alta, la mejor y la más principal que yo tengo.

G.—No niego yo que me hayas puesto sobre tí, y estaría de buena volunlad, si me dejases estar; pero no quieres ni me das reposo de una hora, poniéndome y quitándome: ahora me haces abajar á cualquiera; ahora me tornas á alzar; y, lo que más me duele, que ni haces ni sabes hacer diferencia de personas; por lo cual no solamente tengo por más dichosos á los turbantes de los

turcos y á las tocas de los moros, mas aun al más triste pegón del más sucio tiñoso juzgo por más bien afortunado; pues de la mañana á la noche reposa y se está quedo en un lugar adonde es puesto, sin abajarse ni aun á su propio rey.

C.—Extraña condición es la tuya, que te quejas de lo que ninguno se quejó jamás. ¡Cómo! ¿Y parécete mal que, con el quitarte y abajarte, honre á los hombres que lo merecen?

G.—No me quejaría ni me parecería mal, cuando, como dices, me abajase hasta el suelo á los que lo merecen; más duéleme que, sin hacer elección, me quites á cada paso de la silla donde ya me pusistes, habiéndome puesto en ella, como tú dices, por honrarme; y si tú supieses qué cosa es honra, sabrías asímesmo si tengo razón de quejarme.

C.—Pues ¿quién hay que no sepa qué cosa es honra? Es verdad que es alguna cosa muy dificultosa de saber.

G.—Bien creo yo que á tí parece fácil, por que te persuades que lo sabes todo, puesto que los efectos muestran bien lo contrario; mas, por probar, dime qué cosa es honra.

C.—Honra es un quitar la gorra yo á aquél, ó aquél á mí; y questo sea verdad mira cómo cada uno lo desea y huelgan que se la quitan, tanto que algunos van mirando á las manos, á los ojos, como si fuesen cortabolsas, á ver si se quitan la gorra.

G.—Verdaderamente que eres toda de una pieza: yo

no he visto jamás cabeza más vacía que tú; digo, vacía de todo aquello que debieras estar llena, como lo estás de ignorancia.

C.—Pues si el quitarse uno al otro no es honra, hazme entender qué cosa es honra.

G.—Dirételo, puesto que sé que no me entenderás, ó ya que lo entiendas lo que pretendo decir, por un oído te entrará y por otro te saldrá, sin retener ni aprovechar de nada. Honra, en una sola palabra, es premio de la virtud; pero moralizándola más, digo que es una exhibición de reverencia que señala la virtud del honrado.

C.—Eso mismo es lo que yo digo y lo que yo hago cuando te quito para saludar á alguno.

G.—Bien dije yo que no me habías de entender. Dejémoslo estar y no perdamos más tiempo. Vámonos á pasear.

C.—Vámonos, y de camino pasaremos por palacio, por ver si parece un amigo mío con quien tengo un negocio.

G.—Vamos presto. Plega Dios que algún día me dejes reposar en un estado, sin que, aconsejándote con ese espejo tuyo, me hagas á cada paso mudar asiento, dándome más jaques que á un rey encerrado. Dime, por tu vida, por qué me has tirado agora así sobre los ojos.

C.—¿No ves cómo parezco ansí más bravo y más gallardo?

G.—¡Oh dioses! ¿Hay suerte más miserable que servir á un loco? Pues si agora me traías sobre ambas cejas,

¿á qué propósito me has puesto sobre el ojo izquierdo, dejando toda la parte derecha de la cabeza descubierta? ¿Quieres que te dé algún sereno en ella, que tengas después que curar?

C.—¡Qué mal avisada que eres! ¿No ves cuánta mejor gracia da esta manera de llevarte que la otra? Mira cómo parece bien esta sombra que hace sobre el izquierdo lado á las damas que parecen por las ventanas. Y el ojo mismo muestra cierta fuerza más atractiva que el derecho, que va descubierto.

G.—Agora bien, esto sea así; al menos, déjame estar desta manera, pues te agrada tanto; ves aquí que me has puesto como diadema, de media cabeza atrás. ¿No ves que me llevará el aire?

C.—Tú quieres saberlo todo. ¿No ves que llevándote ansí muestro á las gentes cierto descuido galán que suele parecer bien? Muéstrase ansí el hombre más cuidadoso de otras cosas y menos afectado en éstas, y por otros mil respectos gentiles que tú no entiendes.

G.—No me digas más, por tu fe. Vamos, llévame como quisieres. Créeme que sería harto mejor dejarme estar, y que haciéndote rapar toda, te pusieses un gozque, ó un gallo abierto, acabado de matar.

C.—¿Para qué me harían falta tales animales?

G.—Otra vez te lo diré. Vamos ahora á donde íbamos. No puedo dejar de decirte lo que es esto: ¿Para qué me has quitado de mi asiento, en viendo á aquél que allá va?

C.—¿Cómo no quieres que le haga honra y acatamiento? ¿No viste qué hermosa cadena de oro lleva al cuello?

G.—De manera que á la cadena honraste, que no á él.

C.—Antes honré á él por la cadena.

G.—¿Sabes quién es?

C.—Nó; pero basta para honrarlo saber que lleva una hermosa cadena.

G.—Y si no la llevara, ¿quitárasme de mi lugar para honrarlo?

C.—Nó, ni por pensamiento. Donosa bobería es ésa: ¿por qué lo había de honrar sin conocelle, si no le viera la cadena?

G.—Pues ¿cómo dices que á él acataste, y no á la cadena?

C.—Porque me pareció que una cadena como aquélla no la puede traer sino hombre principal.

G.—Pero si, en efecto, no fuese hombre, como dices, principal, sino malo, vicioso, soberbio ó raro y ignorante, conociéndolo tú por tal, y viéndolo con otra cadena como aquélla, ¿honráraslo ya?

C.—Nó, que no lo honraría en ninguna manera.

G.—¡Oh, gracias á los dioses que has dicho alguna cosa bien dicha! Mas, ¿por qué me quitaste á éste?

C.—¡Oh! ¡oh! ¿no ves el hábito que lleva de letrado? Es hombre docto.

G.—¿Es más docto que yo?

C.—No lo sé; sé que es doctor, que es más que ser docto.

G.—¡Oh, dioses! ¿Cómo sufrís tanta ignorancia? ¡Cuánto mejor te estuviera que fueras una calabaza, que una cabeza! ¿Es posible que creas que es más ser doctor que docto?

C.—¿Qué se yo?.... Acuérdome que los días pasados le dieron el grado de doctor y lo llevaron desde el colegio á su casa, más acompañado que novia, con trompetas y otros instrumentos, y todas las calles por donde pasaba estaban llenas de gente mirándolos, y aun particularmente me acuerdo que me lo puse á mirar á la puerta de un barbero, el cual decía allí á otros sus vecinos que lo cognocía, y que era un excelente músico de vihuela, y que en una cuestión que se ofreció una noche, lo había hecho como hombre, aunque salió mal herido.

G.—Bien me has concluído, todo en una mano, y yo te digo que no me engañas en nada. De manera que porque iba muy acompañado, porque tañe bien vihuela y sabe bien acuchillarse, ¿lo juzgas por sabio? Bien está: todas son cualidades harto necesarias al grado de doctor; pero dejemos esto. ¿Quién es estotro á quien has hecho tan grande reverencia?

C.—¡Oh! éste es un procurador el más astuto y más solícito del reino; es hombre que hará de un tuerto derecho.

G.—En efecto, que sabe hacer eso que dices.

C.—Como que en el mundo no se podría hallar otro

que así supiese seguir un pleito, poner una demanda y enredar un laberinto cuando no tiene justicia, para hacer desatinar á la mesma justicia, cuanto más al juez. Es hombre que de un pleito más claro que el sol y de pocos días, hará que dure diez años; en suma: es único en su arte procuratoria y, sobre todo, gran amigo de sus amigos.

G.—Tantos loores me dices déste, que no solamente me parece digno de quitalle la gorra, mas aun la cabeza. Pero ¿quién es estotro que te ha hecho bajar las rodillas hasta el suelo?

C.—Habla bajo, no te oiga. Es el hombre de más mala lengua que hay en el mundo; y á esta causa le hablo y hago acatamiento cuando lo veo, y paréceme que hago cuerdamente en granjeármelo por amigo, para que no diga mal de mí.

G.—Miserable sujeción es la tuya: de miedo le haces honra. Señal es que fías tan poco de tu virtud como de tu conciencia; pero hágote saber que te aprovechará poco tu diligencia, porque el flujo de la lengua es una enfermedad, que el que una vez de ella es tocado jamás sana, salvo cuando lo curan á palos ó cuchilladas.

C.—Por Dios, que creo que dices verdad. Mas espera, haré reverencia á este que aquí viene.

G.—¿Quién es?

C.—Uno de los más ricos hombres de esta tierra.

G.—¿Cómo se ha hecho tan rico ese hombre?

C.—Es astuto y mañoso y ha sabido hacer sus ne-

gocios; es hombre que parte el cabello en diez partes.

G.—¿Ha ganado él lo que tiene, ó halo heredado?

C.—Todo lo ha ganado él, y lo que es más de maravillar, que lo ha ganado en muy poco tiempo.

G.—Si así es, á viva fuerza ha de ser, como dicen los sabios, una de dos: ó que él es malo, ó heredero de algún mal hombre.

C.—No te lo sabría decir bien; sé que un tiempo tuvo á su cargo las rentas del rey; algunas veces daba dineros á cambio y prestaba sobre buenas prendas y con mejores intereses.

G.—Basta, basta, no me digas; ya sé cómo se ha hecho rico; mas dime si es liberal de esta su riqueza.

C.—¿Liberal dices? ¡Ha.... ha...! Más seco y más estéril que una piedra pómez.

G.—Bien está. Dime, ya que no es liberal en dar su hacienda, cuándo y cómo y á quién es necesario. ¿Es magnífico, es espléndido, hace edificios suntuosos públicos ó particulares, socorre al rey con dineros en sus necesidades?

C.—¡Ha...! ¡ha...! Extrañas preguntas haces. No solamente no hace nada de eso, mas que cuando ha de pagar algún pecho, subsidio ó servicio al rey, ó para alguna necesidad particular de la ciudad, hace todo lo que puede por no pagarlo, y, al cabo, no lo paga sino es por fuerza de ejecuciones. ¿Qué quieres más sino que es tan malaventurado, que no se harta de pan?

G.—Y ¿por tal hombre como és me quitastes de

mi asiento y le haces tan grande reverencia? Aosadas que sé yo bien lo que me digo cuando hago juicio de tí. Mas ¿quién es estotro que creí cayeras por humillarte?

C.—¡Oh! éste es un caballero.

G.—¿Caballero de nombre, ó de efecto?

C.—Caballero de linaje, habido y tenido por tal.

G.—Hazte un poco más acá; díme: ¿en efecto es caballero? ¿Hace profesión de las armas? ¿Ha usado la guerra, ha combatido por la patria ó por su príncipe, ha hecho alguna cosa notable de las que deben hacer los caballeros?

C.—No lo sé, á decirte la verdad; sé que jura á fe de caballero y que, generalmente, es tenido en tal posesión de todos.

G.—Á lo menos, díme cómo. ¿Es cortés, es liberal ó defensor de viudas y de pupilos y de lós pobres que tienen necesidad de su favor? ¿Recoge en su casa peregrinos? ¿Trata bien á los extranjeros que pasan por esta ciudad?

C.—¡Ha...! ¡ha...! Ríome de tu simpleza. Ya no es ese tiempo. No sé, si su padre le pidiese dineros prestados, si perdería el deudo. Con el bien estar en la cuenta, hablara él en el cabildo cuatro palabras por uno de esos que dices, habiéndoselo rogado primero, porque es ambicioso y perdido por que se haga gran caso de su persona; pero si el negocio ha de costar más que palabras, bien puede buscar otro remedio la viuda y el pupilo, el pere-

grino y el extranjero. Si tuviesen dineros, aprovecharlos ha por su daño, cuanto más que en esta tierra no se usa convidar ni regalar tanto á los extranjeros como en otras partes; cada uno se va á su casa y el que no la tiene se va al mesón.

G.—Pues ¿por solo el nombre de caballero, sin otra ninguna buena parte, le haces tanto acatamiento? ¡Oh dioses! ¿por qué no me hicistes escoba y no gorra? ¡Sús! por amor de Dios, no me digas más; que te juro, según estoy contigo, que voy determinada á refregarme con el primer candil que halle ó con el primer aceitero que tope, porque, á lo menos, estando muy manchada, dejarme has de traer, sin sacarme á ver tanta sinrazón. ¡Oh! ¡oh! ¿Aún este quedaba? ¿Quién es éste, por tu vida, que en mirándote á las manos me hiciste hacer un salto?

C.—Este es uno de los nobles desta ciudad; es ilustre.

G.—¿Qué sabe hacer este noble en esta ciudad?

C,—¿Qué quieres que sepa hacer? ¿Ha de ser mecánico un noble? ¿No sabes que, entre nosotros, los nobles no saben hacer nada, no estudian, ni aprenden nada? Antes lo tienen por cosa baja y plebeya; mas estánse siempre ociosos, ó vanse á pasear cuando quieren; alguna vez van á caza y la mayor ocupación que tienen y su mayor recreación es ver la cuenta de su mayordomo de casa ó la del que mira por su hacienda en el campo. Pero, esto déjalo aparte, que, como he dicho, es noble ó hombre de bien.

G.—Declárame un poco cómo entiendes tú ser uno hombre de bien.

C.—Yo llamo hombre de bien á uno que vive de su hacienda, sin dar trabajo ni molestia á nadie.

G.—De manera que no tienes por hombre de bien al que hace el bien, sino al que no hace mal.

C.—No sé yo tantas cosas; yo llamo hombre de bien al que tiene bien.

G.—Esa es otra ignorancia; pero tratemos deste noble: digo que no puede ser llamado hombre de bien, pues no hace bien; que quien no hace alguna cosa, como dice Aristóteles, imposible es que haga bien.

C.—Yo no sé tanta lógica como tú dices, que decir que éste es llamado noble.

G.—Yo quiero ver si en alguna manera puedo hacerte capaz de alguna verdad: dime qué cosa es nobleza.

C.—Yo creo que es nobleza un poder recontar el número de sus antecesores en memoria de mucho tiempo.

G.—¿No os digo yo que es predicar en desierto? ¡Cuántos mercaderes, cuántos escribanos, cuántos zapateros y cuántos labradores se hallarán que puedan mostrar buena cuenta y memoria de sus antepasados, mas ni por eso son llamados nobles! Antes digo que si por tal causa se lo deben de llamar, éstos que yo digo y los que tú dices igualmente son nobles, si igualmente muestra cada uno la antigüedad de su origen.

C.—Pues si esto que yo digo no es nobleza, serálo

poder un hombre decir que sus pasados alcanzaron grandes victorias y fueron hombres muy señalados.

G.—Durísimo ingenio tienes. Yo te digo que el grande que predica la virtud de sus pasados no se alaba á sí, sino á sus pasados; pues ¿cómo puede ser que la virtud de sus pasados haga noble al que no tiene ni usa de aquella virtud?

C.—Yo veo que estos que profesan la nobleza y la antigüedad alegan siempre la memoria de sus pasados, que fueron hombres cabidos con sus príncipes y señalados en diversas cosas.

G.—Por cierto gran maldad comete aquel que sin ornamento de armas ó de letras ó de alguna otra virtud, osa llamarse, hallándose en alguna miseria, noble, y quiere ser tenido por noble solamente porque sus abuelos hayan sido virtuosos ó bien afortunados, y que, estando él ocioso, quiera hacerse sombra y armarse de la virtud de los que por ventura la ganaron á costa de muchos trabajos.

C.—Tú me haces saber más de lo que he menester, con ciertas razones nuevas que traes á tu propósito; pero hazme entender qué cosa es nobleza y de dónde se diga.

G.—Tanto será decírtelo á tí como decírselo á un caballo; porque, habitada y llena de falsas opiniones, no creerás ni entenderás nada de lo que dijese. Todavía te quiero decir aquello en que concuerdan todos los sabios. Nobleza es un resplandor nacido de la propia virtud; así, que quien no tiene virtud no puede dar de sí resplandor;

y si alguno muestra, no es suyo, sino de sus pasados y antecesores. De aquí se sigue que cualquier virtuoso méritamente es llamado noble; y si bien fuese nacido de bajísima sangre, bástale decir lo que digo.

Claudio emperador, de un virtuoso que era dijo que era hijo de sí mismo; y no se puede negar que no merezca título de nobilísimo aquel que la virtud de sus pasados con las propias obras imita, é ilustra las de sus pasados. Pero no tampoco debes de negarme que no merezca nombre de inominioso el que, habiendo nacido ilustre por la nobleza de su linaje, trasliguea y degenera de aquella fama hereditaria con sus malas obras.

C.—Tú me hinches el seso de palabras; yo no entiendo este tu resplandor ni se qué quieres decir. Yo veo que en la iglesia y en los convites, en las procesiones y en las fiestas, le dan á éste como á más noble la presidencia.

G.—¿Qué quiere decir presidencia?

C.—Quiere decir darle el más honrado lugar que á los otros.

G.—Pues ¡desventurada de tí! dí *precedencia* y no *presidencia*. Mira si tiene alguna estofa ese tu capacete, pues no sabes hacer distinción de *precedencia* á *presidencia*.

C.—¿Qué maravilla que no sepa, si en mi vida estudié letra?

G.—Ya se te parece. Y no pienses que vales mas por eso: mal tesoro dice Hipócrates que es el de la ig-

norancia. Pero ¿qué importa esta precedencia? Yo he leído y oído que, por natural y antigua ley y por el común consentimiento de los hombres, y aun hoy se guarda en las bien ordenadas repúblicas, que los que nacieron primeros gocen del privilegio de la antigüedad, precediendo á los más mozos, cosa de que ninguno se debe ni puede quejarse, siendo introducción de nuestra común madre naturaleza. También he oído decir que los árboles y las plantas, según el lugar donde están puestas, tienen más ó menos bondad y abundancia. Y los astrólogos hacen de mayor ó menor eficacia á sus planetas, según los lugares donde están en sus figuras; pero que el poner un hombre más adelante ó más atrás, más alto ó más bajo, y que la diferencia del lugar los haga mejor ó peor, esto nunca leí ni entendí jamás; antes he leído y entendido que los hombres honran á los lugares, y no los lugares á los hombres; y aún más te quiero decir: que he visto muchas veces la experiencia en contrario de lo que has dicho; que muchos hombres, mientras estuvieron en lugares bajos y en fortuna pobre, tuvieron vida y fama loables, los cuales, levantados después á más alto grado y á fortuna más próspera, perdieron luego el arte y la reputación, haciendo lo que hacen las ximias: que cuanto más alto suben, tanto más descubren la parte más fea que tienen. Pero dí de qué te ríes agora.

C.—Ríome de esa comparación, que es la más natural que oí jamás; y he mirado en ello mil veces, que

mientras la mona está baja, sentada en el suelo, en alguna manera tiene gracia, ó, á lo menos, un no sé qué que agrada; mas en subiéndose en alto, se le parecen aquellas sus nalgas callosas y feas y muestran todo su vituperio.

G.—Eso mesmo es lo que quiero inferir. Muchos desean y procuran la *presidencia* por la *precedencia*; y alcanzada, y puestos en alto y en los lugares eminentes, descubren luego la ignorancia, la avaricia, la ambición, la envidia y la insuficiencia suya; y si se estuvieran quedos y contentos en su bajeza y fortuna moderada, no se hiciera tan pública su miseria. Pues si estos tales no merecen precedencia, ¿por qué por tales hombres me haces tanto agravio, levantándome de mi silla y haciéndome ministro de tan grande sinjusticia?

C.—Bien entiendo que dices verdad; pero yo hago lo que veo hacer á los otros.

G.—¿Ves cómo todavía te vas con el vulgo y cómo aprovecha poco reprehenderte? No me digas más que me colocaste en lugar de razón, antes sobre un nido de grillos.

C.—Sin razón me injurias; mas mucho deseo saber de tí, no habiendo tú estudiado jamás, cómo sabes tanto. Parécesme una filósofa.

G.—No te debes maravillar de eso, porque habiendo yo estado sobre tantas cabezas de doctos, de sabios, de industriosos, de locos, de obstinados, de vanos y de ignorantes, y de tantas suertes de hombres, yo sería más

digna de reprehensión que tú, si en tanto tiempo y en tanta prática no hubiese aprendido alguna verdad. Pero dejemos esto; quitémonos presto de aquí, y vamos á hacer lo que quisieres, y vuélveme á casa, por tu vida, para que pueda reposar un poco; que no se puede sufrir lo que haces conmigo.

Por tan mal lo tengo que me quites á todos sin diferencia, como que me dejases de quitar á aquéllos que lo merecen; y tanto más, que sé cierto que no lo haces tanto porque te huelgas de acatallos, como por ambición de ser acatado. No hay hombre tan bajo que, si te saluda, no quieras luego que yo pague la pena, quitándome de sobre tí por honrarlos.

Y, demás de esto, hácenme asco y risa ciertos gestos y ademanes que haces quitándome á los unos y á los otros para mostrarte más humilde, más grata ó más sujeta, y no miras que no se pueden así fácilmente engañar los que tienen algún entendimiento y ya saben cuánto humo sale de tu chimenea; y, lo que peor es, que algunas veces se quedan riendo y burlando de tí, de cuán sobre el aviso vas para quitarme y para que los otros te quiten las suyas. Al menor movimiento de manos que ves hacer á los que encuentras, piensas luego que quieren honrarte, y, por no perdellos, como si con ésto los tuvieses ya ganados, de presto me haces hacer un salto todavía, de que te has hallado burlado mil veces y que has podido cognocer que el uno movió la mano para rascarse la cabeza, el otro para ade-

rezarse la barba, uno para tirarse la camisa del cuello y otro para fretarse las narices y los menos para saludarte. Mas ¿qué aprovecha? que ni por eso dejas de traerme á la contina, hecha señuelo de cazador, llamando las aves, que ni por eso te acuden, y que sea verdad, yo he visto alguno que, cayéndote en la cuenta, dijo un día, pasando por tí: «Aquella cabeza anda á caza de gorras; pero no toma tantas cuantas querría.»

C.—Yo te prometí de no enojarme y ansí lo he cumplido, puesto que te has desmandado mucho conmigo, poniéndome mil tachas; pero quiérote mostrar que todo lo que hago es con fundamento y con razón y que no estoy tan sin ella como has dicho. Á mí me parece que aquel que en todas las cosas tiene gran cuenta con su interese particular sea un excelente hombre, y que el que por sus propias cosas se trabaja sea digno de gran loor.

Entre las otras cosas que particularmente aprovechan, el ganarse y granjearse el hombre los amigos me parece cosa provechosísima. Viendo, pues, por otra parte la ambición y la soberbia de los hombres, tan grande, que el menor, por bajo que sea, pretende y presume merecer que el rey le quita la gorra; y entendiendo yo que no se les puede hacer cosa que más les agrade, por que ninguna me agrada más á mí, te quito de sobre mí luego que los veo, por lo cual ya ves cómo se alegran y qué rostro me muestran; mas si á estos tales á quien ya una vez te he quitado, alguna te dejase de quitar, por el

mesmo caso se me harían enemigos; porque en las leyes de la ambición es capítulo expreso que aquel á quien una ó dos veces quítase la gorra la tiene ya para siempre ganada, y como juro de por vida echado sobre tí. De aquí viene que, esperando con el tiempo mi provecho, te quito á todos, para hacerme amigo de todos. Por eso te quité á aquel que traía la cadena, porque vieses de cuántas maneras se la ponía y lo que iba haciendo con ella porque fuese vista: ahora la tiraba, ahora la alzaba, ahora la abajaba, ahora iba jugando con ella, ahora la escondía, ahora la mostraba. ¿Qué piensas que quería decir esto sino «quítenme todos la gorra»? Y ansí al letrado y al procurador, para hallármelos begnévolos cuando los hubiese menester, y lo mismo al rico, al caballero, al noble y á los demás, porque ninguno hay que no pueda aprovecharme, para que no me haga daño ni molestia, como aquel satírico á quien te quité denantes, de temor no diga mal de mí. Hora mira si soy tan sin razón y tan vacía como te pareció ni tan de poco seso.

G.—¡No más! ¡No más! porque cuanto más hablas, tanto más simpleza muestras, y no sólo simpleza, mas con malicia y falsedad; porque no se llama excelente hombre, como denante dijiste, el que solamente atiende á su voluntad y á su particular, antes son malos y se debe huir de los tales como de ponzoña y guardarse de ellos como de enemigos del bien público. ¡Desventurado de aquel príncipe que tales consejeros tiene! ¡Tristes de aquellas ciudades que de tales hombres son gobernadas!

Créeme que no hay en el mundo pestilencia más dañosa que el ansia del interese particular, y más: dicen los sabios que el querer siempre de cualquiera cosa sacar utilidad no conviene á hombres magnánimos y virtuosos.

Pero ¿cuál justicia consiente que aquella reverencia que se debe á los dioses, al príncipe, ó al magistrado, ó á los buenos y virtuosos, quieras tú hacerla á los hombres ignorantes, viciosos, malignos y inútiles, avaros y manchados de mil géneros de maldades? ¿No sabes cuán peligroso lugar es aquel donde el vicio es honrado y el vicio es acatado? ¿Cómo quieres que viva contenta, viendo lo que haces de mí? Que parece que para este efecto no me criaron los dioses, salvo para mostrar á las gentes tu ignorancia, tu vanidad, tu liviandad, tu pusilanimidad y tu locura, en mil varias formas y locuras que cada día me mudas, cortándome, aforrándome, bordándome, enclavándome, emplumándome, encadenándome, poniendo en mí y sobre mí plumas, velos, cintas, cordones, cabos, medallas, perlas, cadenas, flores, y mil otros argumentos de liviandad; y, lo que más que todo siento, quitándome de mi asiento inconsideradamente, por hombres que merecen mil horcas, y dejándome de quitar otras veces á aquellos que méritamente debrían ser acatados.

Llévame si quieres á casa; conténtate con lo que he padecido; y si no me quieres dejar reposar en un cofre, ahórcame de algún clavo, donde me cubra de polvo, ó ponme sobre la cabeza de algún espantajo en tu huerto; que, á lo menos, allí estaré queda, espantando á los pá-

jaros, y sobre tí podrás poner una veleta de chimenea ó un arpón de campanario, que se ande con cada viento, y así honrando á cada uno, satisfarás á todos.

C.—Bien me parecen tus razones, si no fuesen en todo tan contrarias de la común opinión. Porque yá sabes que quien contradice á los más y quiere antes guiarse por su parecer solo que por el de muchos, viene á ser juzgado y tenido por loco ó por temerario. Créeme que es mejor que nos vamos con la marea y que nademos con la corriente.

G.—¿No te tengo ya respondido á eso que la verdad pocas ó ninguna vez habita con el vulgo ni con la multitud, antes la contradice y la menosprecia? Pues ¿cómo quieres tú que así traiga falsas opiniones? ¿No sabes que los amigos se han de honrar y conservar en un cierto modo, más la verdad siempre y en todo lugar debe ser adorada? Así, que, si deseas mi salud, llévame á casa y no quieras que traiga tratos con el vulgo.

C.—Vamos; que ya no sé qué me haga, sino andarme descubierta, al sol, al agua, al frío, al viento. Mas ves aquí dó viene Hércules. Dime agora que no es razón que te quite á éste tampoco, como á los otros que te he quitado.

G.—Á éste digo que no solamente debes honrar quitándome, más aun con las rodillas en el suelo acatarlo; porque si la honra, como poco ha te dije, es exhibición, reverencia, en testimonio de la virtud, ¿quién es más virtuoso ni más digno de reverencia que Hércules?

C.—¡Oh!... ¡oh!... ¡oh! Agora me acuerdo que me reprehendías denantes porque te traía de tantas maneras y formas diferentes; véamos cómo no reprehendes al que trae aquella tan espantable hechura de tocado sobre la cabeza, siendo tan virtuoso y tan digno de ser honrado como has dicho.

G.—¿No basta que seas ignorante, sino que tengas tan poca memoria? ¿No te tengo dicho que no se desconviene, antes es lícito, traer en la cabeza un traje ó una empresa la cual sea indicio de la virtud del que la trae y que ésta tal antes se llama despojo que tocado ó atavío, así como traen hoy los húngaros las plumas de las alas del gallo?

C.—¿Para qué efecto las traen?

G.—Has de saber que entre los húngaros ninguno puede traer pluma de águila en la cabeza si no ha muerto turco, peleando de solo á solo; y tantos cuantos así hubiere muerto, tantas plumas puede traer sobre la cabeza. Pues Hércules trae aquella cabeza de león por tocado ó atavío de la cabeza, no es de maravillar, antes es digno de ser alabado, porque aquélla es la cabeza del leon nemeo que él gloriosamente venció combatiendo con él, y trae agora méritamente la piel y la cabeza por ornamento de su persona, para más prueba y testimonio de su hazaña y de su virtud.

C.—Harto á tu propósito me has argüído. Ninguna cosa te alego que no me haces luego mil anzuelos con que asirme.

G.—Estos que llamas anzuelos no son sino verdades manifiestas. ¿Sabes cuáles son anzuelos y máscaras del vulgo? Cuando un asno se cubre de la piel de un león, ó un cuervo se cubre de las plumas del pavón, usurpando la honra ajena; pero que un virtuoso traiga la memoria ó la impresa de su virtud y que con modestia procure que sea cognocida esta tal, se llama gloria.

C.—¿Quieres que comprometamos en Hércules esta nuestra diferencia?

G.—Ningún juez podríamos hallar más recto ni más apropósito; mas quiero ser yo la que se lo diga.

C.—Antes yo, por desengañarme de mil otras dudas que tengo en este caso. Nosotros te adoramos, ¡oh Hércules! porque sabemos que en tí hay saber y verdad. Queremos que juzgues una nuestra diferencia, la cual te contaremos brevemente.

HÉRCULES.—No es menester contármela: la virtud de mi nombre sólo basta para entenderos yo. He sido presente á toda vuestra diferencia y controversia, la cual prometo de difiniros fielmente.

C.—Lo primero es rogarte que nos digas qué cosa es honra, lo cual sabemos y creemos que sabrás mejor que otro, siendo, como eres, más honrado que otro.

H.—Así como entre los bienes del cuerpo la salud es primero, así entre los del ánimo la virtud, así entre los bienes extremos que llamamos de fortuna la honra tiene el primer grado, y no las riquezas, como algunos ignorantes piensan. Ésta desean, pues, todos los hom-

bres de ingenio y todos aquellos que á cosas famosas son inclinados. Pero los bajos, los plebeyos y los que traen sus pensamientos envueltos en el lodo, ni la curan ni la procuran. La descripción de ello se puede hacer de esta manera: Honra es toda señal, todo dicho, todo hecho y cualquier acto que vemos hecho por reverencia y por testimonio de la virtud de aquel por quien se hace.

C.—¿El quitar la gorra es señal de honra?

H.—Sí sería señal de honra, cuando el fundamento de la tal señal no faltase; digo, la virtud; porque, puesto que el humo sea señal del fuego, aquella tal no la llamamos humo de fuego, sino alguna exhalación, ó vapor, ó alguna otra elevación espesa, causada de alguna sucia materia. .

C.—Pues ¿de dónde tomó origen este quitar de gorra por testimonio de honra?

H.—El descubrir la cabeza en señal de reverencia quiero que sepas que á sólo los príncipes y magistrados era antiguamente debido, si bien entre los sabios hubo algunos que dijeron que fué inventado por conservación de la salud del cuerpo, porque con el cubrirse y descubrirse la cabeza, usándose al frío y al calor, se hacía más recia y más sana. Todavía digo que más bastante razón que ésta fué la causa porque siendo la cabeza la más noble parte del hombre y la que él procura guardar más en cualquiera peligro, cuando eran vencidos de sus enemigos, en señal cierta de su vencimiento, les ofrecían

la armadura de la cabeza, poniéndoles delante la cabeza desnuda é inclinada, siendo la más noble y la vital parte del cuerpo. Y de aquí, los prudentísimos romanos antiguos, para mostrar la obediencia y reverencia que á los dioses, á los príncipes y á los magistrados se debe, transfirieron aquella militar costumbre en conversación y en uso hábil, haciendo que, en el conspecto de los que digo, cada uno mostrase desnuda su cabeza. Pero aquéllos que, sin hacer elección, á cualquiera persona y por cualquiera causa quitan la gorra, dan señal de ánimo bajo é ignorante, adulterando una tan noble institución. Y los que esta pregminencia usurpan, no siendo de los que he dicho, éstos tales se pueden llamar ambiciosos. Verdad es que, puesto que no sean príncipes ni gobernadores de república, cuando por alguna particular virtud méritamente pueden ser llamados miembros de la república, méritamente deben ser honrados, nó como los que gobiernan, mas como dignos de gobernar; porque, como dice Aristótiles, un hombre de virtud excelente como un dios debe ser estimado entre los hombres; y aun el día de hoy, en algunas bien ordenadas repúblicas, se ve que el descubrir de la cabeza no se hace sino delante de la persona pública que tiene el gobierno.

C.—¡Oh, cuánto me huelgo de haber entendido todo esto de que mil veces he estado dudosa! Mas aún de una cosa no quedo bien satisfecha, porque me parece que no han lugar en ella las razones que has dicho. ¿Por cuál razón, Hércules, cuando el príncipe se quiere lavar

las manos para comer, los circunstantes se quitan las gorras? Pues en tal caso, parece que no es menester mostrar señal de honra ni de obediencia.

H.—Antes es cosa muy puesta en razón, porque así como la cabeza significa el cognocimiento y la inteligencia de las cosas místicas, ansí las manos significan las operaciones humanas, y los pies significan efectos del ánima. Por esto antiguamente se usaba que si alguno quería en algún acto juzgar ó mostrar su inocencia se lavaba las manos en público, así mostrando que todas sus obras eran limpias y inocentes, de donde tomó origen aquel proverbio tan usado, cuando alguno de alguna cosa ilícita no quiere ser culpado, que dice *yo lavo mis manos de eso*, por no querer mancharse. Pues cuando el rey ó el señor se lava las manos, los súbditos que lo miran descubren las cabezas por dos razones: la primera, para darle gracias de la inocencia que muestra; la otra, para dar señal de verdadera obediencia y del arbitrio que le dan por el mérito de aquella inocencia y limpieza que les muestra. Y si bien no se lavan hoy los príncipes con aquel intento, sino por la buena costumbre y por la limpieza, todavía se les hace esta demostración, heredada de la antigüedad. Verdad que me acuerdo haber oído á un sacerdote egipcio que, siendo costumbre de los reyes suplicar á los dioses en el principio de la comida y dalles gracias en el fin de ella, todos los que se hallaban presentes descubrían las cabezas para suplicar y para darles gracias á los dioses. Y

ansí, siendo el lavar de las manos principio y fin de la mesa, en los cuales tiempos se solía hacer la oración, dura hoy la costumbre de quitarse las gorras cuando al principio y fin de la comida se lavan las manos, por ser ambos tiempos principios de la oración.

C.—¡Oh, comó me huelgo de oirte! Mil gracias te doy, Hércules, y á esta mi gorra otras tantas, que por haberse enojado conmigo ha sido causa de hacerme capaz de mil cosas que no sabía.

Antes oí decir un día á un loco, preguntándole el origen de quitar la gorra al lavar de las manos, que antiguamente los príncipes solían, queriéndose sentar á comer, convidar á los circunstantes, los cuales, rehusándolo, se quitaban la gorra en señal de agradecimiento; y que de aquí ha quedado en nuestros tiempos esta usanza, aunque los príncipes no nos conviden.

Pero si no te soy enojoso, yo te suplico, Hércules, que me declares otra duda: ¿Dónde viene que cuando el príncipe estornuda, demás de invocar los que se hallan presentes su salud, se descubren las cabezas?

H.—Todo mana de una fuente. Verdaderamente, el reino, el estado, la república á quien los dioses proveyeron de buen príncipe, méritamente se pueden llamar bienaventurados, y más méritamente es llamado y se puede llamar bienaventurado el buen príncipe, dón de Dios, porque no hay duda, según la opinión de los sabios, que, cuando Dios quiere bien un pueblo, le provee de un señor justo, tal que el mesmo pueblo pueda

decir reposándose: «yo duermo y mi corazón y este mi príncipe vela por mí.» Escriben los antiguos que de todas las señales bastantes á significar alguna cosa en los cuerpos humanos, sólo el estornudo es señal de augurio y llamado sacrosanto, como cosa dirivada de parte divina, por ser procedido del celebro y de ocasión vehementísima; porque, en efecto, es un ímpetu y una erupción de todo el spíritu, la cual produce buen efecto á la salud de todo el cuerpo. Cuando el señor, pues, estornuda, los que están presentes descubren la cabeza, para rogar á los dioses que al tal estornudo, ó la señal de su salud, siga el efecto. Porque así como el príncipe es la salud de su república, así la república es obligada á rogar á los dioses por la salud del príncipe, lo cual hace, como he dicho, con la gorra quitada.

C.—Á maravilla me has satisfecho, Hércules; pero ¿por qué cuando estornudan nuestros iguales ó nuestros inferiores no nos quitamos las gorras?

H.—Porque ni la salud de aquellos es tan necesaria como la del príncipe en la república, ni tenemos tanta obligación para pedírsela á los dioses. ¿No sabes que los pueblos son los miembros, las leyes, los niervos, y el rey la cabeza del cuerpo público y civil? Por lo cual es necesario que se haga cualquiera diligencia por la salud de la cabeza, como aquella que es causa de su salud en todos los miembros.

G.—Mil veces le he dicho, ¡oh Hércules! á esta cabeza que bien podría hacerse capaz de alguna otra cosa;

pero que de ciencia ni de prudencia no lo será jamás; y es cosa de admiración que, siendo la verdad y la razón dos cosas tan eficaces para persuadir, si no viniera aquí la autoridad de tu persona, ninguna cosa quisiera creerme; por lo cual te ruego que le des á entender cuáles son los verdaderos honores, para que, entendiéndolos, atienda á merecer alguno, y, dejándome reposar á mí, sea de aquí adelante menos curiosa de quitarme á los otros ni que los otros quiten las suyas á ella.

H.—Los verdaderos honores son aquellos que se hacen á significación temporal ó perpétua de aquellos que tienen algún grado notable de virtud, como son los triunfos, los arcos, las columnas, las estatuas, las inscripciones, y semejantes monumentos. Verdadero honor fué aquél de Themistio, que entrando en el espectáculo público de toda Grecia, todos los hombres en un momento pusieron los ojos en él. Semejante fué el de Virgilio mantuano en el teatro de Roma; tal fué el del magno Pompeyo, que, siendo mozo, se levantó á él Lucio Sila dictador para recibirlo; como éste fué el de Atio, antiquísimo poeta de Pessaro, á quien se levantó en pie Lucio César, summo dictador, por honrarlo. Estos son verdaderos honores. También es verdadero honor cuando alguno es llamado á alguna administración ó gobierno público por propia virtud, sin otro medio de favor y de diligencia. Verdadera honra fué aquella de Otavio Augusto, cuando el senado y el pueblo romano, de común consentimiento, lo llamaron padre de la pa-

tria; verdaderos honores son las coronas, las guirlandas y los collares, y los otros grados militares que con trabajo de la propia persona son ganados, los cuales daban á los caballeros y á los otros soldados. Y semejantes son los que se daban á los hombres señalados en alguna dotrina, y así, lo buenos acogimientos y los buenos tratamientos que los príncipes hacen á los hombres virtuosos son verdaderos testimonios de la honra y de la virtud de los tales. Asimesmo son verdaderos honores aquella testificación que los graves y verdaderos escriptores dejan en sus libros de la virtud de alguno, contra la cual casi parece que en el tiempo no tiene jurisdición. De aquí vino que los príncipes virtuosos antiguamente se preciaron de tener cerca de sí scriptores doctos y virtuosos que dejasen scriptas sus hazañas. De aquí vino á ser tan recordado y tan traído á la memoria aquel generoso sospiro del magno Alejandro: cuando vido el sepulcro del famoso Achiles, dijo: «¡Oh bienaventurado mozo, que mereciste tener á Homero por coronista de tu vida!»

C.—Confiésote, Hércules, que es verdad todo lo que has dicho y que me parece ser otra ya de lo que hasta aquí he sido, en virtud de un poco de luz que de lo que has dicho se me ha entrado en el celebro. Aún quedo dudosa que me dices que honra es testificación de virtud y yo he visto y oído que muchos príncipes de nuestros tiempos y de los antiguos honraron algunos hombres mecánicos, así como Alejandro á Dinócrates gran-

de ingeniero y arquitecto famoso; á Apeles, pinctor; á Lisipo, escultor; y ansí otros muchos que dejo de decir por huir la prolejidad, los cuales no tenían preheminencia de virtud, sino de arte.

H.—No digas eso. ¿Eres tan torpe, que el arte no tienes por virtud y grande? Sábete que en la virtud hay grados de más y de menos excelencia; pero á cada uno por su virtud debe de honrar en su grado el que quiere tener título de humano y de justo.

C.—Yo me pensaba que ninguna virtud era digna de honor, salvo la de las armas ó la de las letras.

G.—¿No te lo he dicho yo, Hércules? Ésta piensa que es tan rica de seso como de hacienda; pero ya ves si le falta todo, pues no te entiende.

H.—Poquísimas veces acontece que la virtud y la riqueza se acompañen, porque se conciertan muy mal juntas; antes, de ordinario, donde la una crece, mengua la otra. Con todo esto, sábete que hay dos maneras de virtud: la una, intelectiva, como son las artes, las sciencias; y cualquiera que posee una déstas méritamente es digno de honor, como los filósofos, los hombres letrados y doctores, que han sido siempre muy estimados y honrados. Otra manera de virtud hay que se llama moral, la cual hace asimesmo á los hombres que la poseen méritamente dignos de honor; por ésta son honrados los hombres fuertes, los mansuetos, los sufridos, los templados, los justos, los vergonzosos, los magníficos y liberales; y si cada virtud de éstas, de por sí, merecen reve-

rencia, mira cuánto loor y reverencia merecerá aquel que de todas juntas se honra, hecho guirlanda, y acumulando las intelectivas y las morales dentro del ánimo. ¿No te parece que este tal no solamente será digno de mortales honores, mas aún de ser acatado casi como uno de los dioses entre los hombres? Los otros que á la vanidad y á la ambición de la gorra atienden, sin curarse de merecella por alguna de las virtudes que he dicho, como ambiciosos y vanos debrían ser echados de la compañía de los buenos, porque injusta cosa es que quiera uno, en los asientos, en las fiestas y en los lugares que denantes dije, preceder á los otros, y que á la defensión de la patria en los peligros, en las batallas y en los otros trabajos que hacen las obras de los hombres eternas y famosas, se quede atrás el postrero y que, haciendo mal, le parece parte de saber y de nobleza despreciar las artes y las virtudes de los otros, atendiendo solamente á acumular hacienda. Para significar esto, los sabios romanos hicieron templo á la honra y la virtud, á quien tenían por dioses de esta manera: que no se podía entrar en el templo del honor sino pasando primero por el de la virtud, sobre la puerta del cual estaban en grandes letras de oro escriptos estos versos:

«No puede entrar de honor al sacro templo
Quien por el mío no pasa y persevera:
Medid la vida, pues, con este ejemplo.»

Esto basta por agora para conclusión de vuestras di-

ferencias y yo me vuelvo al cielo, donde los dioses me están esperando.

G.—¿Has entendido, cascabel mío dorado, has entendido lo que Hércules te ha dicho? Hora llévame á casa y déjame estar en un rincón, sin darme más trabajo del que hasta aquí me has dado. Allí me dejarás, mientras río de tu vanidad y tu ambición; me gozaré de la sapientísima difinición que el divino Hércules te ha hecho, cuya señalada virtud te ha dado bien claro á entender, si has sabido entenderlo, qué cosa sea el verdadero honor. (1)



(1) Al pié del manuscrito que posee el Sr. Sancho Rayón se lee: «*Acabose de tresladar en Sevilla á diez de Março de mill y quinientos y novēta años en Sevilla en la parroquia de Sant Martin.*»



PARADOJA

Trata que no solamente no es cosa mala, dañosa ni vergonzosa ser un hombre cornudo mas que los cuernos son buenos y provechosos. (1)

(B. C.—A 2, 141, 4)

No ha muchos días que hallándome en una buena conversación, donde se hablaba de los cuernos, fuí harto reprehendido, porque, movido á piedad de verlos así maltratar, dije solamente que no eran tan malos como el mundo los juzgaba, y que es una ironía y una cierta

(1) D. Aureliano Fernández-Guerra publicó esta paradoja, suprimiendo varios párrafos, en el apéndice al tomo 1.º de Gallardo, donde se notan algunas pequeñas variantes entre el texto dado por el doctísimo académico y el del códice colombino, al que nos hemos ajustado fielmente.

mala opinión, nacida de gente baja y de poco discurso, el estar mal con ellos. Y no habiéndome consentido los que allí se hallaron que dijese todo lo que sentía en esto, quedé con un gran deseo de declarar esta ceguedad, así por probar mi intención, como para que el mundo entienda el engaño que recibe, y que no solamente no son malos ni dignos de ser vituperados, mas á quien sanamente los entiende, son buenos, honrosos y provechosos, como lo pienso mostrar en esta mi paradoja.

Así, digo que generalmente aquellas cosas son más dignas y más excelentes en sí, y de mayor autoridad acerca de los otros, que tuvieron más altos, más buenos, antiguos, y mas honrosos principios y que fueron hechas y usadas por hombres más famosos, y en lugares más señalados y preeminentes, y siendo esto así, ninguno puede negar que los cuernos sean la cosa más excelente, más buena, más honrosa y de mayor autoridad de cuantas tienen los hombres acá en el suelo, ó, á lo menos de aquellas que la fortuna ó la buena diligencia pueden dar á ninguno. Porque si los principios y la antigüedad se mira, desde que hubo cielo hay cuernos como lo diré hoy, pues, en su lugar; mas aún, demás de esto, hubo hombres que tuvieron cuernos; y que aquellos gigantes que quisieron hacer guerra á Jupiter eran no solamente cornudos, mas que de la grandeza de sus cuernos nació la soberbia de sus ánimos y de sus impresas; hasta que los dioses, temiendo ser echados del cielo á cornadas, viendo que ya lo intentaban, los abrasaron á todos, y,

no contentos con esta venganza, siguiendo su victoria, por asegurarse mejor y por estirpar entre los hombres la simiente de los cuernos, como cosa que un día les pudiera quitar el imperio, ahogaron los que quedaron; hasta que venidos después Pirra y Deucalión, que solos quedaron para casta, y, por haber salido muchas, les mandaron que echasen aquellas piedras por aquella cuesta abajo (como lo escribe Ovidio en sus Metamorfóseos) los cuales, en llegando á lo llano, eran luego convertidos en hombres; pero ahora fuese por ser las tales piedras quizás redondas, ahora porque los que las echaron no los tenían, todos los hombres que de ellas se hacían nacían sin cuernos. Puesto que dice á este propósito un doctor de mi tierra (que de causa de tener una mujer bonita como un oro, presume de saber tanto de cuernos como de medicina), que no fué ninguna de éstas la causa, sino que habiendo Júpiter considerado mejor la presunción y soberbia de los hombres, queriendo reformarlos en aquella nueva generación, les disminuyó el poder y la dignidad, quitándoles los cuernos, para que de temerarios que antes eran, fuesen de allí adelante tímidos, pues, los hombres, la primera vez con cuernos y la segunda vez sin ellos; ó, por mejor, la inclinación natural nos tira siempre á desear más aquellas cosas de que más carecemos; ó porque viendo á las otras bestias con cuernos, los hombres tuviesen envidia y les pareciese quedar mancos sin ellos; ó, según yo creo, porque les dijeron que los primeros hombres los habían tenido y la causa por que Júpiter se

los había quitado, nacióles tan gran deseo de tener cuernos, que luego despacharon sobre ello mensajes á Júpiter. De esta embajada dieron cargo á la honra y á la opinión, por ser la una y la otra personas tan principales en la república de los hombres; ellas acetaron su comisión pacto expreso que si Júpiter concediese su demanda, no pudiesen los hombres traer los cuernos en la cabeza; ni en la frente, como los otros animales, ni en ninguno otro lugar, salvo en medio de la honra y debajo de la opinión; y de aquí viene que no se pueden ver hoy los cuernos en los hombres que los tienen, por traerlos escondidos en los lugares que he dicho.

Llegados, pues, los embajadores á Júpiter, entre otras cosas le dijeron que por qué, habiendo dado á los otros animales colas, escamas, conchas, espinas, cuernos, picos y otras armas, para defensa suya y de sus mujeres, á solos los hombres había dejado desnudos y faltos de todas estas cosas, teniendo ellos, á causa de la liviandad y bulliciosa cumplición de las mujeres, mayor necesidad de armas con que poderlas defender, por lo cual le suplicaban les proveyese de nuevo, de manera, que, á lo menos, les volviese los cuernos que les habían sido quitados; porque demás que sería desagraviarlos, en esto excusaba el pecado de la invidia en que generalmente incurrían, viendo gozar y abundar á las bestias de lo que ellos carecían, habiendo ellos antes tenídolos.

Rióse Júpiter dela demanda de los hombres, pero, por no desesperarlos, y también porque no se le amotina-

sen, respondióles que haría su ruego si las mujeres consentían en ello; porque no habiendo de tener ellas cuernos, no era bien sin su consentimiento gozasen ellos de tanto favor. Y, á la verdad, creo para mí que Júpiter les dió aquella respuesta pensando que jamás las mujeres vinieran en ello, y que así ellos quedarían sin cuernos y él sin culpa. Vueltos los embajadores á 'os hombres y sabido lo que habían negociado, dióse aviso de ello á las mujeres, rogándoles que fuesen en ello, las cuales, consultando el negocio entre sí, enviaron con los mismos embajadores una de ellas á Júpiter para que les dijese que, no embargante que en alguna manera les paraba perjuicio, ó podía en algún tiempo redundar en su daño dar tanta autoridad á los hombres, proveyéndolos de armas y que ellas no las tuviesen, pero por lo mucho que deseaban agradar á los hombres, holgaban dello, con tal que ningún hombre ni ninguno de sus maridos pudiese de allí adelante ni tener cuernos ni llamarse cornudos, pues la mujer no podía holgarse ni hablar con otro hombre que mejor le pareciese. De manera, que así como los cuernos dél podían nacer del temor della, por consiguiente del contentamiento de ella, nacen los cuernos de él, para que lo uno recompense lo otro, de donde tomó principio aquel proverbio que dice *vayate mocho por cornuda*, el cual, por ser tan antiguo, apostaré yo que hay en esta corte más de seis catarriberas que no saben por qué se dijo.

Concedióles ansí Júpiter como se lo pidieron y de

allí quedó casi por ley inviolable que ninguno osase llamarse el día de hoy cornudo sin que su mujer haya primero dispensado con él.

Esta fué, pues, la primera origen de los cuernos y después la segunda reformación de ellos. Si algunos lo cuentan de otra manera sepan que se engañan y que es error manifiesto; pero, demás de esto, para probar la antigüedad dellos, ¿qué mejor autoridad ni cuáles mas abonados testigos que el mismo Júpiter y el mismo cielo? Ved en el cielo la luna con cuernos; y tan conocidos y estimados, que cuando queremos encarecer mucho una cosa decimos que *está en el cuerno de la luna*; como también, encareciendo una cosa y peligro grande, se suele decir que *se vió en los cuernos del toro.*

Mas volvamos al cielo, y veremos algunos de ellos y de los signos con cuernos: el norte rodeado y guardado con la cabra Amaltea con sus cuernos, el cabrón del dios Baco con cuernos, el carnero de Anfirioso con cuernos, el toro de Europa con cuernos, tres con el Cornucopia. Y la hermosa Venus, madre del Amor y abuela de los cuernos, ¿quién no sabe que, viéndose casada con aquel malaventurado herrero (con quien acordó de casarla aquel desdichado de su padre, de puro avaro, porque se la tomó sin dineros ni dote), viéndolo tan feo, sucio, tiznado y tan para poco, acordó de ponerle los cuernos, porque pareciese algo y para que tuviese algo de nuevo?

Y aquella diosa Diana, tan casta y tan hermosa, di-

go, tan honesta, ¿dejó por eso de ser amiga de los cuernos y preciarse de ellos? ¿No se sabe que, siendo suya la casa de aquellos bosques donde se criaba, no se podía matar un ciervo en todos ellos, sin que le presentasen á ella los cuernos, como cosa tan alta y tan excelente que no merecían los viles gozar de ellos? Y así, en matando algún ciervo, la primera cosa era colgar los cuernos de un pino, dedicándolos á Diana; pero dejemos á una parte las autoridades de los poetas, que, por ser tenidos por mentirosos, podían leyendo esta mi paradoja poner sospechas en mi verdad: no aleguemos más con ello, sino con la experiencia y ejemplos vivos; con razones fuertes y eficaces y con aquellas cosas que facilmente se pueden probar y entender; y, demás de los cuernos que habemos dicho, que hay en el reino de Júpiter, bajemos al de Plutón y su infierno y hallaremos todos sus vasallos y gente con cuernos, tanto, que si alguno pintase hoy diablo, no pensaría haberlo sacado al natural si no le pusiese cuernos, que para prueba de su antigüedad és validísimo argumento de la dignidad de ellos.

Mirad la tierra y veréisla toda llena de animales cornudos, demás de los hombres á quienes sus mujeres los han puesto, y demás de los sátiros que tienen cuernos, puesto que en cierta leyenda hallé un autor que dice haberse escapado estos sátiros del diluvio de Júpiter, por ser grandes nadadores, y que viéndolos después con cuernos, sabiendo que eran de la raza de los pasados, no queriéndolos deshacer del todo, los deshizo de la mitad;

haciéndolos de la mitad abajo cabrones, porque no fuesen peores que los pasados y porque no se fuesen alabando que, siendo hombres, á su pesar tenían cuernos; y así, donde quiera que los viéredes hallareis que gozan de preeminencia de los cuernos con este sobregüeso.

Pues si dejamos la tierra, y pasamos á la región del aire, allí se verán muchas aves que tienen cuernos; y algunos de ellos tan estimados y tenidos de todos los que los conocen, que de pura invidia los matan por quitarles los cuernos, los cuales traen después los hombres en los bonetes por ornamentos de las cabezas y por suplir por arte aquello en que la naturaleza los hizo faltos.

En las montañas de Lombardía he visto yo cierto género de aves como escarabajos, que parecen aves y vuelan tanto como algunas aves, y son llamados en aquella tierra *Bocheçucare*. Estos tienen en la frente un par de cuernos, imitación de los ciervos, con sus ganchos ó puntas que ninguna cosa se puede ver más hermosa en su calidad. Son muy estimados y tenidos en mucho de los que los pueden haber. Acuérdome haber traído un par dellos en una medalla, ligados con oro, con una letra *nemo est qui se abscondat*.

Mirad el ave fénix, que se dice ser única en el mundo, y veréisla que en esto como en lo demás fué estimada entre todas las otras aves; á ésta le nace de la parte alta de la frente una pluma á manera de cuerno, ó por decir más proprio, un cuerno á manera de pluma que la

hace parecer muy hermosa, como se puede ver en su pintura.

Dejemos el aire, y volvamos á la mar; y en ella vereis muchos peces con cuernos de muchas maneras. Pues si en el cielo se usaron cuernos, el infierno está lleno de cuernos, en el aire cuernos, ¿quién pondrá duda en su antigüedad, en su dignidad, ni en su autoridad?

¿Quién no tendrá en mucho (si tiene juicio) una prenda tan cara y de tanto valor? ¿Quién, oyendo decir la fuérza tan extremada que el rinoceronte tiene en un cuerno de que le proveyó la naturaleza, para defenderse del elefante enemigo suyo, no le tiene invidia? ¿Quién no sabe que aquellos colmillos del elefante tan grandes y tan hermosos son cuernos y no colmillos, viendo que demás de la grandeza y hechura dellos nos lo muestra el efecto que con ellos hace, y aquellos que de ellos se ayudan? (queda claramente entendido:) estos, pues, son cuernos de tanta hermosura como vemos, de los cuales se hacen tantas cosas hermosas y excelentes, que sería nunca acabar de quererlas escribir, y de aquí vino que los poetas queriendo hacer una puerta para la casa del sol, se la hicieron de cuernos de elefante, por la cosa de más calidad y hermosura de cuantas pudieron hallar y no se las quisieron hacer de oro guarnecidas de piedras y de perlas, como la podrían hacer y no les costara tanto como esto.

Así, los cuernos, por sí no fueran tan autorizados, con las divinas letras alegara los cuernos de Moysén,

los de Urías y los de David y el cuerno con que ungían los reyes de aquellos pueblos y mil otros de otros donde en la sagrada escritura se trata de ellos. Pero porque no parezcan ni es bien que se profane, y porque sin ella pienso probar mi intención, acuerdo de dejarla y tratar de cosas humanas.

Lisímaco, famoso capitán de Alejandro Magno, sabiendo la dignidad de los cuernos, los amó tanto, que los traía por adorno de su cabeza; y no se dejára retratar de muchos pintores que lo sacaran al natural sin ellos, á causa de su gran hermosura, si no lo pintaran con cuernos; y se ve en algunas medallas antiguas que dél hallaron.

Pirro, famoso capitán griego, traía los cuernos de un cabrón sobre su celada, por ser más conocido, más señalado y más temido por ello en las batallas.

Fueron siempre los cuernos tan estimados, que algunas naciones antiguas los usaron en las guerras; y en los ejércitos se los ponían en las cabezas, por parecer más fieros y más valientes á sus enemigos. Y aun en algunas partes de nuestras indias occidentales me dicen que los usan los indios.

Uno de los mayores trabajos de Hércules, y una de las victorias que le hicieron tan famoso, fué el haber quitado los cuernos á Aqueloo; el cual tenía tanta fuerza en ellos, que no hallaron otra cosa por donde Hércules fuese más alabado los que dél escribieron. Que si yo fuera coronista de sus proezas antes callara ésta que re-

ferirla por tal; que antes alabaría yo á aquel que hubiese puesto los cuernos á otro que no á aquel que se los hubiese quitado. Con todo eso, los antiguos nos lo dejaron escrito así; ellos debrían de saber por qué; y por esto los poetas hicieron después gran caudal de estos cuernos de Aqueloo: hicieron casas de ellos de que nos dura aún hoy la memoria.

Leed los hechos de los romanos, tan sabios, y tan valerosos, los cuales el día de la batalla hacían dos cuernos de sus ejércitos; y éstos eran tan estimados y de tanta dignidad, que no se diera cargo dellos á ningún capitán que primero no hubiese vencido alguna batalla; era, en suma, tanta la preeminencia destos cuernos, que aun del cuerno derecho al izquierdo se hacía gran diferencia, y así, la mayor honra y la mayor gloria que en un día de batalla podían dar los romanos á sus capitanes, era entregarles el cuerno derecho del ejército y no querría que pensase alguno que este orden de milicia esté hoy del todo perdido ni olvidado, aunque en parte esté pervertido, porque en los ejércitos del emperador, nuestro señor, la he visto yo y usarse cada día; y así vereis que después de hecho balance de los escuadrones, sacan y hacen dos cuernos de arcabucería, poniéndolos en la frente y en los lados de ella, y si algunos los llaman mangas ó alas, no saben lo que dicen; que no son sino cuernos, ansi por la autoridad antigua que he dicho como porque si fuesen alas estarían en los hombros ó en los sobacos de los ejércitos ó de los escuadrones y no

en las frentes donde los ponen, que son los mismos lugares donde nacen los cuernos. Y no solamente los ejércitos guardan hoy tan buena orden, y esta preeminencia de los cuernos, mas aun cada soldado particular, visto que no puede tenerlos, movidos de cierta invidia honesta y valerosa, las van imitando en cierta manera; y de aquí vienen los penachos y las plumas que vemos usarse hoy sobre las celadas y las gorras y sombreros, los cuales no son, en efeto, ni parecen otra cosa que cuernos y no parece mal á ninguno. Esta es virtuosa disimulación de los hombres por los cuernos; pues aun los vemos en las mujeres de nuestros tiempos, las cuales, puesto que por la capitulación ya dicha, no pueden tener cuernos, todavía, conociendo el valor dellos, no contentándose algunas de ponerlos á sus maridos, los quieren ellas también traer; y así, vereis á algunas que hacen é inventan mil maneras de tocados nuevos y extraños, con ciertos lados y entradas para que parezcan cuernos. Las milanesas tuercen con cuernos y fuego y con otras cosas los cabellos de los lados y sobre la frente, haciéndoles tomar la forma de cuernos de carneros, y teniéndolos en tanto, que no le parecía á una mujer milanesa ó lombarda que aun para poder ser vista cuando sale de su casa, si no lleva los cuernos que digo, le parece que no va galana.

Otras demás déstas los traen por zarcillos en las orejas y por pendientes en las tocas, hechos de esmeraldas y de oro guarnecidas y perlas con mil gentilezas, para

mostrar en cuánta veneración tienen los cuernos.

Y acuérdaseme que, preguntando yo una vez á una dueña vieja, harto reverenda, á qué propósito se rapan y se pelan las mujeres los lados, me dijo: «Sabed, hijo, que la primera que se los peló fué una moza maliciosa, soberbia y de grandes pensamientos; la cual, teniendo gran deseo de que le naciesen cuernos como á las otras bestias, y pareciéndole que aquellos cabellos podían impi dir naciesen, se pelaba muchas veces los aladeros (1), estercolándolos después con mil cosas para poder nacer, hasta que al cabo de algún tiempo, desesperada dello, y que tanto lo había deseado, visto que no nacían, se dejó dello; pero siendo después de otras amigas suyas preguntada por qué se había rapado de aquella manera, les contó su caso; lo cual entendido por las otras (como todas sean naturalmente, invidiosas), apenas tuvieron sufrimiento para llegar á sus casas, que luego cada una, cuál más, cuál menos, desmontaron los alados, pensando que haría con ellas naturaleza el milagro que con la otra no quiso hacer. Y de aquí quedó, como vemos, el pelarse y raparse los aladores las mujeres, con deseo que les nazcan cuernos.

Puesto que dice un amigo mío que no fué desto sino que habiendo sido informado Júpiter que algunas mu-

---

(1) D. Aureliano Fernández-Guerra hace notar que esta palabra significa lo mismo que *aladares*, y que en la *Paradoja* se usan indistintamente las voces, *alados*, *aladores y aladeros*.

jeres soberbias trayan cuernos, contra la premática, y los cubrían con los cabellos de los aladores, mandó por decreto público que se los rapasen y que todas de allí adelante traigan las frentes y los lados descubiertos, para que se pudiesen ver los cuernos si alguna lo traía; mas yo apostaría cualquiera cosa que las más de las mujeres que hoy traen largos los lados de los cabellos, traen los cuernos en sí mismas disimulados debajo dellos.

¿Qué diré de la dignidad y autoridad de los cuernos, que todo no sea poco respeto de lo que se podía decir? En Alemania, entre otras hermosas antigüedades que aún duran entre ellos, son tenidos los cuernos en tanta estima, que solos los príncipes y grandes señores los usan; los unos por armas y los otros por cimeras ó impresas sobre las armas; casi pareciéndoles que con ninguna cosa pueden traer el resplandor de la fama de sus pasados como con los cuernos, y de aquí vinieron á ser llamados los cuernos cimera.

Cuando quieren diferenciarse, y no solamente los señores en Alemaña, mas aun en Francia y en Flandes y en Italia, particularmente en el reino de Nápoles, traen hoy los príncipes de Salerno un par de cuernos muy grandes sobre las armas, y el blasón de ellos, que traerían antes los cuernos sin las armas que las armas sin los cuernos con cierta letra.

En la república de Génova, puesto que hay muchos nobles; ninguno es libre, antes todos son pecheros igualmente, y no habiendo entre ellos mercaderías ni cosa

alguna que sea exenta de mil maneras de derechos que pagan, solos los cuernos es su exención antigua y por preeminencia particular ni pagan ni deben ningún derecho, ni los que los traen á vender ni los que los compran. Mirad si supiesen deste privilegio los gavilanes de España, si anduvieran tan locos con el suyo, y no piense alguno que es donaire esto que digo, que no es sino pura verdad y exención particular de los cuernos en aquesta república.

Cualquiera que haya estado en Alemania habrá visto y entendido en lo que se deben de estimar los cuernos, viendo que son el ornamento principal de las casas y cámaras de los mayores príncipes; tanto, que como los nuestros acá tienen cuidado de adornarlas y aderezarlas con doseles ricos y con tapices de brocado, procuran ellos de enramarlas y adornarlas con muchos cuernos de diversos animales, teniendo en esto tanto cuidado y diligencia, que los buscan y los traen de otras provincias y se los presentan los unos á los otros por una cosa muy preciada, teniendo siempre en más los mayores. Y á este propósito me juró un caballero de los que se hallaron en esta última guerra de Alemaña (y sé que me dijo verdad) que en casa del Duque de Vitemberga vió más de tres mil pares de cuernos de ciervos juntos, los cuales tenía guardado el duque allí con grandísimo cuidado; y que, habiéndole sido de pocos días acá restituído el ducado (el cual el Emperador le había quitado por su rebelión), andando recogiendo sus

cuernos, halló que en un castillo suyo le faltaban un par de cuernos que tenía en mucho por su grandeza y hermosura; y sabiendo que estaban en poder del Duque de Baviera, se los envió á pedir; y no queriéndolos dar, le amenazó de destruirle, sino les vuelve sus cuernos.

Pero, porque he tratado de los cuernos del ciervo, ved un poco cuán bien les parece, y considerad la hermosura de ellos; mirad cuán mal parece quitándoselos, tanto, que aun ellos mismos, avergonzados de sí cuando los mudan para renovarlos, todo aquel tiempo que tardan en nacerles los otros, andan escondidos en parte tan remota, que de ninguno pueden ser vistos sin cuernos: mirad en cuánto los tienen y con cuánto cuidado los guardan, que muchas veces les acontece, y algunas los he yo visto, que siendo apretados de los perros y de los cazadores, yendo huyendo por algunos bosques, se les asen los cuernos á las ramas de algunos árboles y, deteniéndose, quieren antes ser muertos que poner fuerza para desasirse, á riesgo de quebrar los cuernos; imitando en esta propriedad al armiño, el cual tiene por menos mal ser tomado y muerto que ensuciar la blancura de su piel.

Vese hoy, demás de esto, en aquellos edificios tan soberbios de los romanos, tan sumptuosos y tan costosos, ó á lo menos en aquellas pocas memorias que de sus hazañas han quedado labrados y esculpidos muchos cuernos, como por ornamento de los tales edificios. Porque sabían aquellos tan sabios hombres, que ninguna otra

cosa pudieron poner en lugar de ellos que tanta calidad les diera.

Pero notad otro argumento validísimo del valor de los cuernos. Mirad los trineos, que son cierta manera de carretoncillos sin ruedas; tirados de un solo caballo, que usan los príncipes y los caballeros en Alemania para andar con las damas por la nieve; y vereis que, habiendo aderezado el trineo lo más soberbiamente que pueden, no les parecerá que va bien ni que pueden parecer bien, si no llevan un par de cuernos muy grandes; los cuales he yo visto algunas veces plateados y dorados para acrecentar su hermosura. Y de aquí creo que vino llamar á algunos cuernos de oro.

El camuco es un animal que vive de ordinario en la soledad de los bosques, cerca de las más altas montañas; éste tiene unos cuernecillos que le nacen en la frente y tornan para atrás casi á manera de anzuelos; y puesto que son pequeños, tiénenlos en tanto, que, volviéndose algunas veces á rascar tras de la cola (por ser, como he dicho, los cuernos á manera de anzuelos ó garabatos), se asen al salvo honor, y de temor de no rompellos, no osan poner fuerza para tirar y desasirse; antes se dejarán morir de hambre, asidos de aquella manera.

Y aunque parezca salir de la materia, no dejaré de contar un cuento á este propósito; y no será salir della. Estaban una vez juntas una gran multitud de llaves á la puerta de la bodega de unos frailes, que razonando entre sí, como acontece, y estando así, dijo una dellas (que

parecía doctora): «Hermosa virtud es la que nos ha dado naturaleza, puesto que algunos malinos la atribuyen á la industria y á la malicia de los hombres.» Y preguntándole otras qué era la virtud, «¿No veis — respondió ella — el poder que tenemos en esta casa, y en todás las otras donde habitamos? ¿Cómo á nuestra voluntad abrimos y cerramos, y admitimos en la casa y dejamos fuera al que se nos antoja?» Estaba acaso tras de la puerta un cuerno, el cual lo había oido todo y cuando vino el fraile se lo contó todo, diciéndole que no debía dar tanta autoridad ni tanto poder á las llaves, que algún día por ventura se hallaría burlado. «¿Qué me pueden á mí hacer las llaves?» dijo el fraile; replicó el cuerno: «Mucho y mucho os podrían hacer si quisieran; pero cuando otra cosa no sea, ¿no os parece que se podrían esconder la primera noche que vos fuérades fuera y no dejarse hallar en todo el convento, para que no entreis acá hasta el día, á riesgo de os descubrir vuestra salida?» El fraile, considerando bien el caso, halló que el cuerno decía bien; que facilmente las llaves le podían hacer una burla, por ser el compañero á quien las dejaba de noche encomendadas algo descuidado y de poca memoria; y preguntándole al cuerno qué remedio tendría para asegurarse, el cuerno respondió que sería bien á él atarle con ellas, y serviría como de maza á las monas ó como de corma á los muchachos que se huyen; «y entonces si las llaves se perdiesen yo me descubriré y me dejaré hallar.» El fraile lo hizo así, hallándose bien con el avi-

so, y lo dijo á otros frailes amigos suyos; de los cuales ha quedado hasta nuestros tiempos, entre ellos y entre otros, atar las llaves en los cuernos.

Mas tornando á la preeminencia de los cuernos, digo que el día que los venecianos salen á desposar su república con la mar en aquella grande barca llamada *el buen tesoro*, habiendo vestido al Duque de los más ricos ornamentos que se pueden pensar, le ponen en la cabeza un bonete con un cuerno y no teniendo otro nombre el tal bonete sino cuerno de creses (?); que si aquellos tan cuerdos viejos tuviesen por más preciada ó más antigua otra corona que el cuerno, que la pondrían en lugar de la corona de cuerno.

Los helvecios ó esguízaros rigen y ordenan toda su milicia al són de un cuerno; el marchar, el hacer alto, el retirarse, el acometer, es todo al són de un cuerno; y débese creer que lo hacen por ser instrumento que los hombres nobles y claros de ingenio, tienen en mucho los cuernos y que sólo ellos conocen su valor, que aun entre la gente rústica y grosera se puede ver lo mismo. ¿No veis los labradores sacar las mañanas á apacentar los ganados al són del cuerno? Y ¿no vemos en tierra de Rioja, y en algunas aldeas de tierras de Sayago y de Campos, llamar al cabildo con un cuerno? Y ¿no veis los vaqueros del campo de Alcudia, cómo se entienden con su ganado al són de un cuerno? Mirad sin son avisados y maliciosos los villanos, y si entienden también como nosotros de qué quilates sea el valor del cuerno, que

viendo que no los pueden tener, ni sus mujeres, por ser necios, no quieren dispensar con ellos, para que sean cornudos como la demás gente honrada; y cómo algunos de ellos, echando un cuerno en alto y dejándolo caer en el suelo, se rien y huelgan y se burlan mucho de aquel hacia quien se vuelva la punta del cuerno, pareciéndoles que lo mira como enemigo, y que le vuelve la punta como al más inmérito, puesto que ya por nuestros pecados y por andar los cuernos tan comunes como la seda, que también se precian los villanos de cornudos y se pican dello como la gente noble: Dios se lo perdone á los curas de las aldeas, que han dispensado con ellos para que lo puedan ser. ¿Pensais que no tiene misterio aquella injuria que se hacen los unos á los otros, echándose de noche á la puerta los cuernos? Sabed que es uno de los delicados puntos que pueden ser; porque, sabiendo el villano que á otro quiere mal, luego le llama cornudo; habiendo su mujer también dispensado con él, se los echan de noche á la puerta, para reprehender secretamente su descuido y su ignorancia. ¿Sabeis en cuánto son tenidos entre villanos los cornudos? Que si uno sabe de otro que se los ha puesto, dará el alma al diablo por ponérselos al que se los puso, para pagarle en la misma moneda la misma cortesía: y de aquí vino el refrán de *Tornacuernos*, tan usado en todas las partes del mundo.

Los animales brutos sin sentido y sin alguna lumbre de razón (digo de aquellos que tienen cuernos), ¿no sabeis que se dejan atar y tomar por ellos? ¿Quién se pu

diera valer con un toro si no le ataran los cuernos? ¿Quién le haría sufrir á los bueyes el trabajo sin yugo y si no les ataran los cuernos? Oí decir que antiguamente se usaba y se ataban los hombres por los cuernos como los bueyes, hasta que, como he dicho, se los quitó Júpiter y que preguntándoles después cómo quería que se apremiasen de allí adelante los hombres, habiéndoles quitado los cuernos, respondió Júpiter: *al buey por el cuerno y al hombre por la palabra*: lo cual ha quedado como ley universal hasta nuestros tiempos. Estas uñas que naturaleza dió á algunos animales á quien quitó los cuernos, y los picos de las aves, ¿no vemos claro que son hechos de cuernos, y que de allí les viene la fortaleza de ellos y de ellas? Sabemos que se dice comunmente *pico de cuerno*; no sé si me engaño, mas para mí creído tengo que las primeras aves y los primeros animales no los tenían, como vemos que no los tienen hoy las monas y los murciélagos, sino que después de hecha y estirpada del mundo la primera generación de los hombres, pareciéndole á Júpiter que no sería bien que se perdiese la materia, ya que se perdía la forma de los cuernos, hizo de ellos picos y uñas, para que hiciesen fe cuáles habían sido los cuernos en la primera generación antes del diluvio. ¿Quién hay que haya sido cazador que no sepa lo que ahora diré? y es que, entre otras cosas excelentes que se notan de los canes, es una estimación grande que hacen de los cuernos, y lo que se regucijan con ellos, tanto que en oyendo sonar un cuer-

no, vereis todos los perros á la redonda correr, saltar y regucijarse, haciendo un cierto contento diferente del que suelen hacer de ordinario.

Paréceme que de lo que he dicho quedará razonablemente probado el origen, la antigüedad, el uso y la autoridad de los cuernos. Queda ahora que diga algo de las virtudes que tienen y de sus propriedades, y las cosas que se hacen dellos.

En lo que toca á las virtudes, ¿quién no sabe que el olor del cuerno de ciervo quemado hace huir las culebras, y el polvo del mismo cuerno, para el estómago y para el mal del corazón; y los perros mordidos de víboras sanan con los polvos de los cuernos del ciervo, y esto hacen los cazadores punzando las mordiduras con un gancho de los cuernos del ciervo?

¿Quién hay que no sepa la virtud maravillosa del cuerno del unicornio? El cual es contra todo género de ponzoña: tanto que se escribe dél que los otros animales no osan á beber dél agua hasta que llega el unicornio y suelta primero el cuerno en el agua, asegurándoles del veneno; que por natural instinto conocen la virtud del cuerno.

¡Cuántas viejas ensalmadoras se conocen cada día por estas aldeas, que no osarían á ensalmar á ninguno, ni pensarían que les puede aprovechar el ensalmo, si no tienen en la mano un cuchillo que tenga los cabos de cuernos? Piensan, por dicha, que consiste la virtud en el acero ó en el hierro del cuchillo; y no aciertan, porque,

si así fuese, el mismo efeto harían unas tixeras ú otro cualquier hierro; sino que es en virtud particular del cuerno, que ellas mejor conocen, por ser las más de ellas lapidarias, herbolarias y hechiceras.

En el reino de Aragón hay una suerte de vino que llaman malvasía, el cual es el mejor de aquel reino; y sabido el secreto es que cuando plantan aquellas viñas, entierran al pie de cada cepa un cuerno, y esto los mayores que hallan, y tiénese por averiguado de la experiencia que la virtud de los cuernos hace tan excelente aquel vino, que si no se los pusiesen como se los ponen, aunque fuese de aquel mesmo género de vides, y en una mesma tierra, que el vino no sería tal como es el que le ponen cuernos.

Son los cuernos de estos animales significadores de buenos agüeros, y á los caminantes, de buenas posadas, como lo sabrán mejor los que hubiesen caminado por Francia, Alemania y Flandes, donde en las insignias de muchas hosterías y mesones, sirven cuernos pintados de muchas maneras con letras que dicen: «En los cuernos de oro hay buena posada», y «En los cuernos de plata» y «En los cuernos del ciervo hay buena posada.»

¿No sabeis que en los cuernos de los animales se conoce el bien ó el mal? Después de esto, ¿dónde nace la templanza del aire y la bondad de la tierra? De tal manera, que donde los cuernos de los animales fuesen más grandes cada uno en su especie, allí es señal manifiesta ser el aire más templado, y el clima más bien dispuesto,

y la tierra más fértil: de donde tomó fundamento el proverbio que dice *el buey chico en el cuerno crece*, para mostrar que si el aire es templado, puesto que el animal sea pequeño, no por eso dejará de tener los cuernos grandes, porque provee naturaleza en lo principal, aunque falte en lo que menos importa.

Los años de los bueyes, en muchas partes he yo visto hacerse juicio de ellos por las rayas de los cuernos. Pues ¿quién no sabe que el sonido del cuerno tiene virtud para regucijar al cazador, á los perros, y atemoriza las fieras?

Acuérdome haber leído (entre otras virtudes casi infinitas que los cuernos tienen) que barrenándoles á los carneros el cuerno izquierdo, engendran macho; y barrenándoles, el derecho, engendran hembras; y que barrenándoselos ambos junto á los oídos, no hacen casta, por lo cual creo sin duda que el no parir algunas mujeres mozas y hermosas que vemos, que deben tener sus maridos barrenados los cuernos junto á los oidos y no por la extremada lujuria de ellas ni por otras razones frías y de poco fundamento que alegó Galeno y otros matasanos.

Aristóteles que también inquirió y quiso saber las virtudes de los cuernos, como de todas las cosas naturales, dice en el libro de la generación de los animales que todos aquellos que tienen cuernos carecen de dientes: creo que fué porque la sabia naturaleza vido que era demasiado tener dientes y cuernos. Pero siendo

tan amiga del hombre, quiso que solo gozase este favor.

Otra virtud maravillosa me acuerdo ansímismo haber leído, y es que en tierra donde no hay cañas, si quieren que las haya, siembren cuernos; y enterrándolos, nacerán hermosas cañas. Y sola esta virtud debía de bastar para confusión de un amigo mío y para probarle cuán mal lo ha hecho en haberse desenterrado los cuernos y cuán mejor le fuera tenerlos enterrados: que según eran muchos y grandes, si los dejara estar así, fuera posible que tuviese ahora un cañaveral que le valiera junto más que el haberlos descubierto.

Querría decir todas las cosas para que son buenos y las que se hacen de ellos; pero no sé por qué les comience, cuando acabe. ¿Quién creerá hayan hecho y que hagan cada día grandes príncipes y prelados y hombres muy principales? Ni tampoco quieren creer que los cuernos hayan sido autores de grandes mayorazgos, de preeminentes dignidades y de cargos y oficios honrosos. Y con todo esto, es así verdad. Y no quiero alegaros á Salomón, hecho de los cuernos de Urías; ni traeros ninguno de los ejemplos antiguos, por no cansaros, ni de los modernos, por ser tan conocidos. Solamente diré que de cuernos se hizo Alejandro Magno monarca del mundo entre los antiguos; y de cuernos, entre los modernos, se hizo otro Alexandre, ó, á lo menos, por los de un cuñado suyo.

De los cuernos de su marido hizo una mujer que yo conozco un dón que le dió hasta calidad entre las de su

manera, puesto que el maligno del Provincial dijo que no; sino que lo había sacado de sus espaldas, como narices de brazo, por negros azotes que le dieron un día, harto contra su voluntad.

De cuerno se hacen linternas, cabos de cuchillos, cabos de puñales, regatones de lanzas, de dardos y de armaduras de camas, cabos de azagayas y extremos de otras mil cosas; que, por ser, como son, extremadas, antes se hacen de cuernos que de oro. De cuernos se hacen cucharas, alcuzas de pastores, y arcos, calzadores, tinteros, botones, antojos, salvaderas, pimenteros, frascos y bujetas.

Con cuernos he visto en Madrid armar á milanos y tomarlos harto graciosamente; y no quiero decir cómo, porque no se le antoje á algún cornudo armar á alguno con los suyos, á riesgo de que se los lleve algún milano por ahí adelante; que á causa del luengo uso, parecería después al diablo con cuernos.

Los canarios solían labrar y cultivar la tierra con cuernos y de ellos hacían sus rejas, azadas y todos los otros instrumentos del campo, que nosotros hacemos de hierro, y así lo testifican aquellos que en nuestros tiempos los conquistaron; y creo para mí que de aquí fueron llamadas aquellas islas *fortunadas*, por la abundancia de los cuernos y la grandeza y provecho dellos.

Con polvos de cuerno se afina y funde la plata; de cuernos se hacen los colodros y bebederos de pájaros; con un cuerno guardan los cocineros los asadores, para

que ni hagan ni reciban daño, cuando caminan; y con un cuerno defienden los labradores sus arados que no se les rocen cuando vuelven á sus casas; con cuernos hacen los hortelanos sus espantajos, y puestos en los naranjos ó otros árboles, defienden no suban las hormigas á las ramas y fruta; de cuernos se hacen las espeteras en Alemania, y aun en Sierra-Morena; un cuerno sirve de orinal á algunos oficiales en sus tiendas; cuernos en muchas partes sirven de argollas para atar los caballos. Un cuerno sirve de instrumento á un albeitar para purgar un caballo, para limpiarle las ranillas y para sacarle los tolanos; con un cuerno se tira y se calza una bota y un borceguí muy justo; con un cuerno hacen estar quedos á los más bravos y feroces caballos; un cuerno sirve á los villanos de mira cuando juegan al mojón: de un cuerno se hacen nueces de ballesta, frascos y frasquillos para arcabuces, bocas y llaves de botas para vino; en cuernos se guarda y conserva el algalia; en un cuerno traen los pastores la miera con que curan el ganado.

Son, en suma, los cuernos de tanto valor y dignidad, que muchos tomaron denominación y quisieron descender de ellos, y así como todos los emperadores de Julio César se llamaron césares, y así como algunos romanos famosos tomaron denominación de algunas cosas, como los Fabios de las habas, los Léntulos de las lentejas, los Cicerones de los garbanzos, los Sabinos de los árboles deste nombre, llamados sabinos, los Papinianos del pa-

pel y otros de otras cosas, así de los cuernos se derivaron las cornerinas ó corniolas, Corneta, ciudad muy antigua en tierra de Roma; y Cornilán, aldea de ginoveses.

De cornio, ó cuerno se derivó el cornu-copia de Ceres, los Cornelios y Cornelias romanos, los Cornieles y Corneles aragoneses y los de Cornete catalanes. De cuernos se derivó el unicornio, Cornejas, y Cornuallas, y Cornilias, provincias en el reino de Ingalaterra, de donde se saca el mejor estaño del mundo; y puesto que esta provincia sea al presente sujeta al reino de Ingalaterra, en otro tiempo fué reino de por sí y el reino y rey solían traer por armas, en campo azul, tres cuernos grandes de oro. Mirad si en aquel tiempo eran estimados los cuernos.

De cuerno era coronada la cornamusa, corneta, carnera, carnices y corniçones y cornilles.

En los ojos de los hombres dice Aristóteles que hay cuatro telas diferentes, de donde viene que los ojos asimesmo sean de diferentes colores, y estos cuatro, á la una, llaman hoy los filósofos y los médicos de la córnea ó por la derivación ó por la similitud de los cuernos.

De cuernos se dijo *cornudo*, que es el punto principal desta paradoja; y de cornudo han derivado los de Madrid entre nuestras casadas con cierta lengua nueva que ha descubierto el Marqués del Valle, que tiene en Nueva España un muy buen valle y lugar que llaman Cuerna-vaca, sobre el cual se vió un pleito con uno de

los mayores cornudos que hay de aquí allá, y creo que el mejor derecho que éste tenía al lugar eran sus propios cuernos, puesto que parecía disparate á quien no sabía también como yó esta historia; bastaría que el Marqués se quiso concertar con él y darle la mitad del lugar, con este partido: que, pues el lugar se llamaba Cuerna-vaca, él tomáse para sí los cuernos, y para el Marqués la vaca; y contentárase de la partición el pobre gentil hombre, sino que su mujer jamás lo quiso consentir, ni se pudo acabar con ella, diciendo que *cuernos por cuernos, Valladolid en Castilla,* y que por la vaca lo había ella, que no por los cuernos, teniéndolos sembrados por su casa. Pero tiempo es ya que salgamos á lo largo: no quiero recitar más historias antiguas, ni fábulas postizas, ni invenciones fantásticas: no es bien que la tierra de los loores que he dicho me tenga tanto tiempo ocupado; antes quiero meterme en el golfo de los verdaderos cuernos y dejando de alabar más lo que de sí es tan alabado, trataré en especie de sólos los cuernos de los hombres.

Sepamos: ¿por qué se tiene por afrenta ser un hombre cornudo? ¿Con cuánta autoridad reprobamos los cuernos? ¿Qué ley hay escrita que condene por infame á ninguno cornudo? En, las divinas yo sé que no se hallará tal cosa, ni en la ley vieja, ni en la nueva; y sino hubiera dicho atrás que no quería (ni es bien mezclar lo sacro con lo profano), yo supiera decir lo que respondió Nuestro Señor á aquellos que acusaban una pobre mujer por-

que había puesto los cuernos á su marido, como si lo hubiera muerto, y algunas otras cosas á este propósito.

Pero tornando al mío, si las leyes humanas miramos, veráse que á solas las mujeres castigan; y no se verá que por adulterio de la mujer quede el marido infamado, ni que deje de ser tan honrado siendo cornudo, como lo era antes que lo fuese, cuanto más que esta severidad y esta aspereza que las leyes muestran en este caso contra las mujeres, se podría razonablemente estorbar y reprobar, según la opinión de una dama harto hermosa que yo conocí, por haber sido invención de bachilleres, viejos, caducos, impotentes y aun ignorantes (1); los cuales siendo casados con mujeres mozas, como se suelen casar los más de ellos, hallándose mal aparejados á pagar la

---

(1) En el códice colombino se lee la siguiente nota, de letra más moderna que el texto:

«Esta dama hermosa, sin duda, es aquella Laronia que entroduce Juvenal en la sátira 2 contra estos severos censores. Y si de aquí no tomó el pensamiento el autor de esta paradoja, autoriza mucho el suyo Juvenal en dicha sátira, donde dice lindas cosas contra estos severos é hipócritas censores de las mujeres. Y entre otras:

RESPICE PRIMUM

Et scrutare viros: faciunt hi plura, sed illos
Defendit numerus, iunctæque umbone phalanges.
Magna inter molleis concordia, etc.

Y más abajo:

De nobis post hæc tristis sententia fertur;
Dat veniam corvis, vexat censura columbas.

deuda del matrimonio, y recelándose de esta causa de cornucopia, ordenaron apasionadamente estas leyes tan injustas y tan inhumanas contra las pobres mujeres, para refrenarlas con el temor de la pena y hacerlas contentarse con sólo el pan de casa. ¿Quién duda que si los primeros legisladores fueran mujeres como fueron hombres, que las leyes en esto fueran todas diferentes de lo que son? Y no quisieran que fueran mujeres, sino hombres; con que fueron mozos robustos y bien dispuestos, yo creo que fueran las leyes más moderadas y más piadosas; juzguémoslo desapasionadamente y veráse que es ansí lo que digo. Mas no es éste el mayor inconveniente: el mal es que la invidia del demonio y la ambición y maldad de los hombres han introducido en diversos tiempos diversas costumbres, hermoseándolas con ciertas falsas apariencias, para que con más facilidad fuesen administradas, como la honra, la fama, la gloria del mundo, el encerramiento de las mujeres, el celo de los hombres y otras diversas cosas con las cuales, debajo del color de una cierta virtud, nos engañamos y nos dejamos facilmente persuadir. Sábese que, en aquella primera rusticidad de los hombres primeros, no solamente las cosas exteriores y adquiridas eran comunes, mas aun las propias mujeres, ni más ni menos.

Y el César, cuando la primera vez pasó en Ingalaterra, según escribe, aún duraba en la mayor parte de aquella isla esta buena costumbre, que se juntaban quince y veinte maridos con sus mujeres á vivir de compa-

ñía y de tal manera vivían, que cada una de las mujeres era mujer de todos ellos, y cada uno de ellos era marido de todas ellas, sin que por eso hobiese jamás celos ni enojo alguno entre ellos; y cuanto á la generación, tenían entendido que el hijo era de aquel que primero tuvo participación con la madre. Entonces sí que eran estimados los cuernos y tenidos en lo que ellos merecen, y no ahora, que la maldad con la ignorancia de los hombres (como ya tengo dicho) han hecho caso de honra de aquéllo que, si bien lo entendiésemos, más nos debíamos de afrentar y avergonzar: y en efeto, ¿cuál mayor vergüenza ni cual infamia mayor que tener el hombre alguna cosa la cual quisiera para sí solo, y que sea tan avaro de ella, que, pudiéndolo hacer, no la comunique á nadie? Y tanto más de aquellas cosas que ni por guardarlas mucho, ni disminuyen ninguna cosa, como es la mujer, y por el contrario, ¿cuál puede ser mayor liberalidad que tener el hombre una mujer hermosa cudiciada de muchos y comunicarla con todos, dándoles la misma parte de ella que él tomaría para sí?

Bien hayan los ginoveses, que, entendiendo esto como se debe entender, van por el mundo á hacer sus negocios, dejando á sus mujeres en entera libertad para poder hacer de sí lo que quisieren; y estando presentes, no se avergüenzan ni se tiene por mal que tenga cada una su galán, como ellos los llevan para suplir las faltas de la mujer, bastándoles para todo la generación, como á los ingleses, que el hijo nazca en casa, para que se eu-

tienda que es del marido y se halla por habil aunque esté el marido ausente; y es tan común y tan ordinario entre ellos, que ninguno que tenga seso osaría á llamar á otro cornudo por afrentarle; así porque, como dije, no se tiene por afrenta: porque, como entre todos ellos, de cornudo ó hijo de cornudo, *nemo est qui se abscondat.*

Uxorem qui ducit mecham in vertice portat
Cornu unum: qui scit disimulate duo:
Qui videt, et patitur tria gestat: quatuor ille
Qui ducit nitidos ad sua tecta Prochos
Et qui non credit hoc etiam se in ordine para
Credit et uxori cornua quinque gesit.



Apéndices



I.

Poesías de Vadillo

Entre todos los poetas contemporáneos y amigos de Cetina, distínguese Vadillo por el sentidísimo soneto, copiado en la *Introducción.* que le inspiró la muerte de *Vandalio.* No nos ha sido posible adquirir noticia alguna de su vida;. ni siquiera hemos podido comprobar si el poeta y el J. de Vadillo de quien se conserva en la Biblioteca Nacional (Q. 83,) una *Oración latina en alabanza de Ciudad-Real, su patria*, ms. fechado en 1577, son una misma persona.

Sus obras están contenidas en los siguientes códices:

I. Biblioteca Nacional, M. 268, ó sea el curiosísimo cancionero *Flores de varia poesía &*, recopilado en Méjico en 1577, y que se describe con el número II entre los mss. que contienen poesías de Cetina. (1)

(1) El mal estado de este interesante ms. ha obligado á hacer una fiel copia, que se guarda en la misma Biblioteca, registrada V. 366, á la cual nos referimos.

II. Biblioteca Nacional, M. 381, descrito con el número VIII entre los ya citados.

III. *Libello en el qual han escrito muchos Señores, admirables discursos sobre la differencia que ay del amor al desseo*, ms. de la Biblioteca del Excmo. Sr. Duque de T'Serclaes, en Sevilla.

Excepción hecha del soneto XVIII, dedicado á la muerte de Cetina, creemos inéditas las demás composiciones de este petrarquista.

SONETOS

I.

(B. N.,-M. 381, fol. 208)

DE LA HISTORIA DE NARCISO

Á las ninfas Narciso enamoraba
Por sola su hermosura y gallardía,
Y cada cual en fuego vivo ardía,
Y á él ninguna dellas le agradaba.
Eco sobre las otras más le amaba,
Y por él á la postre se moría,
Y aunque deseaba hablalle, no podía,
Porque á la triste la habla le faltaba.

Él desdeñoso, acaso fatigado
De cazar, se llegó á una fuente un día,
Donde su rostro vió, que no debiera.
Y en pena, de sí mismo enamorado,
Un abrazo á sí mismo se pedía,
Y temiéndose á sí, por sí muriera.

II.

(B. N.,-M. 381, fol. 206 vto.)

CONTRA CUPIDO (1)

Amor, yo os juro á Dios que si os cogiese
En parte donde nadie me estorbase,
Que yo hiciera que se os acordase
De mí cuanto la vida en vos viviese.

---

(1) El soneto XXX de este apéndice es continuación del presente. Uno y otro recuerdan aquella donosísima oda en sáficos-adónicos del festivo Baltasar de Alcázar, que dice así:

AL AMOR

Suelta la venda, sucio y asqueroso,
Lava los ojos llenos de legañas,
Cubre las carnes y lugares feos,
Hijo de Venus.

Deja las alas, las doradas flechas,
Arco y aljaba y el ardiente fuego,
Para que en falta tuya lo gobierne
Hombre de seso.

Yo os prometo, rapaz, que no me viese
Vengado, si la flecha no os quebrase,
Y sin que por la greña os apañase
Y á azotes con la mano os deshiciese.

Muchacho mal mirado, en hora mala
Para vos presumís andar tirando
Saeta que do acierta se señala.

Rapaz, desnudo, ciego, á fe que cuando
Os coja sin padrinos en mi sala,
Á la madre no os vais de mí alabando.

Cuando tu madre se sintiere d' esto,
Puedes decille que como á muchacho
Loco, atrevido, vano, antojadizo,
No te queremos;

Y que, pues tiene de quien ella sabe,
Mil Cupidillos, que nos dé, de tantos,
Uno que rija su amoroso imperio,
Menos infame.

Tú, miserable, viéndote sin honra,
Vuélvete á casa de tu bella madre,
Porque te vista: que andas deshonesto,
Pícaro hacho.

Ponlo por obra, porque no me hagas
Que ande el azote; mas, si no me engaño,
De estos azotes y aun de mí te ríes,
Fiero tirano.

III.

(B. N.,-V. 366. fol. 70 vto.)

Aquí al vivo se ve el sagrado coro
De Gracias que robaron mis despojos;
Vense dos soles claros en sus ojos,
Á quien me inclino humilde y los adoro.
El cabello encrespado de fino oro,
Que en gloria volvería mil enojos,
Aquí se ha de enlazar, con que á manojos
Enriquezca de amor el gran tesoro.
La blanca y viva nieve matizada
Del púrpureo color de fina rosa,
Aquí se ha de templar para mi gloria.
Aquí la diestra mano delicada
Compone el sutil velo, deseosa
De renovar en mi alma la victoria.

IV.

(B. N.,-V. 366. fol. 147 vto.)

Arde de mí la más ilustre parte
De un tan ardiente y encendido fuego,
Que no hay descanso al alma ni sosiego,
Sino el tiempo que empleo en contemplarte.
Y tanta gloria siento de mirarte,

Que el mortal sentimiento pierdo luego,
El uso, el apetito torpe y ciego,
Rendido á la razón de bien amarte.
Y como el alma tanto se levanta,
Haciendo mil ventajas de nobleza
Al bajo, vil, mortal, corpóreo velo,
No sufro, aunque la llama en que arde es tanta,
Menoscabar un punto su fiereza:
Ella sola es la que arde; el cuerpo, un yelo.

V.

(B. N.—M. 381, fol. 205.)

Ausencia, que de Amor es enemiga,
En esta ausencia hanse concertado;
Que, siendo diferentes, se han juntado
Y entrambos contra mí hicieron liga.
Ved cómo ha de faltar quien me persiga,
Si con lo que otros mil diz que han sanado,
No sólo no me sana, mas doblado
Mi mal en esta ausencia me fatiga.
Los amores que matan las ausencias
Físicos eran ya, determinados,
Por falta de virtud se consumiera. *(sic)*
Y hacían en su pecho intercadencias;
Ya buscaban salida á sus cuidados
Y de otro achaque..... quizá muriera. *(sic)*

VI.

(B. N.,-M. 381, fol. 207 vto.)

Crüel y en crüeldad más porfiada
Que el río con su corriente y más temosa,
Más dorada que el sol y más hermosa,
Más brava que la víbora pisada;
Más dura que hermosa y más amada
De mí que yo, ó más linda y graciosa: *(sic)*
No se si te compare, porque cosa
Fuera de tí no es bien ser comparada.
Cual es tu hermosura es tu valor;
Conforme á tu valor, tu honestidad;
Cual tu merecimiento, tal mi amor;
Como mi amor, tal es tu crüeldad;
Cual es tu crüeldad, tal mi dolor;
Y todo se midió á mi voluntad.

VII.

(B. N.—V. 366. fol. 71 vto.)

Cual en alpina cumbre hermosa planta,
Rica de flor y fruto, sombra y hoja,
Que el alto monte pasa y se le antoja
Tocar al cielo, tanto se levanta;
De la soberbia gloria y honra tanta
Con que adornaba el Alpe, si se enoja

El impetuoso Bóreas la despoja,
La esparce por el suelo y la quebranta,
Tal de una tempestuosa noche obscura,
Que el alma de pensarlo huye y se asombra
Medrosa de tal golpe, el viento airado
Echó por tierra toda la verdura
Del ramo do esperé ser coronado
Y defraudóme de la fruta y sombra.

VIII.

(B. N.—V. 366, fol. 122 vto.)

Cual sale por abril la blanca aurora
Toda en fuego encendida, matizando
El cielo de colores, y alegrando
La gente que entre el Tajo y Ebro mora,
Tal esta ninfa, que mi alma adora,
Al mostrar dulce rostro, tierno y blando,
La tierra, cielo y mar va hermoseando
Y cuantas almas ve las enamora.
La blanca nieve y colorada rosa
Perlas, rubís......... .... marfil y oro
Adornan esta siempreviva hermosa.
Cara prenda de amor, rico tesoro,
Imagen en que Dios, sin faltar cosa,
Al vivo dibujó el supremo coro.

IX.

(B. N.,-M. 381, fol. 207.)

Dentro de mi alma tengo un aposento
Que sólo para vos fué edificado;
Nadie en él sino vos jamás ha entrado,
Ni piense entrar con mi consentimiento.
De puro amor es hecho su cimiento;
Amor es cuanto en él está labrado;
Cuando huís vos dél está cerrado;
Cosa que no sea vos no la consiento.
Si por dicha volveis á él algún día,
Sabed que le hallaréis cual le dejastes,
Y aun quizá con alguna mejoría.
Y el acordaros de que me agraviastes
Tan sin razón, esta voluntad mía
Hará que enmendeis lo que faltastes.

X.

(B N.,-M. 381, fol. 207.)

¿Dónde se van los ojos que traían
De sí los de mi alma tan asidos,
Juntamente con todos mis sentidos,
Á donde quiera que ellos se volvían?
Ellos sanaban cuanto adolecían,

Consolaban mis cantos doloridos,
Pues ¿cómo viviré, siendo partidos,
Faltándome aquel bien que me hacían?
En su vista mi vida se esforzaba,
Y allí mi corazón se sostenía,
Y dejaba sus males olvidados.
Dellos salía lumbre que alumbraba
Las escuras tinieblas do me via,
Mas presto los veré de mí apartados.

XI.

(B. N.-M. 381, fól. 208 vto.)

A LOS DOS TIRANOS AMOR Y MUERTE

En un camino llano y espacioso
El Amor y la Muerte se encontraron,
Donde con feas palabras se hablaron,
Mostrando cada cual ser valeroso.
Y á un asalto crudo y muy furioso
Entrambos á la par se desecharon,
Y de sus fuertes armas bien se armaron,
Pensando cada cual ser victorioso.
La Muerte puso mano á su guadaña
Y va contra el Amor muy poderosa,
El cuál su arco fuerte coge y calla.
Y poco le valió su fuerza y maña:
Que la hirió de muerte el niño hermoso;
Que no le valió arnés, ni fuerte malla.

XII.

Es el amor gozar lo que ha costado
Muy caro de alcanzar y pretendello,
Y el verdadero amor es poseello
Y conservarse en tal felice estado.
Es al deseo caso reservado
Amor, pues que no puede amar aquello
Que ni tiene ni puede gozar dello;
Que amar y desear es excusado.
Puedo tener la cosa y no querella;
Pero no puedo amar lo que no tengo,
Ni puedo desear lo que poseo.
Amor se llamará al poseella,
Y al desear deseo, pues no tengo
Amor á aquella cosa que deseo. (1)

XIII.

(B. N.-Y. 366, fól. 168 vto.)

Hermosos ojos cuya luz tan clara
Excede el resplandor de mediodía,
Angélica beldad de quien podría

(1) Se encuentra este soneto en un Cancionero ms., que posee mi buen amigo el Excmo. Sr. Duque de T'Serclaes, y que se titula «*Libello en el qual han escrito muchos Señores admirables discursos sobre la differencia que ay del amor al desseo.*

Natura dibujar su rostro y cara;
Divina gracia y hermosura cara
Dignísima de la alta hierarchía,
Aquesta mísera alma, ¿qué valdría
Si acaso un bien tan alto no mirara?
Si muere, morirá con honra tanta
Cuanta nadie alcanzó, pues es por verte
Dichoso tal morir y tal ventura.
Toma el cuchillo, cata la garganta;
No me tengas envidia de mi muerte:
Igual será mi gloria á tu hermosura.

XIV.

(B. N.-V. 366, fol. 148 vto.)

Llorad, ojos ausentes; llorad tanto
El destierro y dolor que el alma siente,
Que, aunque es fiero y mortal el accidente,
Venga igualando á la ocasión el llanto.
Llorad, pues, ojos tristes, entretanto,
Que lágrimas no faltan en su fuente;
Después nuevo licor de fuego ardiente
Llorareis, en señal de mi quebranto.
Tarde vendrá á faltar este elemento;
Que Amor, cuando templó mi compostura,
De agua puso una parte y diez de fuego.
Llorad, pues, ojos, vuestra desventura

Con larga vena, cual es el tormento:
Llorando acabareis vosotros luego.

XV.

(B. N.—V. 366, fol. 147.)

Mientras la fuerza de mi desventura,
Con presto paso, en largo apartamiento
De vos me tiene, con el pensamiento
Procuro contemplaros la figura.
Pero de vuestros ojos la luz pura
Tanto viene á ofuscar mi entendimiento,
Que, por más que al pensar estoy atento,
No puedo trasladar vuestra hermosura.
Que ni vista mortal puede, si os mira,
Tal resplandor sufrir, ni, si os contempla,
El alma ve cumplido su deseo.
Nuevo monstruo en Amor, que al mundo admira,
Que de lejos y cerca me contempla:
La sombra ó la verdad si os pienso creo. *(sic)*

XVI.

(B. N.—V. 366, fol. 209 vto.)

Mil veces he tratado de hablaros
Y cuantas os he visto enmudezco,

Y como el mal .... padezco,
Conmigo.................................. (1)
Pero en balde procuro estos reparos,
Que poco en mi osadía permanezco;
Y es tanto lo que en miembros enflaquezco,
Que vengo á arrepentirme de miraros.
Dame para decir atrevimiento
Amor, y me importuna que os lo diga;
Después lo veo estar de vuestra parte.
Hace conmigo Amor, en mi tormento,
Como falso abogado, que litiga
Y por el que demanda y reo departe.

XVII.

(B. N.—M. 381, fol. 207.)

Mil lazos he rompido de aquel ciego
Amor, y de mil redes me he librado;
Mil dardos en mi pecho ha despuntado,
Quedando libre, sano y con sosiego;
Mil veces sin lesión de enmedio el fuego
Salido me he con paso sosegado;
Mil veces por burlarme se ha burlado;
Tratado fué de mí con burla y juego.
Razón me socorría de tal arte

---

(1) Falta en el original.

Con estos pasos, que por fácil vía
Siempre llevé la palma desta guerra.
   Mas él se ha vuelto ya á vuestra parte,
Que puedo yo hacer, Señora mía,
Sino rendirme á vos pecho por tierra.

XVIII.

(B. N.—M, 381, fol. 209.)

AL AMOR

   No hay torre tan alta ni guardada
Que á Amor no le sea fácil la subida,
Ni senda en que Amor no halle salida
Por áspera que sea y muy cerrada.
   No hay quien contra Amor alce la espada,
Que Amor de lejos dá muy gran herida:
Toda fuerza al Amor está rendida,
Toda dificultad está allanada.
   Osado hace Amor lo que es medroso;
Lo suplico *(sic)* discreto y cortesano,
Y Amor hace lo feo ser hermoso;
   Lo más alto reduce al suelo llano.
En fin: vemos ser fácil y honroso
En todo cuanto Amor pone la mano.

XIX.

(B. N.-M. 381. fol. 207).

CONTRA CUPIDO

¡Oh cuerpo, hora de Dios, con el suzuelo
Muchacho, pobre, ciego y atrevido!
Con todo el mundo sois descomedido:
Yo os voto, pues, á Dios, don merdozuelo.
Habeisme hecho entender que sois del cielo,
Y sois un rapacillo fementido:
Á nadie no cumplís lo prometido;
Yo os juro que si os cojo acá en el suelo
. . . .
. . . .
. . . . (1)
Pese ahora á tal con vuestra vida
Y con el hi de puta que la quiere,
Y quiere, Amor, teneros por amigo.

XX.

(B. N.-V. 366. fol. 167.)

Oh de vara virtud y beldad rara,
Nuevo ejemplo en el mundo y fiel treslado

(1) Falta en el códice este terceto.

De cuanto encubre el cielo y nos ha dado
Sin que enmendarle pueda invidia avara.
La honestidad florece, y se repara
Por tí la edad presente y lo pasado
Tu das la luz al sol y al día nublado
Con la gloria de tu hermosa cara.
La blanca nieve y rosa matutina,
El puro marmol que al marfil excede,
De tu hermosura son las menos parte.
Rayo gentil de la bondad divina,
En tí se muestra claro cuanto puede
El cielo, ingenio, la natura y arte.

XXI.

(B. N.-M. 381. fol. 205 vto.)

Á una dama que se estaba peinando á una ventana.

Peinando está Diana sus cabellos,
Y á su querido Febo le decía,
Pues rodeaba el mundo cada día,
Si había visto algunos como aquellos.
Tras esto luego hizo trenza de ellos
De tal color, que al oro obscurecía;
Mas viendo á Febo que no respondía,
Con rabia comenzó á descomponellos,
Diciendo: «Pues que tarda tu respuesta,

Por la laguna Stigia te conjuro
Que me digas verdad», dijo Diana.
Respondió Febo: «Fuerte jura es esta,
Mas cierto son mejores, yo te juro,
Las que ayer ví peinar á una ventana.»

XXII.

(*B. N.-M. 381, fol. 200.*)

Á UNA DAMA RIGUROSA

Perfectísima muestra de belleza
En quien naturaleza milagrosa
Quiso estremar su mano poderosa,
Haciendo clara al mundo tu grandeza.
Sacad de vuestro pecho la dureza
De que estais siempre armada y rigurosa,
Que no conviene á dama tan hermosa
Esconder dentro en sí tanta dureza.
Espantado de ver tanta beldad,
Sorda á tan alto extremo la natura.
Con envidia lo hizo, según creo.
El dotarte de tanta crueldad
Por quitarle el lustre á la hermosura,
Quitando la esperanza á mi deseo.

XXIII.

(B. N.-M. 381, fol. 208.)

Á UN RETRATO

Retrato que en mi alma ya yo os vía
Harto más propio que la tabla veo,
Pues quien en mí os pintó fué mi deseo,
Pintor que en esto á Apéles excedía.
Contemplando os estoy la noche y día
Y en esto solo tanto me recreo,
Que esta contemplación es la que creo
Que sustenta esta triste vida mía.
Juraría que estoy con vos hablando,
Y el rato que me dura esta materia
Cuento por rato bienaventurado.
Mas si de esto me voy desengañando,
Amor entonces sus saetas tira *(sic)*
Y acierta siempre do jamás ha errado:

XXIV.

(B. N.-M. 381, fol. 207 vto.)

Riberas de una fuente deleitosa
Que entre verdes jazmines discurría,
Una ninfa hermosa estarse vía

Sacando una labor artificiosa
Con una mano, en tanto extremo hermosa,
Que á no ver que labrando se movía,
Tan blanca era que más se parecía
De alabastro ó cristal que de otra cosa.
Oh bella ninfa, que de amor pudieras
Enternecer los tigres de la Ircanía,
Decía un pastor de quien era asechada,
«No mires á tu mano soberana,
Que en ver belleza tal, temo que mueras
De tí, como Narciso, enamorada.»

XXV.

(B. N.- M. 381, fol. 206.)

Riberas de un dorado y manso río,
Cuando el hermoso Febo en Cancio estaba,
Ua pastora bella refrescaba
Su ganado del fuego del estío.
Llorando dice triste: «¡Ay!; que si al mío
Quisiera dar alivio aquel que amaba,
Mi duro y fuerte hado se acababa,
Mas ya de tanta gloria desconfío.
Porque ni en blanco mármol hay dureza,
Ni falta al pedernal tanta blandura,
Como el pastor traidor que así me tiene.
Desconocida alma, no seas dura;

Vuelve á mirar mi rostro y gentileza,
Pues con ellos .... con que pene.

XXVI.

(*B. N.-M. 381, fol. 209.*)

Á NUESTRA SEÑORA

Sol de quien es un rayo el sol del cielo,
Retrato de la misma hermosura,
Milagro de admirable compostura,
Suma de lo mejor que hay en el suelo,
Lustre de cuanto cubre el mortal velo,
Norte por quien se rige la ventura,
Luz que á lumbre soberana y pura,
Nos puede levantar con alto vuelo.
El que pensare ver vuestro retrato,
Procure para entrar en tal conquista
Del águila condal los ojos bellos,
Y aunque los tenga, mire con recato;
Que, para no cegarse con tal vista,
Aun no podrá hallar reparo en ellos.

XXVII

(*B. N.-M. 381, fol. 207.*)

Tras el arado y bueyes que á porfía
La mano en el estaba refirmada

Araba Filis una madrugada,
Ribera el Tajo, al despuntar del día.
Y al ayre los cabellos esparcía,
Y la cerviz de aljofar rodeada
Tan blanca era, rubia y colorada
Que el sol hiciera feo en demasía.
Acaso repastaba su ganado,
Vandalio, y al pasar vió la doncella,
Y tanto de su vista se enamora,
Que dice, en voz que el monte resonaba:
«Nunca vide aldeana tanto bella
Ni nunca ví tan bella labradora.»

XXVIII

(B. N.-M. 381. fol. 205.)

Á LA MUERTE DE CETINA

Vandalio, si la palma de amadores
Presumiste llevar, como has llevado,
Amando más que cuantos han amado,
¡Cómo podías morir sino de amores!
Tu dulce muerte lloran los pastores
Que por el patrio Betis traen ganado;
Yo me lamento y quejo mi hado,
Pues no me han dado muerte mis dolores.
Sino me faltó amar como tú amaste,

Ni sufrir los tormentos que sufriste,
Ni de celos rabiar como rabiastes;
Si en esto fui yo amante, cual lo fuiste,
¿Por qué en la muerte, dí, te aventajaste?
¿Faltóme á mí el sentir que tu sentiste?

XXIX.

(B. N.-M. 381, fol. 209.)

PINTURA DE UNA DAMA

Volvedle la blancura al azucena,
El purpúreo color á los rosales,
Y aquellos bellos ojos celestiales
Al cielo con la luz clara y serena.
Volved el canto dulce á la sirena,
Con que haceis su oficio en los mortales;
Volvedle los cabellos naturales
Al oro, pues salieron de su vena.
Á Venus le volved su gentileza,
Á Mercurio el hablar, de que es maestro,
Volved el velo á Diana, casta diosa.
Quitad de vos aquella misma alteza,
Y sólo quedareis con lo que es vuestro,
Que es ser crüel ingrata y desdeñosa.

XXX

(B. N.-M. 381, fol. 207.)

Á VENUS (1)

Y vos, Señora, madre del que digo
Yo os juro por las leyes del cuaderno
Que si os cogiese sola que el paterno
Amor no os defendiese del castigo.
Á fé que, aunque viniese vuestro amigo
Marte, ó aquel herrero del infierno,
Y aunque mostrareis vos el pecho tierno,
Que no librareis nada ya conmigo.
Andad así por donde os quemen luego
De mirto en los altares, aceitera,
Llevad con vos á vuestro niño ciego;
Que si con él os cojo, picotera,
Á el y á vos pretendo hacer jüego
Que las manos pongais en la mollera.

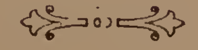


(1) Véase el soneto 2 de este Apéndice.

MADRIGAL

(B. N.,-V. 366, fol. 102.)

Hallé, tras largo tiempo, menos dura
La condición de Dórida terrible;
Hallé más apacible
Su angélico semblante y hermosura.
Afuera los suspiros y el lamento
Nacidos de tristeza,
Que mostraban certeza,
De mi cansada y enemiga vida;
Trocádose ha en placer mi descontento;
Ya la dura fiereza
Y la extraña crueza,
En Dórida no hallan acogida;
Mas, aunque se me muestre condolida,
No estoy seguro de lo que poseo,
Que más crece el deseo
Cuanto más la esperanza me asegura.



CANCIÓN

(B. N.,-V. 366, fol. 52.)

Guardaba una pastora congojosa
Su ganadillo encima una montaña
Más blanca que el cristal y más hermosa
Que el rubicundo albor de la mañana.
En atavío extraña,
Tan alta como un pino,
Con un aire divino,
Los ojos de Narciso, y la figura
De Venus, salvo que esta hermosura
Ninguno la gozaba, ni podía,
Sino un pastor que por grande ventura
Ella más que á sí misma lo quería.

Su bel Pastor estaba della ausente
Y ella se quejaba del ausencia,
Y yo que me hallé allí presente,
Por ver cómo lloraba su dolencia,
Aunque no en su presencia,
Los ojos y oido
Y todo mi sentido
Puesto á la parte do la voz salía

Tan triste que de un muerto parecía,
Á su llanto cruel y gran lamento
El mísero ganado no pacía,
Mirando de su dueño el sentimiento.

«Amor,—decía—ni de tí me quejo,
Ni puedo, que me diste más que quise;
Y si me vuelvo á otro y á tí dejo,
¿Á quién iré que de mi bien me avise?
¿Á quién que no me pise?
Pues tú solo me diste
Aquesta pena triste,
Ayuda á levantar mi gran caida,
Y no puedo culparte, no lo niego;
Mas yo, pues no eres sordo, á más te ruego
Que oigas esta triste y afligida
Y uses de piedad con mal tan ciego.»

»¿Por qué sufres, Amor, que esté apartada
Mi alma de su cuerpo sin la muerte,
Y en dos cuerpos un alma transformada?
¿Dos almas en un cuerpo desta suerte?
Si por mostrarte fuerte
Y que eres muy potente,
Pues milagrosamente
Obras, y entre nos está extendido
De cuánto poder seas, cuán temido,
Ya tienes bien probada tu intención,

Ningún honor conmigo has adquirido,
Que soy mujer de flaco corazón.»

»¡Oh sol, que resplandeces en el cielo
Y apacentaste en otra edad ganado,
Con tu compaña puesta en desconsuelo,
De día y noche siendo enamorado!
Si acaso lastimado
Estás de haber oido
Mi llanto dolorido,
Ocupe mi pasión tu claro gesto,
Y mira desde allá donde estás puesto;
Si vieres mi pastor, de parte mía
Salúdale y dirásle sólo aquesto:
Que yo sin él ni vivo ni querría.»

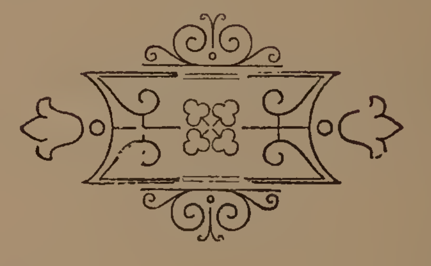
»Vosotras, ovejuelas que á mi quejas
Contino estais atentas, y mirando
Cerrais las bocas y abris las orejas
Mi pena sin pacer solemnizando,
Y ando yo cual ando,
Si algo se os alcanza
Perded el esperanza
De ser de mí, mezquina, ya guardadas.
Andad por esos riscos derramadas;
De mi teneis bien larga la licencia:
Adios, adios, quedad desamparadas
Que así me quedo yo con esta ausencia.»

»¡Oh claro cielo, que otro tiempo fuiste
Benigno y favorable á mí, cuitada,
Díme, ¿con tu tiniebla dó escondiste
Mi vida, mi salud y vida amada?
¡Oh triste desdichada!
¿Qué causa le detiene
Y cómo no se viene?
Y si peligro estorba su venida,
Pastora, ¿para qué quieres la vida?
Quizá podrás muriendo rescatalle,
Y siendo sin el cuerpo el alma ida,
Podrá, volando más, presto hallalle.»

»¡Oh dulce viento que andas y rodeas
El mundo, los mortales recreando,
Y en esta selva veo que recreas
Con un recio rüido murmurando!
Declara cómo y cuándo
Tuviste mis despojos,
La lumbre de mis ojos;
Acláreme tu voz dentro en mi seno
Qué tal está, me dí si queda bueno.
Y si no das á esto tus orejas,
De aqueste corazón de penas lleno,
Al menos á mi amor lleva las quejas.»

No pude más sufrir el crudo llanto
Que aquella Ninfa pastoral hacía,

Ni corazón de carne puede tanto
Que sufra lo que piedra no podría.
Quise ir por la mía
Á do estaba llorando,
Por ver si, halagando,
Ponelle algún consuelo bastaría,
Y vi venir por cima la ribera
Á mi pastora *Alcida* y su ganado.
Dejélo todo y fuí de una carrera
Á ver mi bien y mal tan deseado.





II.

Documentos referentes á la familia Cetina

1.° Testamento de doña Francisca del Castillo, mujer de Beltrán de Cetina. (1)

«En el nombre de dios todo poderoso, q bive sin comienço e reyna sin fin e de la gloriosísima vírgen santa maría su madre, amén. sepan quantos esta carta de testamento vieren cómo yo Fran.ca del castillo muger de beltran de cetina vezina q soy desta cibdad de sevilla en la collon de santa maría la blanca estando enferma del cuerpo e sana de la voluntad y en todo mi seso é acuerdo y entendimiento y en mi cumplida e buena memoria tal cual dios nro señor quiso e tuvo por bien de me querer dar e creyendo como creo firme é verdaderamente en la santísyma trenidad qs. dios padre

(1) Archivo general de protocolos del distrito de Sevilla, oficio de Hernán Pérez, número 20 de los de la capital, protocolo del año 1550, libro 1.°, cuaderno núm. 15.

é hijo y espíritu santo q sòn tres personas é un solo dios verdadero como todo bueno é fiel é católico xpiano lo deve tener y creer e teniéndome de la muerte que es cosa natural de la cual ninguna criatura nacida en este mundo no puede escapar e deseando e codiciando salvar la mi ánima é ponerla en la más llana e libre carrera q yo pueda hallar e por la salvar e llegar á la md y alteza de mi señor ihu xpo dios e hombre verdadero por que el que la hizo e crió á su imagen y semejança é la redimió por su preciosísima sangre muriendo por ella enl arbol de la santa vera cruz la quiera salvar por su santa piedad é misericordia é llevarla con sus santos á su santo reino e gloria de paraiso para donde fué criada por ende otorgo e conozco q hago e hordeno éste mi testam y estas mandas de mis bs en que hordeno es fecho de mi cuerpo é de mi ánima por mi ánima salvar é mis herederos pacificar en la forma y manera siguiente.

Primeramente mando y encomiendo mi ánima á dios nro señor e ruego e pido por md á la gloriosísima virgen santa maria su madre, hella que es digna de rogar á su hijo precioso con toda la corte celestial sean mis abogados para con mi señor ihu. xpo. q. me quiera perdonar todos mis pecados.

Iten mando: que quando la voluntad de dios nro sor, fuere servido de me llevar desta presente vida, que mi cuerpo sea enterrado en el monesterio de la madre de dios en la sepoltura que allí tengo á los pies

de santo domingo, y estando mi cuerpo presente me digan una misa de requien cantada ofrendada e cinco misas rezadas á las cinco llagas de nro señor ihu xpo. e que lleven los clerigos e cera que mis albaceas quisieren e se pague por ellos de mis bienes lo que es costumbre.

Iten mando que me digan en la dha yglesia del dho monesterio las treynta e tres misas de santo amador lo qual mando que se haga e cumpla dende ocho días después que yo sea fallecida e así lo encargo a mis albaceas e paguen por ello de mis bienes lo que es costumbre.

Iten mando que me digan en la yglesia de santa mª la blanca desta dha cibdad de sevilla las trese misas de la luz e que se digan dentro de ocho días después de mi fallecimiento y en ellas entre la quarta de las misas que mando decir en el dho monesterio de la madre de Dios e se pague de mis bs por lo decir lo que es costumbre.

Iten mando que desde el día de mi fallecimiento hasta un año me ofrenden mi sepultura todos los domingos del dho año con su pan e vino e dos cirios encendidos e digan en cada domingo una misa rezada e salgan con su responso e agua bendita sobre mi sepoltura e se pague por todo ello lo que es costumbre de mis bienes.

Iten mando a la cera con que se acompaña el santísimo sacramento de la dha yglesia del dho moneste-

rio por honra de los santos sacramentos he recibido y espero recebir dos reales e a la obra de la dha yglesia otros dos reales y las mandas acostumbradas desta dha cibdad dsevilla a cada una horden cinco mrs e a nra señora santa maría de la sede sevilla por ganar los perdones que hen ella son seis mrs e un dinero.

Iten confieso e declaro por decir verdad á dios e guardar salud a mi anima que al tiempo e sazon que yo casé con el dho beltran de cetina mi marido yo truxe a su poder en dote e casamiénto en dineros e axuar ciento e cinquenta mill mrs. de que ay escrita carta dotal a la qual refiero y el dho beltran de cetina mi marido truxo entonces una heredad de viñas en alanís la qual se vendio despues al monest de la madre de dios en treinta mill mrs. poco mas o menos e juro á dios nro señor e por la señal de la cruz que hago con los dedos de mis manos en presencia del escvano puco e tso yuso scptos que esta dicha declaracion que tengo fecho es la verdad.

Iten confieso e declaro que despues de casada con el dho beltran de cetina mi marido yo heredé de andrea del castillo mi hermana que fallecio en yndias ciento e cinquenta ducados los quales vinieron a poder mio e del dho mi marido yten mas hredé despues de casada con el dho mi marido de di° del castillo miher doze mill mrs. en dineros e asi mismo qdo del dho diego del castillo mi hermano ciertos vinos e otras cosas e hasta agora no se a cobrado mas de los

dhos dose mill mrs. e asi mismo heredé despues de casada con el dho mi marido de alonso del castillo mi her° que murio en yndias ciertos bienes e oro e hasta agora an venido a mi poder e del dho mi marido quatro cientos mill mrs. e lo demas se espera de cobrar en breve yten herede por pte del dho alonso del castillo mi hermano la cuarta pte de las casas en que al presente bivo e moro que son en esta dha cibdad de sevilla en la coll^on de santa maria la blanca linde con casas del jurado alonso vanegas.

Iten declaro que no se me acuerda al presente deber cosa ninguna pero por descargo de mi conciencia mando que si alguna persona o personas viniesen mostrando e jurando que algo les deva e se averiguare que lo debo mando que se pague de mis bs.

E por esta carta de mi testamento mando á mencia del castillo e a leonor de cetina e a maria del castillo mis hijas legitimas e del dho beltran de cetina mi marido la tercia parte de mis bienes y el remaniente del quinto el qual dho tercio e remaniente del quinto se lo mando e mejoro á las dhas mis hijas para cada una la tercia parte del dho tercio e quinto lo cual les mando porque son mis hijas y en la mejor manera e forma que de d° aya lugar y quiero y mando que especialmente lo ayan en la partes y parte que yo tengo en las casas de mi morada e si no bastara en lo mejor parado de los otros mis bienes el qual dho tercio e quinto les mando con tal cargo que si alguna dellas falleçiere sin

dexar hijos legitimos o antes de casar que lo herede la otra o las otras q qdaren e que no lo puedan vender ni trocar ni cambiar ni disponer dello en manera alguna por q a de qdar hasta que la postre della la aya para sus hijos de las que lo tuvieren e no teniendolos a de suceder de una en otra.

Iten mdo que el dho beltran de cetina mi marido sea usofrutuario todos los días de su vida e mdo que ninguno de mis hijos vaya contra ello p[a] q de los dhos mis bienes se sustenga, mientras el biviere.

E pagado e cumplido este dicho mi testamento é las mandas y clausulas en el contenidas dexo é nombro por mis hijos é universales herederos con todo el remaniente de los dhos mis bienes á gutierre de cetina é mencia del castillo e garcía del castillo é beltran de cetina e leonor de cetina e maría del castillo e doña andrea del castillo e gregorio del castillo mis hijos legítimos é del dicho beltran de cetina mi marido á los cuales dexo y establezco por mis legítimos y universales herederos en el remaniente de los dhos mis bienes por yguales partes tanto al uno como al otro.

E para pagar é cumplir este dho mi testamento e todo lo enl contenido de los dhs mis bienes dexo é nombro por mis albaceas para que lo paguen e cumplan sin daño dello ni dellos ni de mis bienes al dho beltrán de cetina mi marido e a gonçalo lopez e a don antonio del castillo mi her° á todos tres juntamente e a cada uno dellos por sy ynsolidum á los que les doy e otorgo

poder cumplido e bast^e tal q de dro en tal caso se requiere para q hellos e cualquier dellos por su propia abtoridad e sin licencia ni mandado ni abtoridad de alcalde ni de juez ni de otra persona alguna e sin por ello yncurrir en pena alguna puedan entrar e tomar é vender e rematar y entren e tomen e vendan e rematen tantos de mis bienes quantos basten e cumplan para pagar e cumplir este dho mi testamentado lo enl contdo y encárgoles las conciencias que qual ellos hiziesen por mi anima tal depare dios quien haga por las suyas quando mas menester lo ayan.

E por esta presente carta de mi testamento revoco e anulo e doy por ningunos casos e rotos e de ningun valor y efeto todos qales quier testamentos mandas e cobdecillos e ultimas voluntades que yo aya fecho e otorgado asy por espto como de palabra desde todos los tiempos e años que son pasados hasta el día de oy qsta carta es fecha los qles quiero que ninguno dellos no valgan ni hagan fee ellos ni las notas ni registros dellos en juicio ni fuera del salvo ende este dho mi testamento que yo agora hago e otorgo en que es cumplida e acabada mi última e postrimera voluntad e qel quiero e mando que vala e sea firme e se cumpla y esecute en todo e por todo como en el se contiene por aquella vía e forma que mejor de dro aya lugar en firmeza de lo cual otorgué la presente carta de mi testamento antel escrano púco e ts^o de ynso esptos que es fecha estando en las casas de la morada de la dicha francisca

del castillo en jueves 13 días del mes de hebrero año del nazimi.º de no salvador ihu xpo de mill e quiº e cinquenta años y la dicha fran.ca del castillo lo firmo de su nombre enl registro testigos que fueron presentes á lo que dicho es diego de mendoça e fran.co de soto e diego perez escrivanos de sevilla.=Testamento que fago con mi postrimera boluntad.=Francisca del castillo.»

Segun queda dicho en la *Introducción*, al testimonio del testamento que antecede acompañaban algunos otros documentos que estractamos en los números siguientes:

2.º En la misma ciudad y ante Francisco Díaz Pérez, en 26 de Febrero de 1550, Doña Antonia del Castillo, muger de Gonzalo López, vecino de la ciudad de Méjico, hizo donación en favor doña Mencía del Castillo, doña Leonor de Cetina y doña María del Castillo, todas tres hermanas, sus sobrinas, de las tres quintas partes de una casa situada en dicha ciudad de Sevilla, collación de Santa María la Blanca, linderas con el convento de Madre de Dios, disponiendo que si las dichas sus sobrinas no se casasen ni tuviesen hijos legítimos pasasen las referidas tres quintas partes á García del Castillo, su sobrino, y á sus hijos y herederos.

3.º Por escritura ante Luis de Medina, escribano de Sevilla, fechada en 4 de Diciembre de 1553, hizo do-

nación Beltrán de Cetina, hijo legítimo de Beltrán de Cetina y de Francisca del Castillo, en favor de su hermana doña Mencía de Cetina de cuantos bienes le correspondieron en las herencias paterna y materna, y en particular de las casas de dicha ciudad, collación de Santa María la Blanca, en que vivieron los dichos sus padres.

4.º García del Castillo, vecino de Méjico, hijo de Beltrán de Cetina y de doña Francisca del Castillo, otorgó testamento en Sevilla, en 27 de Diciembre de 1563, ante Pedro Sánchez de la Fuente, y codiciló al día siguiente, ante el mismo escribano, declarando algunos bienes y deudas en su favor y en contra suya.

5.º En la ciudad de Sevilla, á 7 de Febrero de 1639, compareció ante el Alcalde D. Juan de León el P. Fr. Isidro Caballero, en nombre de D. García del Castillo Villaseñor, vecino de la ciudad de Méjico, y dijo: Que el supradicho fué hijo legítimo y de legítimo matrimonio de Gonzalo López y de doña Lucía de Cervantes, y el dicho Gonzalo López fué hijo de García López del Castillo y de doña Catalina López; que doña Antonia del Castillo, tía de de dicho García López, hízo donación á doña Mencía del Castillo, doña Leonor de Cetina y doña María del Castillo, hermanas y sus sobrinas, hijas de Beltrán de Cetina y de doña Violante *(sic)*, su muger, de tres quintas partes de casa que tenía en esta ciudad, frente á la puerta del convento de Madre de Dios, y que habiendo muerto dichas hermanas sin

sucesión, correspondían dichas tres quintas partes á D. García del Castillo Villaseñor.

Para probar la muerte sin sucesión de dichas tres señoras, presentó los siguientes testigos:

Francisco de Ortuña, venino de esta ciudad, en calle Mesones, collación de San Ilifonso *(sic)*, cerca del mesón blanquillo, dijo: Que nació y se casó en las casas de doña Mencía del Castillo de Cetina y de doña Leonor de Cetina, hermanas, hijas de Beltrán de Cetina y de doña Violante del Castillo *(sic)*, y tuvo noticia de doña María del Castillo, hermama de las susodichas, á la cual no conoció, porque murió antes que el naciera. Y á las primeras violas morir en unas casas collación de Santa María la Blanca, junto á Madre de Dios, pared en medio de las que fueron del racionero Venegas, y allí vivieron siempre y todas tres murieron en estado de doncellas. Y les oyó decir que tenían hermanos en Indias con quien se correspondían, y todas tres se enterraron en la iglesia de Madre de Dios, donde tienen su entierro.

Catalina de Espinosa, de color membrillo cocho, que vive en la collación de la Iglesia Mayor bajando de la Pajeria á cal de Jimios, en una calleja sin salida á mano izquierda, dijo: Que conoció á D.ª Mencía y á D.ª Leonor; que siempre tuvieron estado de doncellas, y vivieron como tales honestas y recogidas, y las vido enterrar en una bóveda que tenian en la iglesia de Madre de Dios, y llevaron palmas sobre sus ataudes. Y oyó esta testigo á doña Leonor y á doña Mencía, que habían escrito á un

hermano suyo á Indias que ella estaban viejas y sin sucesión, por lo cual él había de suceder en las dichas casas, qué quería hicieren de ellas, á lo cual se le respondio de Indias, que ellos tenían hijos y dispondrían lo que se había de hacer, y como quiera que las hallaran las regirían.

La tercera testigo, llamada Catalina de Madrid, no añadió nada interesante.

La información se hizo en dicha fecha por el escribano Alonso de Alarcón.



III.

Documentos y asientos de los libros de pasajeros del Archivo General de Indias

1.º Año 1516.—En un asiento de pasajeros del mes de Julio, se dice: «Antón de Cetina, hijo de Gil de Sayas y de Catalina Pérez, vecinos de Sevilla en la calle de la Sierpe, pasa en la carabela de Juan Garrido.»—*L.º 1.º de pasajeros.—45—1— $\frac{1}{17}$ f.º 441.*

2.º 1530.—«Información de Gonzalo López, hijo de Diego López, veinticuatro de Sevilla. *1.—1.* $\frac{2}{21}$

3.º Información del mismo sobre un repartimiento de indios, donde se hace constar que pasó en 1530 con Nuño de Guzmán á la conquista de la Nueva Galicia.—*2.—2.—3 A.*

4.º 1535.—Libro 3.º de registros de pasajeros, pág. 237, hay un asiento de García del Castillo, hijo de Beltrán Cetina y de Francisca López, vecinos de Sevilla, que pasó á Nueva España.—*45.—1.—* $\frac{1}{17}$ *L.º 3.º*

5.º 1535.—Libro 3.º de registros de pasajeros: en él se encuentra el asiento de Beltrán de Cetina, hijo de Beltrán de Cetina, ó Cetrina, y de Francisca del Castillo, natural de Sevilla.—*45.—1.—* $\frac{1}{17}$

6.º También se encuentra en el mismo libro el de Andrea del Castillo, hija de los anteriores, y pasaron ambos en la nao Juan Manuel, para la Nueva España.—*45.—1.—* $\frac{1}{17}$ *L.º 3.º, pág. 237 d, 238.*

7.º 1542.—Libro 5.º de registro de pasajeros: contiene un asiento de Beltrán de Cetina y de D.ª Francisca del Castillo, vecinos de Sevilla, que pasaron á Nueva España: juraron por él, de no ser de los prohibidos, Francisco de Alcocer y Francisco Duarte.—*L.º 5.—45.—1* $\frac{1}{17}$

8.º 1544.—Real Cédula á los oficiales de la Contratación de Sevilla, sobre cierta reclamación que hizo Beltrán de Cetina desde Sevilla.—Fecha en Valladolid 3 de Octubre 1544.—*148.—2,—4.—L.º 9, f.º 129.*

9.º 1546.—Real Cédula, fechada en Guadalajara á 24 de Agosto, dirigida á los oficiales de la Contratación de Sevilla, para que dejen pasar á la Nueva España (Mé-

jico) á García del Castillo, vecino de Méjico, y á un criado suyo, soltero por casar.—*148—2—5. L.º 10 f.º 78 vto.*

10.º 1546.—Real Cédula á los oficiales de la Contratación de Sevilla, para que dejen pasar á la Nueva España á Gonzalo López, á dos sobrinos suyos y á seis criados. Fecha en Guadalajara 21 Septiembre 1546.—*146—2—5—L.º 10 f.º 99 vto.*

11.º 1549.—Extracto de una Real Cédula á los oficiales de la Casa de la Contratación de Sevilla, para que dejen pasar á las Provincias del Perú á Gregorio Cetina. Fecha en Valladolid 13 Abril.—*148—2—5—L.º 11 f.º 205.*

12.º 1550.—Licencia para pasar á la Nueva España á Gregorio Cetina y Pedro y Diego López, sobrinos de Gonzalo López, procurador genéral de Méjico, estante en Sevilla en 1550. Llegó este último, según allí se dice, en Noviembre de 1544, en la nao de Diego López, acompañado de D.ª Antonia del Castillo, su mujer, dos muchachas y dos negras. *Registro general de licencias de pasajeros. 1516 á 1556—43—2—* $\frac{1}{5}$ *núms. 9 y 11.*

13.º 1553.—En este año de 1553, en el asiento n.º 36, se hace mención de haber pasado á la Nueva España en la nao de Juan de Andino, Beltrán de Cetina, hijo de Beltran de Cetina y de D.ª Isabel de Velasco, vecinos de Sevilla. *45—1—* $\frac{2}{18}$

14.º 1575.—Información de servicios de Beltran de Cetina, fecha en Mérida de Yucatán, á petición de sus hijos Beltrán, Antonio y Gregorio, vecinos de dicha ciudad. Se dice que era natural de Sevilla, donde casó con D.ª Isabel de Velasco, que habría sobre 40 años, poco más ó menos, que pasó á Indias, y que su padre vivió en Mérida de Yucatán y en San Francisco de Campeche. —*2—1—8—vto.*

15.º 1575.—Pleito suscitado con motivo de unas encomiendas de indios, que Gregorio Cetina dejó en Mérida de Yucatán.—*47—6—* $\frac{34}{29}$



IV.

POESIAS VARIAS

Coleccionamos en este *apéndice* diversas obras de poetas apellidados Cetina, y alguna dirigida á persona de esta familia.

1.º En el *Romancero* y *Cancionero sagrados*, que coleccionó D. Justo de Sancha y forma el tomo XXXV de la *Biblioteca de autores españoles*, de Rivadeneyra, se inserta en la pág. 46, con el número 29, un soneto á cuyo pié se nombra como su autor á *El Doctor Don Diego Gutiérrez de Cetina*, y se dice que se ha copiado de un códice titulado «*Poesias manuscritas recopiladas de varios en el año 1577.*»

Tal vez se trate de una obra poética del famoso Vicario de Madrid. El soneto dice así:

El claro sol sus rayos escurece,
En los templos se rompe el claro velo,
Hiere una piedra en otra con gran duelo,

La tierra con angustia se estremece.
  Desmaya el día, la tiniebla crece,
De tristeza se cubre el ancho cielo,
Reina en todos piedad y desconsuelo
Por su Criador inmenso que padece.
  Aprende ¡oh pecador! el sentimiento
Debido á esta pasión, pues es causado
Tal dolor por tu ciego atrevimiento.
  Ablanda con llorar tu pecho helado;
Mira en la cruz el largo río sangriento,
Pues te ha con su muerte libertado.

2.º Martes santo 7 de Abril de 1626, murió en Madrid don Andrés Pacheco, obispo de Cuenca y Patriarca de las Indias, siendo trasladado su cuerpo, en Mayo de 1632, al monasterio de carmelitas descalzas que había fundado en Cuenca. Hiciéronse á esta traslación muchas poesías y una de ellas es la siguiente que se contiene en un códice titulado «*Elogios de los Girones y Pachecos*,» que se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid, K, 169:

SILVA DE DON GABRIEL CETINA
hablando con el Doctor Sebastián de Frías, inquisidor de Cuenca

  Tanto de temerario me acredito,
Cuando á tu afecto honroso,
Docto Mecenas mío,
Este borrón dirijo del cuidado

Que en afectos el alma le describe
Como en hablar de muerto, del que vive
Á tanta luz glorioso,
En tantas glorias santo.
Fúnebres los egipcios en su canto,
En la funeral pompa
Que en honra de Apis celebró su culto,
De Harpócrates la imagen celebrada
Al túmulo sagrado
Le pusieron de bulto,
Con el dedo en la boca,
Dando á entender que toca
Callar la muerte de varones tales
Á todos los mortales
¡Que tan lejos la sombra de la muerte
De la púrpura juzgan los sentidos!

El Apóstol cobarde
(Mas á fuerza de lágrimas valiente),
El primer vice-Dios, el preeminente
Pontífice primero,
Al pueblo hebreo hablando
Del profeta rey muerto,
Con su divino acierto
Haciéndole la salva
Temeridad, confiesa.
Así, Señor, con el temor cobarde,
Hablaré de quien vive y está muerto.

Vivo le aclamaré en la gloria eterna,
Cuando en lo temporal muerto lo lloro.
Ilustre tu piedad este decoro,
Este afecto filial piadoso acete,
Que defensa y acierto se promete.

Al manso susurrar de la corriente
(Ledo el cristal que en vago rosa frío
Á mi garganta sirve de instrumento),
Si á mi llanto resisto tan valiente,
Que pueda resistir el pecho mío
Repetidos sollozos de mi aliento,
Con el fúnebre acento
Á que el dolor y la ternura obliga
(Si el sufrimiento lágrimas mitiga),
Acorde en voz funesta, si canora,
Métrico elogio canto
En lírica harmonía,
Si no me falta el día
Y si me deja el llanto
Del que en golfos de gloria
Á eternidades cede su memoria.

¡Oh, tú! que depusistes pesadumbres,
Y del fatal horóscopo fiaste
Escalar las angélicas techumbres
Por la piedad arriba,
Escala de los justos,
Tránsito de los castos,

Lumbrera colocada en el empíreo,
Que vives superior á las estrellas,
Que á tu divina luz sombras son ellas.
Cuidadoso Pastor de tu rebaño,
Que un año y otro año,
Un lustro y otro, y muchos siglos, dejas
Con pasto eterno de tu ausencia quejas.
Brazo de Dios, ¡oh pródigo instrumento
De prodigalidades más que humanas,
Pues de piedad divina
Te armó la Omnipotencia,
De virtud y de ciencia,
Castidad peregrina,
Que si rosa floreces
Naces estrella, exhalación pareces!

Bienhechor general, piadoso padre,
Que eterno solio ocupas en tu esfera,
Y de zafir paseas los espacios,
Desde cuyos palacios
Aún próvida tu mano persevera
En perpétuas piedades.
Invoquen las edades
Tu nombre, Andrés, y tu virtud invoquen;
En urna de diamante te coloquen.
Y á tu esplendor luciente,
Y castidad constante,
El sepulcro brillante

Te erijan eminente:
Que despojos del cielo
Veneración merecen en el suelo.

Ministro de la mano poderosa,
Por cuyo medio el general socoro
Dispuso la clemencia el Uno y Trino;
Diga el bronce ladino,
Diga el mármol parlero
Verdades que acrisola amor sincero;
No lisonjas infames
Á que el vil interés obligar suele.
Mi afecto se desvele;
Lúzcase mi cuidado
En la celebración de tu cayado.
Al tronco bruto del ciprés funesto
Que me sirve de arrimo,
Mis lágrimas le intimo,
Bien ejecutoriada mi ternura:
Que apenas el consuelo el llanto apura;
Y ocupar solio eterno
Á tu ausencia no basta;
Que aunque vivieras más, tú le tuvieras;
Predestinado fuiste para el cielo;
Lloro el infausto duelo
Y á la margen de Júcar canto ronco
Con el estilo bronco
Que producen los riscos

Que las Musas inspiran á la sierra
Que llama el culto zafio;
Mas el buril canoro
Al mármol de tu pira
Grábele este epitafio:
«No llegues con la planta, caminante;
Ten, no la pises; advertido mira
Que está la castidad en esta pira;
No la toques, sacrílego, ignorante.
El casto albor de su virtud constante
Piadoso celo á la piedad admira,
Que si á la vida temporal espira,
Antorcha es en la eterna fulminante.
Lágrimas el dolor te aclama, llora,
Paga en piedad lo que á la suya debes,
Que es general acreedor del mundo,
Bien que feliz su habitación mejora;
Mas para que de paso el nombre lleves,
Pacheco es el mejor, el sin segundo.»

3.º Don Fernando de Guzmán Mejía, llamado por mal nombre *el Hereje*, dedicó á Agustín de Cetina, con motivo de la muerte de un hijo de éste, una sentidísima epístola. Fué Guzmán sevilláno, contemporáneo de Fernando de Herrera, y colaboró en las *Flores de poetas ilustres*, de Pedro Espinosa.

La epístola dirigida á Cetina está impresa en Gallardo, copiada de uno de los antiguos mss. que poseyó el docto bibliófilo, y dice así:

Epístola de don Fernando de Guzmán á Agustín de Cetina, en la muerte de un hijo suyo.

De un hombre en vuestro caso lastimado,
Y de los suyos propios oprimido,
¿Qué consuelo esperais, Cetina amado?
Si no es que son á un ánimo afligido
Las palabras de otro semejante
Blando medicamento del sentido.
Porque, aunque falte el método elegante,
La igualdad del dolor y de la suerte
Hacen una armonía consonante.
Quien os dijera que en la acerba muerte
Del tierno hijo no os mostreis humano,
Quiere haceros estólido, no fuerte.
Pero lo que consiste en vuestra mano,
Es que como á mortal midais el llanto,
Mezclando lo forzoso con lo sano.
Contempladlo en el Cielo eterno y santo,
Libre del golfo que os oprime ahora,
Y le oprimiera si viviera tanto.
Si adonde nace el Céfiro y la Aurora,
Lo llevara á ser rico su destino,
¿Quién duda que se holgara quien lo llora?
Pues yendo á ser del bien eterno dino,
¿Por qué se llorará, y más quién lo sigue
Con tan breve distancia de camino?

Allá, do toda gloria se consigue,
Allá os espera, hecho el aposento;
Y éste el dolor presente en vos mitigue.
Lloraba aquel gran padre el fin violento
Del dulce hijo que tenía por muerto
(De sus hermanos ímpio fingimiento);
Mas, en tanto, él dichoso, del desierto,
De la cisterna, de acusado y preso,
Subió al favor real con mando abierto.
De donde ausente al caro padre, opreso
De la hambre, en edad destituída,
Alivió con socorro el grave peso,
Y después que á buscarlo hizo partida,
Le recibió en la hartura y abundancia
Que de antes le tenía apercebida.
Así, amigo, aunque ahora la ignorancia
De nuestra humanidad (que siempre impide
Ver, cual debemos, la inmortal ganancia.)
Diga que es pérdida ésta que os divide
De tan amada prenda, estad seguro
Que, á más bien suyo y vuestro, allá reside.
Bien os concedo que es un poco duro
Álzar libre la mente á este consuelo,
Mientras la oprime aqueste cuerpo impuro.
Pero mirad de qué infelice suelo
Y qué tiempos salió; que á esto bien puede
Subir la humana conjetura el vuelo.
Y si lo amastes, no es posible os quede

Lástima de su bien; antes contento
De que un tan breve mal tantos le vede.
Tantos, que ya del hórrido aposento
Sueltos acá los monstruos que lo habitan,
Dejan en paz los Reinos del Tormento.
¿Qué desventuras no nos ejercitan
Las fortunas, la vida, la paciencia?
¿Qué contagios ó agravios no las quitan?
Oid gemir la cándida inocencia
Debajo el peso intolerable, injusto,
De la insolente, impróvida potencia.
Á la virtud no sólo el premio justo
Se le niega, y se parte ayuna y seca;
Mas es vista con ceño y con disgusto.
Sólo aquel se mejora, y suerte trueca,
Y de la hez plebeya se levanta,
Que ayuda al poderoso en lo que peca.
Por cómplice el estado se adelanta
Y el daño general es el provecho,
Hazaña el ocio, el sueño y la garganta.
¿Qué somos los demás, sino el desecho,
Canalla no llorada y destruída,
Llevada al propio daño á su despecho?
Y del cielo no sólo no valida,
Mas antes por su parte en mil maneras
Castigada, olvidada y afligida.
Ved cuál envía airado las severas
Parcas envueltas en la peste horrible

Que las provincias se consume enteras:
La hambre, la pobreza aborrecible,
El odio interno, el justo descontento,
El mal pronto, el remedio inaccesible.
Nuestro poder, que tuvo al mundo atento
Y temeroso, ha dado en vituperio
Á cuantos fuimos miedo y escarmiento.
Cae de España el bien fundado imperio
(¡Ay, dolor! ¿cómo el Cielo lo permite?)
Y triunfa el que á su ley hizo adulterio.
El sacrílego Belga el yugo quite,
Ya suelto, y el cismático Britano
Posea todo el mar y lo limite.
Ya el Dios de las batallas soberano,
El santo y fuerte que era nuestra guía,
Nos dejó despreciados de su mano.
Ni, como en abundancia ayer solía,
Ya de nosotros capitán valiente,
Ni consejero sabio y fiel nos cría.
Efeminó el valor de nuestra gente,
Y en nuestros fuertes, más que los leones,
El torpe yelo del temor consiente.
Ni aun permite que nazcan ya varones
De venerable aspecto, que den lustre
Á la nación que priva de sus dones.
¿Con cuál oprobio hay ya, que no deslustre
Desta su fiel culpada la hermosura,
Que en otro tiempo amó y la hizo ilustre?

Nuestras naves, terror de la llanura
Del ancho mar, las huestes, la riqueza,
¡Cómo las consumió con mano dura!
Y aun puestos en esta última estrecheza,
Con portentos horrendos y señales,
Su justa ira amenaza más crüeza.
Pues de haber evitado aquestos males
Quien tanto ámais, ¿por qué no sentís gloria,
Ó templan vuestro mal los generales?
Si las hojas teneis en la memoria
De aquel gran sacerdote que rehizo
La Ley y el templo, vueltos ya en escoria,
Vereis cuán agramente que deshizo
De aquella madre el llanto y la querella
Que en la muerte del hijo amado hizo.
«¿Cómo (le dijo), loca, cuando huella
La cerviz de Israel bárbara planta,
Y en duro hierro la encadena y sella;
»Cuando el profano Asirio nos quebranta
El ínclito Sión y el templo atierra;
Cuando desierta está la Ciudad Santa;
»Cuando en común desdicha nuestra tierra
La destruyen los ímpios poderosos,
Y el Cielo airado el paso al ruego cierra,
»Tú, con varios lamentos dolorosos
Plañes, y tu privado mal te duele,
Harto liviano en tiempos tan astrosos?»
Y si el mayor dolor al menor suele

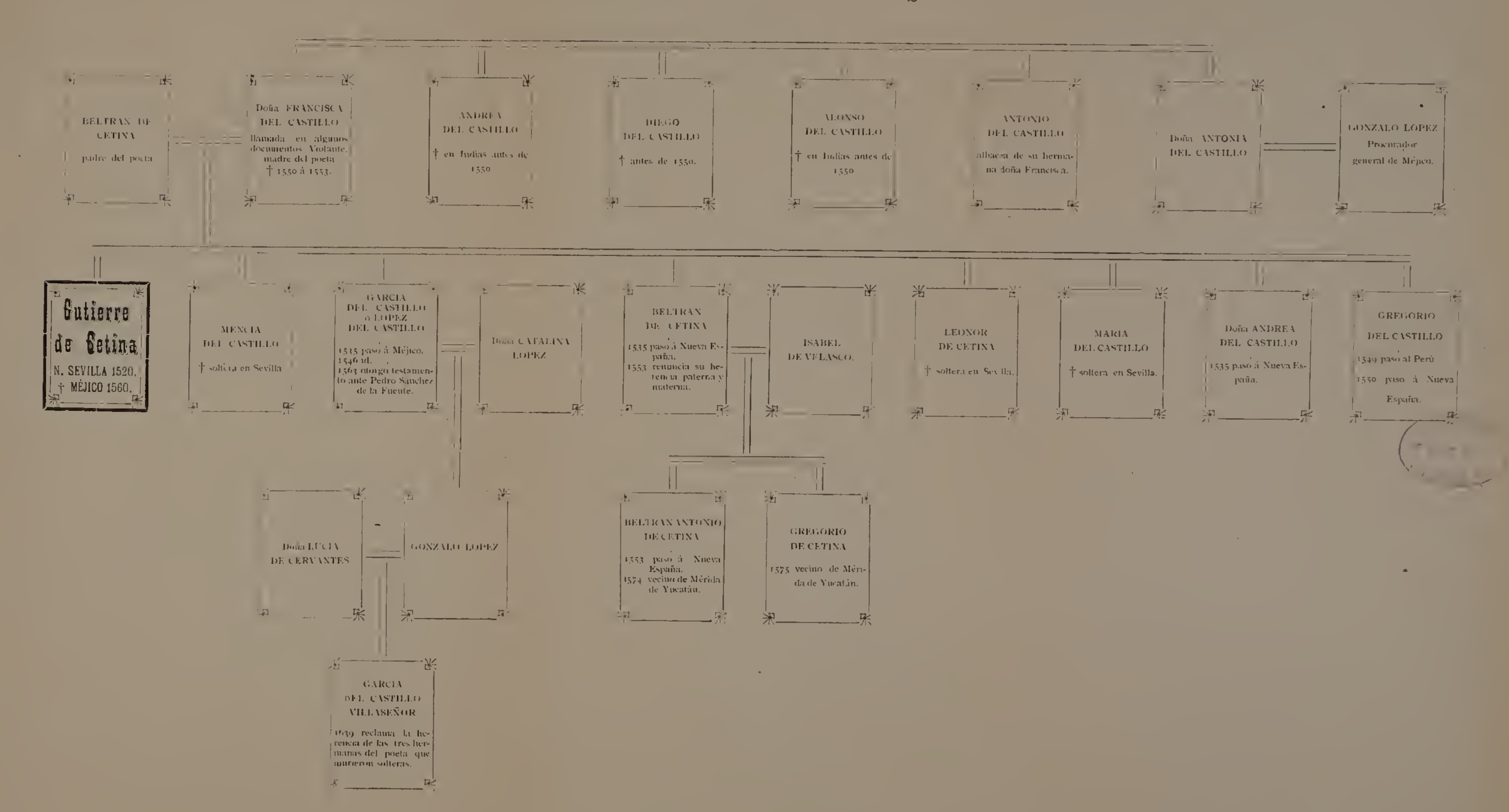
No dar lugar, ¿cuál puede ahora sentirse,
Ó que en el general no se consuele?
Los daños que podían evadirse
Pueden dolernos más por contingentes,
Y que no era forzoso recibirse.
Mas los inevitables y evidentes
No debe el varón sabio recibillos
Con flaqueza y culpados accidentes:
Antes, como ya vistos, admitillos
Con rostro firme y corazón constante;
Y, pues son no excusados, consentillos.
Ley es, escrita en rígido diamante,
Que muera el que nació, y la vida breve
De la larga difiere en un instante.
No hay cosa que á la muerte no la lleve
La corriente del tiempo, que igualmente
Va cobrando esta deuda que se debe.
Murió el robusto que la torre y frente
Levantó contra Dios; pero no vive
El que el templo le alzó sabio y clemente.
En otra parte el premio se recibe
De eternidad, que en ésta al ímpio ó pío,
Sin diferencia alguna, se prohibe.
Cese, pues, de las lágrimas el río
Con que bañais en vano el sabio pecho,
Y del sepulcro el mármol sordo y frío.
Murió el que era mortal, pero está hecho
Ciudadano del Cielo en vida eterna:

Consolad vuestro mal con su provecho.
Y creed que el Rector que nos gobierna
Por lo agradable da lo provechoso,
Aunque el seso mortal no lo discierna.
¿Quién podrá en el sol claro y luminoso
Fijar la vista, siendo su criatura,
Y ver lo cierto de su cerco hermoso?
Pues en el Gran Señor de la natura,
En el abismo inmenso de la lumbre,
¿Podrá ver sus caminos vista impura?
Mas el que ve de la suprema cumbre
Lo que más nos conviene, eso dispone,
Porque es misericordia su costumbre.
Y si el afecto humano que se opone
Siempre á la mejor parte, por contrario;
Sabed que es fuerza: hacedlo voluntario.



ÁRBOL GENEALÓGICO DE LA FAMILIA DEL POETA GUTIERRE DE CETINA

FORMADO CON VISTA DE LOS DOCUMENTOS QUE ANTECEDEN.



ADDENDA ET CORRIGENDA

TOMO I

SONETO I, verso 1.º, pág. 9:

Aires süaves que *mirando* atentos...

Acaso deba leerse:

Aires süaves que *girando* atentos...

SONETO VI, versos 6.º y 7.º, pág. 13:

=*¿Cómo de* imaginar no te defiende
La causa?—No.

Hace mejor sentido de esta manera:

=*¿Cómo? ¿De* imaginar...

SONETO VII, versos 12 y 13, pág. 14:

—*Sí*, respondió el Amor, tu *desventura;*
Que ni pueden....

Quizás deba decir:

—*Es*, respondió el Amor, tu *desventura*,
Que ni pueden....

Soneto xiv, versos 1.º y 4.º, pág. 19:

Aquella luz que de la gloria vuestra,
Invicto Alfonso, tanto resplandece
Mientra de otros errores escurece,
La fama, más que el sol, clara se muestra.

Debe de leerse de este modo:

Aquella luz que de la gloria vuestra,
Invicto Alfonso, tanto resplandece
(Mientra de otros errores escurece
La fama), más que el sol clara se muestra.

Ibid., versos 9 y 12, pág. 20:

Si así como es razón escrita en suma,
Vuestra tanta virtud *veros* agrada
Y que escritor no usurpe vuestra gloria,
Á imitación de César con la pluma...

Restablécese el sentido en esta forma:

Si así como es razón, escrita en suma
Vuestra tanta virtud *ver os* agrada
Y que escritor no usurpe vuestra gloria,
Á imitación de César, con la pluma...

SONETO XVII, págs. 22 y 23:

Se reproduce íntegro de esta manera:

Á restaurar tornaba el nuevo día
La aurora, cuando el sueño le mostraba
Al pastor principal que nos guardaba
La imagen que ya muerta en él vivía,
Diciendo: «Aparte que del alma mía
Fuiste la que, viviendo, más amaba,
Del reino que en el *turno* acá esperaba,
Por consolarte, el Señor dél me envía.
»Cesen, pues ya las lágrimas y el luto:
¿Á qué sirve llamarme, si mi suerte
Pasó de grande á muy mayor estado?
»Alégrate, pastor, y con el fruto
Del árbol mío, que cortó la muerte,
Consuela á tí y al español ganado.»

SONETO XXIX, verso 6.º, pág. 31:

La lengua, *el pesar*, la culpa carga...

Acaso:

La lengua *del pensar* la culpa carga...

SONETO XXXV, versos 9 y 10, pág. 37:

Tal el triste Vandalio en la estrecheza,
Envuelto *en* un temor con mil temores,...

Debe leerse:

Tal el triste Vandalio, en la estrecheza
Envuelto *de* un temor, con mil temores...

Soneto de Acuña, versos 9 y 14, pág, 48, *nota:*

Esclareciendo en esto, la triste Hero...

. . . .

Éste al menos te será otorgado.

Deben decir:

La triste Hero, en esto esclareciendo,...

. . . .

Al menos, éste te será otorgado.

Ó bien:

Aqueste, al menos, te será otorgado.

Soneto lxxxii, verso 13, pág. 75:

Me dejan por müerto á mí el tormento...

Este verso, sin duda, está equivocado: aparte de que no hace buen sentido, el consonante pide *tormentos*, y no *tormento.*

Soneto lxxxvii, verso 10, pág. 78:

De la vista al pastor se *aparece...*

Quizás:

De la vista al pastor se *desparece...*

Soneto lxxxviii, verso 9, pág. 79:

«Señor,—*dijo* al fin—si el sacrificio...

Así no es verso. Cetina escribiría:

«Señor,—*díjole* al fin—si el sacrificio...

Ó acaso:

«*¡Oh*, señor!—dijo al fin—si el sacrificio...

SONETO XCIII, versos 12 y 13, pág. 84:

Y *el* alma, que de tal visión se asombra,
Tanto le amarga *al* gusto esta dolencia...

Debe decir:

Y *al* alma, que de tal visión se asombra,
Tanto le amarga *el* gusto esta dolencia...

SONETO XCVIII, verso 14, pág. 87 y nota:

Lo que se desprende de la circunstancia de referirse á *Dórida* la copia existente en la Biblioteca Nacional y á *Amaríllida* la del códice de Álava es que el bueno de Cetina aprovechó para ambas el mismo soneto, dando gato por liebre á la segunda, ó sea á *Amaríllida*. ¡Pecado venial fué esta travesura!

SONETO C, págs, 88 y 89:

No obstante lo dicho al final de la nota correspondiente á este soneto, bien puede ser de Cetina y estar dedicado á otro poeta que se llamase *Silvio*, quizás á

Gregorio Silvestre. Siendo así, Cetina es el otro pastor que le aconseja.

Soneto CII, verso 1.°, pág. 90:

Escrito aunque imposible al fin parece
Misterio es muy sabido...

Se deberá de leer:

Escrito, aunque imposible, al fin, parece:
Misterio es muy sabido...

Ibid., verso 13, pág. 91:

Ni *esperanza* en ajeno mal probada...

Probablemente:

Ni *experiencia* en ajeno mal probada...

Soneto CIV, verso 12, pág. 92:

Mas que no os ame esta alma que os adora,
Ni vos ni vuestra saña...

Hace mejor sentido así:

Mas ¿que no os ame esta alma que os adora...?
Ni vos ni vuestra saña...

Soneto CXX, versos 5 y 6, pág. 108:

Una avecilla, que caído había,
En la encubierta liga vió que estaba....

Debe puntuarse así:

Una avecilla, que caído había
En la encubierta liga, vió que estaba....

Soneto cxxix, verso 8, pág. 119:

....y nota cuanto
El cielo nos *debió*, que no debiera.

Así Gallardo; más parece que debe decir:

....y nota cuanto
El cielo nos *llevó*, que no debiera:

supuesto que sigue la enumeración de lo que se llevó el cielo ó la muerte:

Beldad, gracia, valor, virtud, cordura,
Ingenio, honestidad....

Soneto cxliii, verso 10, pág. 131:

Pues que *éstas* del amor *sólo* las flores....

Quizás deba leerse:

Pues que *estás* del amor *sobre* las flores....

Soneto clv, pág. 141:

Parece hecho este soneto recordando aquel otro de

Petrarca, en que se repiten de igual modo las palabras finales de los versos:

Quand'io son tutto volto in quella parte
Ove'l bel viso di Madonna luce,
E m' è rimasa nel pensier la luce
Che m' arde e strugge dentro a parte a parte;
I,che temo del cor che mi si parte,
E veggio presso il fin della mia luce,
Vommene, in guisa d'orbo, senza luce,
Che non sa ove sí vada, e pur si parte.
Così davanti ai colpi della morte
Fuggo; ma non si ratto, che 'l desio
Meco non venga, come venir sole.
Tacito vo': chè le parole morte
Farian pianger la gente; ed i'desio
Che le lagrime mie si spargan sole.

SONETO CLXXX, verso 4, pág. 160:

Ó cómo el tiempo ya no la *desecha*.

Acaso mejor:

Ó cómo el tiempo ya no la *ha deshecha*.

Hernando de Acuña, como se dijo en la nota (página 161) tradujo del original italiano, diciendo:

No está del tiempo ya rota ó *deshecha*.

SONETO CLXXXVI, versos 3 y 4, pág. 166:

De do viene que esta alma enamorada
En *el* gozo mayor su fuego enciende;...

Debe de leerse:

> ¿De dó viene que esta alma enamorada
> En *un* gozo mayor su fuego enciende?

Ibid., verso 8, pág. 167:

> Como dura el efecto y se defiende.

Parece que ha de ser:

> ¿Cómo dura el efecto y se defiende?

Soneto CCXLIV, págs. 211 y 212:

Dos cosas hay en este soneto que se salen de lo común y corriente en tal clase de composiciones: la una, el tener alternados en los cuartetos los consonantes *(a b a b-a b a b)* circunstancia que queda notada en otro lugar; y la otra, el haber consonantes interiores en todos los versos (excepción hecha del 1.º y del 9.º), en relación con los consonantes finales:

> Yo, señora, pensaba, antes *creía*,
> Mas ¡ay! que no *sabía* lo que *pensaba*,
> Que era amado el que *amaba* y no *entendía*
> Que el hado á mi *porfía*...
> . . . .
> Ya el temor me müestra el *desengaño*,

Si el gusto del *engaño consintiera*
Que apartarme *pudiera* de mi *daño*.

. . . .

En cuanto á la primera de estas particularidades, Cetina, y Hurtado de Mendoza, y Rioja, y los demás que combinaron alternadamente los consonantes en los cuartetos, no hicieron sino imitar á los poetas italianos, quienes, también *aliquando*, dispusieron así los cuartetos de sus sonetos. Sólo de Petrarca, podemos citar los que comienzan así:

Se col cieco desir, che'l cor distrugge,
Contando l'ore non m'ingann' io stesso;
Ora, mentre ch'io parlo, il tempo fugge,
Ch'a me fu insieme ed a mercè promesso...

. . . .

S'al principio risponde il fine e 'l mezzo
Del quartodecim 'anno ch'io sospiro,
Più non mi può scampar l'aura nè 'l rezzo;
Si crescer sento 'l mio ardente desiro.

. . . .

Pace non trovo, e non ho da far guerra;
E temo e spero, ed ardo e son un ghiaccio;
E volo sopra 'l cielo, e giaccio in terra;
E nulla stringo, e tutto 'l mondo abbraccio.

. . . .

Por lo que hace á los consonantes en medio de los versos, tampoco Cetina, al usarlos en su soneto, introdujo novedad alguna. Ya Garcilaso los había usado en la

segunda de sus églogas, también en las sílabas sexta y séptima, como nuestro vate sevillano. *Verbi gratia*:

> Si desta tierra no he perdido el *tino*,
> Por aquí el corzo *vino* que ha *traído*
> Después que fué *herido*, atrás el *viento*.
> ¿Qué recio *movimiento* en la *corrida*
> Lleva, de tal *herida* *lastimado*?
> En el siniestro *lado*...

Hablando con nuestro buen amigo D. Francisco Rodríguez Marín de estos *tiquis-miquis* de la poesía castellana, que hacen recordar los peregrinos sonetos *con repetición, retrógrados, con eco, etc.*, del bueno de Díaz Rengifo y de sus continuadores, nos dió á conocer, como poseedor de una esmerada copia de cierto cartapacio de la Biblioteca Arzobispal de Sevilla, que contiene poesías de Barahona de Soto y de otros autores, una poesía de éste y varias de Pamones, en las cuales también hay consonantes en medio de los versos.

Comienza así la de Barahona, intitulada *Octavas nuevas:*

> Salid en sangre, lágrimas, *revueltas*,
> *Sueltas* las venas en vertientes *caños*,
> *Tamaños* que rompais las lumbres y *ojos*,
> Y de *enojos* toda alma, y de agua el *suelo*,
> Hinchad y el *cielo*...

Pamones fué mucho más allá que Garcilaso, Cetina y Barahona en lo de introducir consonantes en los versos,

porque pareciéndole aún poco escribir (folio 205 del códice:)

> Ola *Bartolo*, majadero, *ola*
> Asno con *cola*, al uno y otro *polo*,
> No más *parola*, porque juro á *Apolo*
> Que si *enarbolo*, perderás la *gola*...,

llegó á *meter* tres consonantes en cada verso, de esta manera:

> *Confeso* | en el *linaje* | y moro *puto*
> Y *misto* | en línea *estrecha* | con *villano*,
> Ya he *visto* | ser la *flecha* | de tu *mano*
> Y que *eso* | es tu *lenguaje* | y tu *tributo*.
> . . . .

Y en otro soneto:

> *Joviano* | otro *Mecenas* | *excelente*
> *Lumbrera* | *inaccesible* | es la de *Apolo;*
> De *afuera* | le es *visible* | allá á tu *Idólo*;
> *Trasmano* | está á las *venas* | de su *fuente*.
> . . . .

Estamos conformes de todo punto con el señor Fernández Espino, que escribía, á propósito de los *consonantes interiores* de Garcilaso: «invención, si es suya, que le favorece poco, porque su nada feliz estructura, la opresión con que camina el poeta, encerrado en su frío y difícil artificio, y el monótono martilleo de los consonantes, matan el vuelo de la inspiración y destruyen la sonoridad de los versos.»

Para concluir esta nota, que ya peca de larga, citaremos, como ejemplo de rara habilidad en esto de sonetos *que llevan algo dentro*, además de su pensamiento propio, el que escribió Tirso de Molina en su comedia *Amor y celos hacen discretos*. Son, como verá el lector, dos sonetos en uno: un *sonetillo* en un *soneto*. Envíalo al *Mariscal* la *Duquesa*, que no le quiere, por conducto de su secretario, que es á quien ama, mientras que éste solicita el amor de *Victoria*, hermana de aquélla. La *Duquesa*, al entregar el soneto al secretario, le previene que lo estudie bien, pues en dicha composición va algo para él:

—Pero advertid que á los dos
(Digo, al Mariscal y á vos),
Según el orden que os di
Tiene de ir cada papel
Que escribiere, dedicado.
—¿A mí y todo?
—Disfrazado,
Y á lo claro para él.

El soneto dirigido por la *Duquesa* al *Mariscal* es éste:

Mariscal, si sois cuerdo, en esta empresa,
Amando, mucho vuestra dicha gana.
Estimad los favores de mi hermana,
Pues que no dan disgusto á la Duquesa.
Proseguid, y pues veis lo que interesa
Con ella vuestro amor, la pena vana
Que tenéis, olvidad de la tirana
Voluntad, que vuestra alma tiene presa.

Mirad que si os preciais de agradecido,
Eterna fama y triunfo desta gloria
Gozoso ganaréis contra el olvido.
Acordáos, y á vuestra alma haced memoria,
Que siempre de que sois de mí querido
Me acuerdo, mucho más que de Victoria.

El *sonetillo interior* para el secretario es el siguiente, y obtienese sin más que quitar las tres primeras sílabas de cada verso:

Si sois cuerdo en esta empresa,
Mucho vuestra dicha gana.
Los favores de mi hermana
Dan disgusto á la Duquesa.
Y pues véis lo que interesa
Vuestro amor, la pena vana
Olvidad de la tirana
Que vuestra alma tiene presa.
Si os preciais de agradecido,
Fama y triunfo desta gloria
Ganaréis contra el olvido.
Y á vuestra alma haced memoria
De que sois de mí querido
Mucho más que de Victoria.

CANCIÓN I, verso 101, pág. 217:

Ánima, *que* este cuerpo *en* vida tiene....

Quizás mejor:

Ánima *en que* este cuerpo vida tiene....

CANCIÓN IV, verso 150, pág. 230:

Ni mostraba *soltarme*....

Así en la *Biblioteca de Autores Españoles*. No pudo ser esta la palabra final del verso, que, dada la combinación rítmica que llevan las estrofas *(a b c a b c c...)* pide el consonante en *erme*, y no en *arme*.

CANCIÓN IV, versos 25 y 26, pág. 241:

Pues se llaman cabellos,
¿Por qué estoy lejos dellos?

Juega del vocablo: *cabellos. cabe ellos=cerca de ellos*.

Ibid., versos 79—81, pág. 243:

Para el arco homicida
Hizo Amor, con gran arte,
De tus cabellos, Dórida, la cuerda...

El mismo pensamiento y casi las mismas palabras con que comienza la *Anacreóntica* reproducida en la pág. 206:

De tus rubios cabellos,
Dórida, ingrata mía,
Hizo el Amor la cuerda
Para el arco homicida.
. . . .

CANCIÓN VII, versos 34—37, págs. 247 y 248.

Mas, ¿qué, si sois tales
Que el humano saber no os comprehende,
Cómo os alabará quien sólo entiende
Que sois de cuyo sois todos iguales?

Gallardo leyó:

Que sois de cuyo sois todos iguales

Quizás sea mejor lección esta otra:

Que sois de cuyo sois los dos iguales?

CANCIÓN VIII, verso 24, pág. 252.

Y aun casi á atreverme; mas ¿qué aprovecha...

Más bien así:

Y aun casi á atreverme, ¿qué me aprovecha...
Si, como llego al paso á detenerme...

TOMO II

EPÍSTOLA III, verso 152, pág. 23:

Que en sí me gozaraba doblemente...

Probablemente:

Quien así me gozaraba doblemente...

Ibid., verso 253, pag. 29:

Comenzaré de agora á *apartarme*
Al extremo dolor...

Mejor así:

Comenzaré de agora á *acostumbrarme*
Al extremo dolor...

Parecidamente en la versión atribuida á Acuña:

Comenzaré de hoy más *acostumbrarme*...

EPÍSTOLA V, verso 162, pág. 47:

....y de hora en hora
La veo y torno á ver si está mudada.

Debe de leerse así:

....y de hora en hora
La veo y torno á ver *que* está mudada.

EPÍSTOLA VI, verso 19, pag. 51:

No haria el deber, si no *mostrase*...

Cetina no escribió así, á buen seguro, este verso, que no consuena con *agradarse* y *publicarse*.

Ibid., verso 169, pág. 56:

Cual la madre que siente, por *engaño*,
De los brazos quitar hijo querido,
Queda después que ve claro el *engaño*,...

Cetina quizás diría:

Cual la madre que siente, por *su daño*,...

Ibid., versos 175-180, pág. 64:

Osásteme decir, ¡ay! quien muriera
Entonces, cuando ya te despediste,
Philis tu Demophón que parte espera.
Que espere á tí, crüel, que te partiste
Para jamás volver la vela ingrata
Que, negado mi puerto, al viento diste.

Puede fijarse así la lección de este pasaje:

Osásteme decir (¡ay! ¡quién muriera
Entonces!) cuando ya te despediste:
«Filis, tu Demofón que parte espera.»
¡Que espere á tí, crüel, que te partiste
Para jamás volver la vela ingrata
Que, negado mi puerto, al viento diste!

Ibid., verso 259, pág. 67:

Tu nombre, como tú, duro, *infinito*...

Antes dice otro verso que aconsonanta con éste:

Hacer presto elección; que es *infinito*...

Como queda dicho, era cosa frecuente en el siglo XVI, repetir unas mismas palabras como consonantes. En el códice de la Biblioteca Arzobispal de Sevilla se halla escrito así este verso:

Tu nombre como tu duro *y enfinito*.

EPÍSTOLA VIII, verso 191, pág. 75:

Y así, á una mujer vereis juntarse
Con un hombre hoy y otro mañana...

De seguro no lo escribió así Cetina, porque de esta manera no es verso.

EPÍSTOLA IX, versos 8 y 9, pág. 79:

El príncipe está bueno, y tan contento,
Que, de sentirlo dello, estamos todos.

Debe leerse:

El principe está bueno, y tan contento,
Que, de sentirlo, dello estamos todos.

Esto es: «que de entender ó saber lo contento que está, lo estamos también nosotros.»

Ibid., verso 82, pág, 82:

De la Duquesa moza un dico atia...

Debe de referirse á que la Duquesa usaría con mucha gracia en sus conversaciones la frase *dico a te (dígote, á tí te digo)*. Acaso *dico a tia*, por *dico a te*, fuera manera provincial de decir. Ó quizás el verso original sería éste:

De la duquesa moza un *dico a voi*,....

Epístola XI, versos 124-126, pág. 94:

Pero quien tanto bien fuese mirando,
¿Cómo podría estar secreto y quedo,
Que aun agora, sin *serlo*, estoy saltando?

Así Gallardo. Mejor sentido hace de esta manera, puesto que se refiere el autor á quien *fuese* mirando *tanto bien:*

Que aun agora, sin *verlo*, estoy saltando?

Cinco versos antes había dicho:

¡Cuán libremente, qué á placer *vería*...

Epístola XII, verso 41, pág. 100:

....y desta trama
Temo no ha de quedar al tristecillo
Más de la sola voz con que *le* llama.

Ha de ser, por referirse á la dama de Juan del Río:

Más de la sola voz con que *la* llama.

D. Adolfo de Castro, en la Biblioteca de AA. EE., leyó *le llama*, bien que en el verso anterior dijo *triste hilo* en vez de *tristecillo*.

Ibid., versos 49 y 50, pág. 100:

El premio no se yó de sus afanes
Cuál es mas; *se os* decir....

Así Castro; pero se debe puntuar de esta otra manera:

El premio no sé yo de sus afanes
Cuál es; mas *séos* decir....

EPÍSTOLA XIV, verso 39, pág. 107:

La más hermosa *parecer* esquiva.

Castro leyó con visible error:

La más hermosa *para ser* esquiva.

Ibid., versos 109 y 110, pág. 110:

Más él que verse en semejante afrenta
No quiso, ni tentar más su *ventura*....

Los consonantes de las versos siguientes indican que el último de estos dos hubo de decir:

No quiso, ni tentar más su *fortuna*...

Ibid., versos 190-192, pág. 113:

El otro con envidia urde y *rodea*
Cómo podrá sacar de su privanza
Á tal que en *hacer* toda la emplea.

Castro, en el primero de estos versos, dice:

El otro con envidia urde y *no deja.*

El último, que tal como queda copiado resulta corto, ó flojísimo cuando menos, quizás diría en el original:

Á tal que en *hacer mal* toda la emplea.

Ibid., versos 217-219, pág. 114:

¿Qué decís del que teme haber sentencia
En contra, el sobornar de su letrado,
Cual del uno y del otro la conciencia?

Hará así mejor sentido, aun no quedando completamente claro:

¿Qué decís del que teme haber sentencia
En contra, el sobornar de su letrado?
¿Cuál del uno y del otro la conciencia?

Ibid., versos 290 y 291, pág. 116:

Pedir menos á quien *fuera* muy poco
Si cuanto os puede dar Fortuna os diera.

Probablemente:

Pedir menos á quien *diera* muy poco
Si cuanto puede dar Fortuna os diera.

EPÍSTOLA XVI, verso 174, pág. 137:

Hiciera, y con razón, maravillaros.

Mejor así:

Hiciéraos, con razón, maravillaros.

DIÁLOGO ENTRE LA CABEZA Y LA GORRA, pág. 172, líneas 3 y siguientes:

«..... y este nombre *gala* es deducido de *galla* y de *galla* castellano, que es una cierta superfluidad que nace en las encinas y carrascas.... De aquí ha nacido el proverbio *fulano es más liviano que una gala ó agalla.*»

No hay para qué decir que no es tal la etimología de *gala*, como tampoco lo es *galáh* hebreo, *revelar*, *manifestar*, contra lo que sostenía el Sr. García Blanco.

La Academia Española hace proceder esa palabra del celta *gal*, *alegría*. Cualquiera cosa es más probable y atinada que la etimología indicada por Cetina.

PARADOJA, pág. 210, línea 19:

Cumplición es yerro del copista: *complexión* diría el original.

Ibid., pág. 223, línea 14:

Camuco leyó el Sr. Fernández-Guerra y *camuco* hemos leído nosotros; pero tenemos por indudable que Cetina escribió *camuço (gamuço, gamuzo)* especie de antílope que se cria en los Alpes y en los Pirineos. El vulgo andaluz llama *camuza*, más comunmente que *gamuza*, á la piel, ya curtida, de ese animal y de otros análogos.

Ibid., pág. 225, línea 10:

«.....sino cuerno de *creses*.» Así claramente en el códice de la Colombina. ¿Deberá leerse «cuerno de *Ceres?*»

Ibid., pág. 239, líneas 7 y siguientes:

Tal como está en el texto el epigrama latino se encuentra en el códice de la Colombina. Lo reproducimos con las rectificaciones que hizo el Sr. Fernández-Guerra (Gallardo, I, cols. 1250 y 1251):

Uxorem qui ducit maecham in vertice portat
Cornu unum; qui scit, disimulatque, duo;

Qui videt, et patitur, tria gestat: quatuor ille
Qui ducit nitidos ad sua tecta prochos:
Et qui non credit hoc etiam se in ordine poni
Credit et uxori, cornua quinque gerit.

Poesías de Vadillo.

SONETO XII, verso 12, pág. 253.

Amor *se llamará* al poseella,...

Probablemente:

Amor *ha de llamarse* al poseella,...

SONETO XVII, versos 12-14, pág. 257:

Mas él se ha vuelto ya *á* vuestra parte,
Que puedo yo hacer, Señora mía,
Sino rendirme á vos pecho por tierra.

Así mejor:

Mas él se ha vuelto ya *de* vuestra parte;
¿Qué puedo yo hacer, Señora mía,
Sino rendirme á vos, pecho por tierra?

SONETO XIX, verso 1.º, pág. 258:

¡Oh cuerpo, *hora* de Dios, con el suzuelo....

Quizás de este modo:

¡Oh, cuerpo, *ira* de Dios,.....

SONETO XXII, versos 11-12, pág. 260:

Con envidia lo hizo, según creo.
El dotarte de tanta crueldad,....

Así mejor:

Con envidia lo hizo, según creo,
El dotarte de tanta crüeldad,....

SONETO XXVII, versos 1-2, pág. 263:

Tras el arado y bueyes que á porfía
La mano en *el* estaba refirmada,...

Debe decir:

Tras el arado y bueyes, que á porfía
La mano en *él* estaba refirmada,.....

SONETO XXX, pág. 266:

Se reproduce así:

Á VENUS

Y vos, Señora, madre del que digo,
Yo os juro por las leyes del cuaderno
Que si os cogiese sola, que el paterno
Amor no os defendiese del castigo.
Á fe que, aunque viniese vuestro amigo
Marte, ó aquel herrero del infierno,
Y aunque mostraseis vos el pecho tierno,
Que no libraseis nada ya conmigo.
Andad así por donde os quemen luego
El mirto en los altares, aceitera,
Llevad con vos á vuestro niño ciego;

Que si con él os cojo, picotera,
Á él y á vos pretendo hacer tal juego,
Que las manos pongais en la mollera.

MADRIGAL, pág. 267:

Debe de estar mutilado, no poco. Aparte de que no hace buen sentido en algunos pasajes, el último verso

Cuanto más la esperanza me asegura,

no rima con ninguno de los inmediatamente anteriores, sino con el 4.º y el 1.º de la composición, que están muy distantes. Creemos que faltan algunos versos.

CANCIÓN, versos 1-5, pag. 268:

Guardaba una pastora congojosa
Su ganadillo encima una *montaña*
Más blanca que el cristal y más hermosa
Que el rubicundo albor de la *mañana*.
En atavío *extraña*,...

Quizás deberá restaurarse este pasaje en la siguiente forma:

Guardaba una pastora congojosa
Su ganadillo encima una *montana*,
Más blanca que el cristal y más hermosa
Que el rubicundo albor de la *mañana*.
En atavío *galana*,...

ÍNDICE

OBRAS POÉTICAS

(CONTINUACIÓN)

EPÍSTOLAS

ELEGÍA

CAPÍTULOS

OBRAS EN PROSA

PARADOJA

APÉNDICES

FE DE ERRATAS (1)



Pág.	Verso	Dice:	Debe decir:
9	último	verte	verte,
10	penúltimo	han	has
14	6	preguntarme,	preguntarme:
»	11	vivo,	vivo.
»	22	razón	sazón
»	24	conoces	conozco
15	7	Mostraste	Mostrarte
17	18	do	dó
19	6	Caucaso	Cáucaso
20	12	las	los
»	20	*(sic)*	*(sobra la nota)*
»	»	perderte,	perderte;
21	12	Dido, que engañaste,	Dido que engañaste
23	12	mueva	mueva,
»	19	espero,	espero.
25	13	ofendellos	ofendellos;
26	4	Somois	Sómois

(1) Véase la nota de la *fe de erratas* del tomo I y, además téngase en cuenta que la mayor parte de las erratas que se notan en los trabajos en prosa de Cetina, están en los códices de donde los hemos copiado. Pensamos al principio trasladar fielmente dichos escritos; pero á última hora hemos creído preferible depurar los textos.

Pág.	Verso	Dice:	Debe decir:
28	2	partirá	partiré
30	15	dolor	dolor,
31	17	¡ay!	¡ay,
»	18	ganaste.	ganaste!
32	21	Consiéntame	Consiénteme
41	*18 de la nota*	dieses	tienes
42	12	maltrata;	maltrata,
»	13	solía,	solía:
»	*25 de la nota*	reparo	reposo
43	9	Pastor	pastor
45	5	consolaron.	consolaron,
»	10	puede	puedo
46	19 *de la nota*	fáunos	fáunos,
50	3	Pastor	pastor
51	3	pues,	pues
55	14	puesto	puesto,
»	15	raices,	raices
»	22	cual	cuál
56	1.º	que mi	que en mi
»	14	Solo	Solo,
59	18	espumosa	espumosas
60	penúltimo	Dios	dios
61	14	aun	aún
62	11	Más	Mas
63	9	esculpidos.	esculpidos:
»	22	mi	mí
64	5	dirán	dirían
»	14	besarme?	besarme,
»	17	jornadas.	jornadas?
66	24	falto	falto;
67	8	olvido,	olvido.

Pág.	Verso	Dice:	Debe decir:
70	2	señales	señales,
70	9	Draconio.	Draconis
»	12	transformarse	transformarse,
73	7	ser, él	ser él,
75	7	apatrarse.	apartarse
79	último	*(sic)*	*(sobra la nota)*
80	4	*su*	*suo*
»	21	quede espacio,	que dé espacio
81	4	será Señora de la olla,	será, Señora, de la olla
82	4	destos.	déstos
»	9	toda	todo
83	12	partes,	partes
85	5	tomento	tormento
87	17	salvo, que en parte,	salvo que, en parte,
»	25	saña más.	saña, ó más
88	12	Quién.	Quien
92	14	Pues no	¡Pues no
95	26	Allí fuera, ver	Allí fuera de ver
97	1.º	¿Pues quizá	Pues ¿quizá
99	12	Yo.	Ya
100	5	de Río	del Río
101	último	nuestros	vuestros
105	2	Antes no.	Antes no,
»	6	hecho	hecho,
107	9	liviano	liviano,
108	14	el	del
110	25	empresa.	empresa....
112	11	y	ya
»	21	con.	en
115	2	mas	más
117	17	viudo	vïudo

Pág.	Verso	Dice:	Debe decir:
118	2	viudas	vïudas
»	15	aquellas	aquíleas
120	16	viuda	vïuda
122	12	¡Triste!	«¡Triste!
»	16	lana....	lana...»
»	23	viudo	vïudo
123	15	El	el
»	23	Telemaco.	Telémaco
125	*2.° de la nota*	Boriquen	Boriquén
127	*1.° de la nota*	suma	suma,
128	12	aplace,	aplace.
129	13	diciendo,	diciendo.
132	14	liunática.	lunática.
141	14 y 15	os apoca, En algo...	os apoca En algo,
143	1[illegible]	¡Quién	¡quién
147	*8 de la nota*	manterná	manternán
148	*11 de la nota*	puesto.	puerto
151	9	ha llevar	ha de llevar
158	6	¿Por qué	¿por qué
159	4	conceto,	conceto
»	7	sino	si no
	Línea		
169	16	Doctor,	Doctos
170	6	pintada	pintado
»	penúltima	adornado.	adornada
173	1.ª	¿Quieres	G.—¿Quieres
»	20	hiciesen en alguna manera	hiciesen, en alguna manera
174	16	Manilio	Manlio
175	10	Más,	Mas,

Pág.	Línea	Dice:	Debe decir:
176	19	por que	porque
»	25	huelgan que se la quitan,	huelga que se la quiten,
184	14	¿Aún este.	¿Aún éste
195	13	gallo?	águila?
203	6	lo	los
»	12	en el tiempo.	el tiempo
»	última	Dinócrates	Dinócrates,
211	2	*vayate*	*váyate*
212	19	tres	Ceres
216	4	parezcan	parezca
217	21	la	lo
218	6	las	los
220	25	cuernos	cuernos,
»	penúltima	nobles;	nobles,
221	25	guardado	guardados
222	5	sino	si no
»	26	quedado	quedado,
223	1.ª	pudieron	pudieran
»	13	cuernos de oro	*cuernos de oro*
227	6	preguntándoles,	preguntándole
228	19	dél	del
229	15	estos	los
230	15	barrenándoles,	barrenándoles
231	14	cuando	ni cuando
235	24	En, las	En las
»	25	sino	si no
237	9	fueron	fueran
238	12	cual	cuál
»	penúltima	todo	toda
239	1.ª	halla	haya

Pág.	Verso	Dice:	Debe decir.
245	. . *nota* . .	de Alcázar	del Alcázar
246	. 5 *de la nota* .	tiene	tiene,
249	. . 18 . .	tanto se levanta; . .	(tanto se levanta),
251	. . 14 . .	Hará	Os hará
255	. . último . .	enmudezco, ...	enmudezco, *(sic)*
257	. . 13 . .	suplico *(sic)*. . . .	rústico
258	. . 4 . .	merdozuelo.	merdosuelo.
»	. penúltimo .	Oh de vara	¡Oh de rara
259	. . 2 . .	avara.	avara!
»	. . 4 . .	pasado	pasado;
»	. . 9 . .	menos	menor
»	. . 12 . .	ingenio, ...	el genio,
260	. . 5 . .	Las	Los
»	. . 8 . .	estremar	extremar
261	. . 10 . .	materia	mentira
»	. . 13 . .	*(sic)*	*(sobra la nota)*
262	. . 6 . .	Oh bella	«¡Oh bella
»	. . 7 . .	Ircanía	Hircana!»
»	. . 8 . .	asechada, ...	acechada,
»	. . 13 . .	Cancio	Cancro
»	. . 14 . .	Ua.	Una
»	. penúltimo .	el pastor	al pastor
263	. . 9 . .	á lumbre	á la lumbre
»	. . 13 . .	condal	caudal
264	. . 19 . .	mi hado, ...	de mi hado,
»	. . último . .	Sino	Si no
265	. . 2 . .	rabiastes;	rabiaste;
»	. . 5 . .	tu	tú
»	. . último . .	crüel	crüel,
267	. . 11 . .	crueza, ...	crüeza,
268	. . último . .	Puesto	Puse

Pág.	Verso	Dice:	Debe decir:
69	1	parecía,	parecía.
«	2	cruel	crüel
«	12	caída,	caída.
«	16	piedad	pïedad
«	último	intención,	intención;
271	18	Tuviste	Tú viste
«	22	orejas.	orejas,
272	3	mía	vía
	Linea		
280	11	estractamos	extractamos
«	16	favor	favor de
281	22	de de	de
282	11	hermama	hermana
283	1	ella	ellas
	Verso		
293	5	socoro	decoro
295	23	quién lo	quien le
296	18	ganancia.)	ganancia)
299	25	varios	vanos